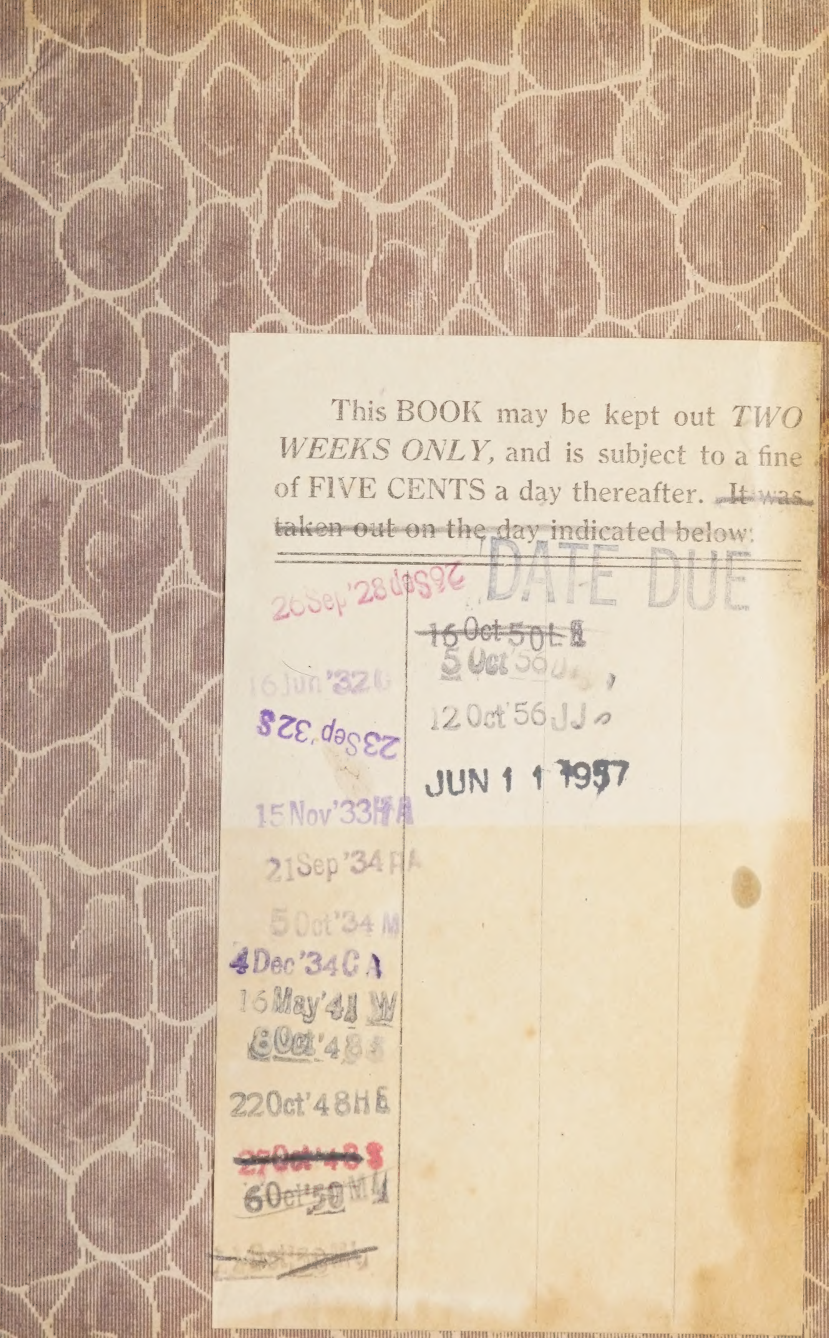



This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:
DATE DUE
26Sep'28
16Jun'32
23Sep'32
15Nov'33
21Sep'34
5Oct'34
4Dec'34
16May'41
22Oct'48
6Oct'50
16Oct'50
5Oct'56
12Oct'56
JUN 11 1957






OBRAS ESCOGIDAS
DE JUAN VALERA

OBRAS ESCOGIDAS DE JUAN VALERA
ILUSTRADAS POR FERNANDO MARCO
Y EDITADAS POR LA BIBLIOTECA NUEVA

NOVELAS

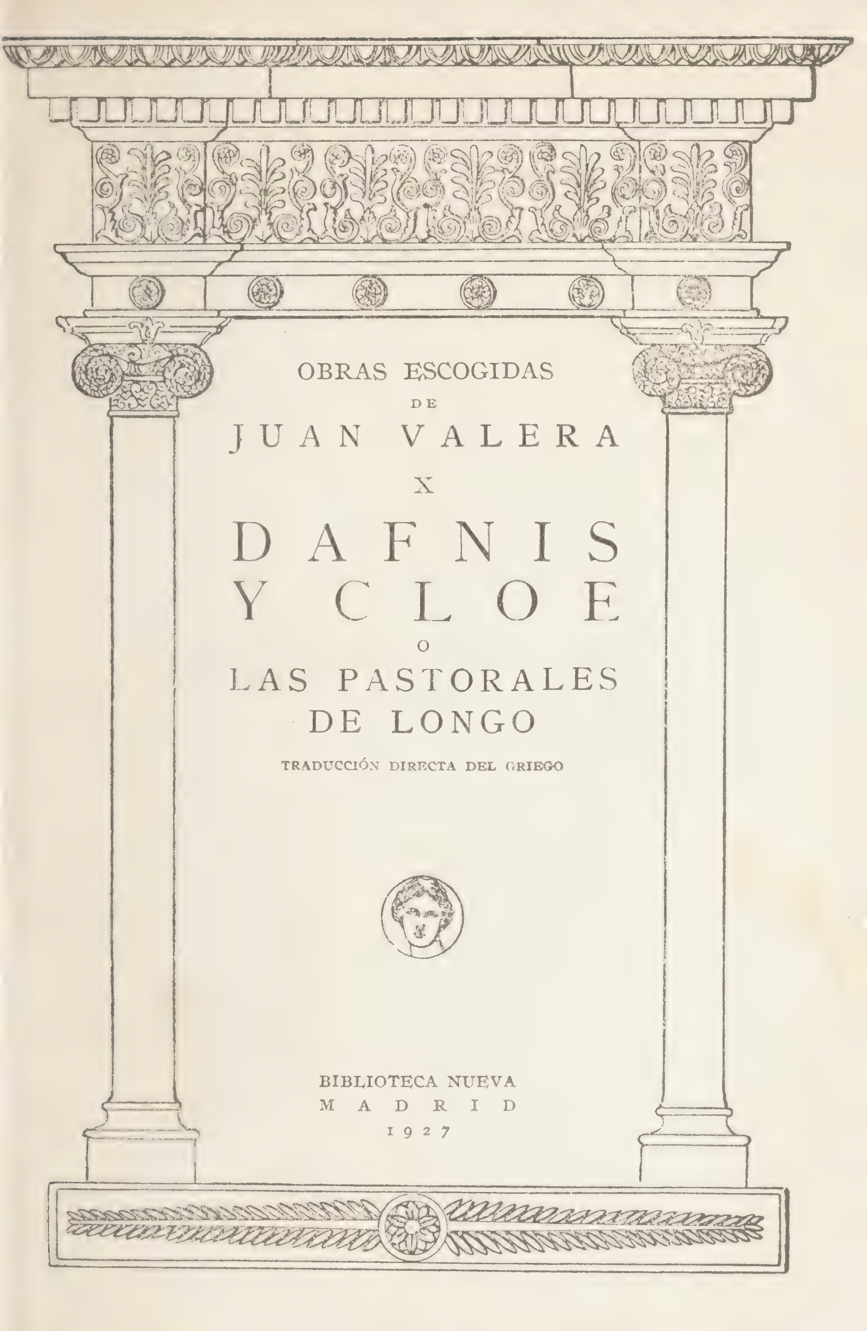
Tomo I.—Juanita la larga.
Tomo II.—Doña Luz.
Tomo III.—Pepita Jiménez.
Tomo IV.—El comendador Mendoza.
Tomo V.—Pasarse de listo.
Tomo VI.—Genio y figura.
Tomo VII.—Morsamor.
Tomos VIII y IX.—Las ilusiones del Doctor Faustino.
Tomo X.—Dafnis y Cloe.

OTRAS OBRAS

Tomo XI.—Cuentos escogidos.
Tomo XII.—Poesías escogidas.
Tomos XIII, XIV y XV.—Ensayos escogidos.







OBRAS ESCOGIDAS

DE

JUAN VALERA

X

DAFNIS Y CLOE

O

LAS PASTORALES DE LONGO

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL GRIEGO

BIBLIOTECA NUEVA
MADRID
1927



Talleres ESPASA-CALPE, S. A.—Ríos Rosas, 24, Madrid.

INTRODUCCION

Los aficionados a libros suelen cegarse con frecuencia y prestar a muchas obras literarias un mérito que no tienen, y esperar que logren una popularidad que al cabo no alcanzan. Es evidente que yo, cuando me he tomado el trabajo de traducir esta novela, y me he atrevido luego a presentarla al público, es porque creo, o bien con fundamento o bien inducido en error por dicha ceguedad, que esta novela es bonita e interesante, y que ha de gustar y divertir a los lectores.

Lejos de censurar, disculpo yo y hasta aplaudo la publicación de cualquier libro antiguo, por malo que sea. La mayoría no tendrá la paciencia de leerle; pero siem-

pre le leerá con gusto y con interés cierto breve círculo de personas estudiosas que busquen en él, y quizá hallen nuevos datos para la historia literaria, o curiosas noticias sobre costumbres, usos, hechos históricos, estilo y lenguaje de una época y nación determinadas. De libros publicados con este objeto debe salir a la venta muy pequeño número de ejemplares. No son, ni pueden ser en realidad, libros para el público, sino para unos cuantos bibliófilos.

No es así como yo traduzco y publico en castellano la novela de Longo. La publico como algo que, en mi sentir, puede y debe gustar, aun al vulgo; como algo que puede ser popular en nuestros días.

A fin de manifestar las razones en que me apoyo para pensar así, escribo esta introducción.

Escasísima cantidad de obras maestras tiene una fama que jamás se marchita. Sus autores se llaman por excelencia los autores clásicos, y toda persona culta, o que presume de culta, las compra, aunque nunca las lea. Si por acaso acomete, en

ratos de ocio, la lectura de uno de estos autores, pongo por caso de Homero, de Píndaro o de Virgilio, a las pocas páginas, o se duerme o se aburre. Tres modos principales suele emplear después el lector aburrido o dormido para explicar su aburrimiento o su sueño. Si es muy modesto, se echa la culpa a sí propio, reconociendo que carece de la educación estética o de la aptitud natural bastante para penetrar el sentido de lo que lee, y apreciar y ponderar todos los primores y bellezas del estilo, teniendo en cuenta, además, que es menester cierto aparato de erudición y cierto esfuerzo de fantasía para trasladarse en espíritu a la edad en que vivió el autor y para ponerse en lugar de uno de sus contemporáneos, participando de sus creencias, afecciones y anhelos, único modo de comprender todo el valor de lo que lee, y de sentir, al leerlo, la misma honda impresión que sintieron, sin duda, los hombres que vivían cuando el autor, y para quienes el libro se compuso. Los que se explican así el no gustar de un autor clásico

son los menos, porque la modestia y la humildad son prendas rarísimas. Otros hay que se lo explican todo dejando a salvo al autor y echando la culpa al traductor desgraciado. Busca, por ejemplo, una persona elegante y de mundo, que oye decir que la *Ilíada* es un trabajo prodigioso, una traducción castellana de la *Ilíada;* le dan la de Hermosilla: empieza a leerla, se harta a las seis o siete páginas, y acude, para desenojarse, a una novela de Daudet o de Belot, que le parece mil veces más agradable. No atreviéndose a decir que Homero es insufrible, y que todos los críticos que le han elogiado lo hacían por seguir la corriente, o porque eran unos pedantones que con tales elogios querían darse tono, decide que el traductor lo ha estropeado todo, en lo cual, hasta cierto punto, no se equivoca a veces, y de esta suerte deja a salvo, por una parte, el buen gusto y la agudeza y perspicacia que él cree tener, y por otra, la autoridad de los siglos y el general y constante consentimiento de varias y diversas civilizaciones y de muchas genera-

ciones, que han decidido que los cantos de Homero son de la mayor belleza. Los más atrevidos, por último, se van derechos contra el autor, y decretan que Homero es soporífero; que en la edad bárbara en que vivió, tal vez gustaría; pero que ahora no hay quien le aguante, y que ni los mismos que le encomian le leen, sino que aprenden lo más substancial de lo que dice en algún compendio o manual de historia de la Literatura, y suponen que le han leído y hasta que se han encantado leyéndole, para darse tono y lustre de discretos y profundos.

A mí me ha ocurrido con frecuencia que hombres políticos de primera magnitud, que han sido ministros cuatro o cinco veces, abogados famosos, hacendistas y economistas, me hayan excitado a que me desemboce con ellos y les confiese que Homero no puede haberme gustado, si es que le he leído. Y como yo me obstinara en que le había leído y en que me gustaba, me han tenido por hipócrita literario o por hombre disimulado y lleno de fingimiento,

a fin de darme importancia de erudito y humanista.

Lo expuesto hasta aquí debiera arredrarme, en vez de animarme, para publicar a Longo; pero yo discurro de otra suerte. Es verdad que los poetas clásicos, griegos y latinos, no gustan al vulgo de los españoles; pero ¿por qué no han de gustar los prosistas?

Para que no gusten ni sean populares los poetas hay, a más de las ya expuestas, otras muchas razones que vamos a exponer. Nosotros poseemos una riquísima poesía nacional, tanto más popular cuanto más se aparta en todo del antiguo gusto clásico. Para el asunto, si es narrativa, nos deleita la Edad Media o los tiempos de la casa de Austria, idealizados de cierta manera y como nunca fueron; para los sentimientos y pensamientos, los católicos y piadosos, aunque el poeta sea ateo y los entrevere y combine con modernas filosofías; y para la forma, o gran riqueza de rimas, o la asonancia del romance, o la castiza y también asonantada seguidilla.

Ahora bien; sin entrar aquí a buscar la causa, es lo cierto que Homero y Virgilio se despegarían puestos en seguidillas o en romances, y puestos en octavas reales o en décimas, no sólo se despegan también, sino que es imposible que el más hábil versificador, forzado por el consonante, no ponga mucho de su cosecha, y además abundantes ripios en su traducción. La versificación clásica antigua, sobre todo los hexámetros, han pasado con fortuna a varias lenguas modernas. En inglés y en alemán se escriben y se leen con gusto los hexámetros. En castellano casi nadie los ha escrito, y nadie los resiste. Y el verso endecasílabo libre que, a mi ver, es muy a propósito para este género de traducciones, y aun para escribir narraciones poéticas originales, inspira en España verdadero aborrecimiento, acaso porque rara vez se ha hecho bien hasta ahora. Como, por otra parte, el vulgo no tiene acostumbrado el oído, no percibe la armonía de esta versificación, ni comprende su valer, y la juzga prosa cansada.

Longo, que está en prosa y que yo traduzco en prosa, no ofrece ninguna de estas graves dificultades. Es cierto que no debe considerarse como un autor clásico; pero también es cierto que su obra pertenece a un género más de moda hoy que nunca; *Dafnis y Cloe* es una novela. Y como, a mi ver, es la mejor que se escribió en la antigüedad clásica, y está traducida en casi todos o en todos los idiomas modernos, he creído que debiera estarlo también en castellano, y que una traducción fiel y hecha con alguna gracia, si atinaba yo a dársela, había de agradar a todos.

Harto sé, no obstante, que los libros, no ya clásicos y capitales, por decirlo así, sino de segundo orden, como suelen ser las novelas, están aún más sujetos a la moda que los demás libros. Homero y Virgilio, aunque ya no divierten al vulgo, siguen y seguirán siempre siendo el encanto de los doctos, aun de los medianamente instruídos; pero a veces hasta las novelas, que fueron en su época delicia de todos, no

hay quien las sufra en el día: ni los más literatos llevan con paciencia su lectura. ¿Qué portugués, por sabio que sea, lee ahora, sin saltar una página, la *Menina e moça,* de Bernardín Riveiro? ¿Qué español se traga la *Diana,* de Jorge de Montemayor? El *Amadís de Gaula,* que durante dos siglos o más hechizó y deleitó a toda Europa, yace hoy arrinconado para que algún paciente erudito o algún lector tan incansable como raro le lea por entero.

Esta efímera popularidad de la novela debe de consistir, sin duda, en que las más estimadas y leídas en su época se lo debieron, no a cualidades permanentes, sino al estilo de moda: a algo de convencional, que hechiza en un momento y que un momento después empalaga y aburre por falso y afectado.

Hay excepciones de esta regla; hay algunas novelas que por encima de la beldad de convención poseen la beldad absoluta. Tales novelas sólo sobreviven, se salvan del olvido en que las otras caen, y llegan a contarse en el número de los libros clási-

cos. En toda época, pues, son o deben ser leídas por las personas de buen gusto. No pretendamos por eso que el vulgo las lea también. Algo más las leerá y algo más habrán de agradarle que los grandes poetas antiguos; pero nunca, ni con mucho, le parecerán bien como cualquiera novela novísima, según el estilo y la moda vigentes. Yo tengo para mí que el mismo *Quijote,* con ser novela extraordinaria, sin par y única, la más espléndida joya de nuestra literatura, el fruto más rico y sazonado del ingenio español, el libro al lado del cual no se podrá poner acaso sino una docena de otros libros desde que los hay en el mundo, no es hoy leído sino por literatos, mientras que el vulgo y gran multitud de personas cultas, vulgo en esto, se aburren leyéndole, si es que intentan leerle, y apenas perciben algunas de sus bellezas, y las demás se escapan por completo a su percepción, aunque la tengan muy viva, sutil y despierta para comprender hasta los ápices y más menudos primores de Feuillet, Musset, Mérimée, Sué, Balzac, Dickens,

Dumas, Víctor Hugo y otra caterva de novelistas contemporáneos, extranjeros, y aun españoles. Claro está que por patriotismo, por no contrariar la corriente, con lo cual se harían en este caso reos de lesa gloria nacional, casi todos afirman y sostienen que el *Quijote* es obra admirable, si bien la admiran por fe y sin leerla.

Y no digo esto lamentándolo, sino para consignar un hecho. Esta diversidad de gustos, esta moda vulgar de cada siglo, es conveniente. ¿Qué sería del infeliz escritor si el gusto fuese siempre igual? ¿Qué concurrencia no le harían los autores antiguos? ¿Cómo competir en España con el ignorado autor de la *Celestina* o del *Amadís* y con tantos otros famosos novelistas, si sus obras tuviesen hoy la vida, la frescura y el encanto, y si fuesen tan sentidas y comprendidas del vulgo como cuando se escribieron? Muchos, los más de los que hoy escribimos, tendríamos que cruzarnos de brazos, llenos de aflicción y desaliento. ¿Quién escribiría un drama si gustasen y se comprendiesen Calderón y Lope y Tir-

so, y respondiesen hoy, como en el siglo XVII, a los afectos, pasiones y creencias de la muchedumbre?

De todos modos, yo entiendo que la novela de *Dafnis y Cloe* dista no poco de ser una obra extraordinaria; pero entiendo también que hay en ella mérito bastante para colocarla en el número de las novelas excepcionales, de belleza absoluta e independiente de la moda. Esto me basta para justificar su traducción y su publicación en castellano. Pero, ¿cómo he de fundar en esto la esperanza de que se divulgue y sea popular la novela que traduzco y patrocino?

Lo espero, en primer lugar, por su concisión, pues no pasa, traducida por mí, de 160 páginas. Y lo espero también porque la traducción francesa de Courier, refundiendo la de Amyot, y las disputas de Courier con Furia por ocasión de la mancha de tinta, han dado en Francia no muy distante celebridad y popularidad a esta novela; y como las modas vienen a Espa-

ña de Francia, pudiera ser que viniese esta moda de gustar de *Dafnis y Cloe.*

Otra razón para que la novela guste, es la sencillez de su estilo, donde la belleza de convención no entra para nada, pues los autores griegos, hasta en la edad de decadencia, como se cree que fué la de Longo, se dejaban más difícilmente extraviar por los artificios conceptuosos al uso o al gusto de un momento.

Razón es asimismo la de que, a pesar de lo que aseguran muchos, de que los autores griegos y latinos no sentían ni comprendían tan hondamente la Naturaleza como los modernos y los orientales, en *Dafnis y Cloe* la Naturaleza está viva, cuando no hondamente sentida y pintada. Así lo declaran el sabio Humboldt, en el *Cosmos,* Villemain y otros críticos. La brevedad de estas descripciones hace que hieran con más vigor la fantasía de todo lector un poco atento, sin peligro de que fatiguen, como ocurre con frecuencia en las descripciones minuciosas, analíticas e interminables de muchos escritores moder-

nos, de quienes se diría que miran con microscopio, tocan con escalpelo y escriben con plomo derretido.

Una gran contra, fuerza es confesarlo, tiene, por cierto, *Dafnis y Cloe*: el realismo de sus escenas amorosas, la libertad, que raya en licencia, con que algunas están escritas; pero sirva de disculpa que lo que en *Dafnis y Cloe* pueda tildarse de licencioso no es en el fondo perverso, y si algo de esto último hay en el original, lo hemos cambiado o suprimido. En las impurezas de *Dafnis y Cloe* resplandecen además cierto candor y cierta nitidez, y hasta me atrevo a decir que la desnuda y limpia inocencia del mármol pentélico, trabajado por el cincel del escultor antiguo. Para mí sería no menos justo tildar de poco decentes algunas escenas de *Dafnis y Cloe*, como tildar de poco decentes el Apolo de Belvedere y la Venus de Milo. Toda la culpa, si la hay, está en el desnudo. Vestidas, y bien vestidas, están Fanny, Madame Bovary, *La mujer de fuego, La Dama de las Camelias* y otras mil heroínas del día, y

son harto menos honestas que Cloe. Inmensa, pongamos por caso, es la distancia entre Cloe, que ama a Dafnis sin ningún interés y por él mismo, y jura serle fiel y le es siempre fiel en vida y en muerte, y la heroína de Goethe, Margarita, a quien las damas más púdicas admiran, no ya a solas, en su estancia, donde no es pública la desvergüenza, sino en pleno teatro, por lo menos haciendo gorgoritos en italiano, y en cuya seducción interviene, no obstante, el incentivo de la codicia, el regalo de las joyas, y donde ella, para estar con más descuido en los brazos de su amante, da a su madre un narcótico, y para ocultar su pecado, mata a su hijo. Todo lo cual no impide que Margarita sea admirada como criatura angelical, modelo de ternura y de otras virtudes, y que se vaya derecha al cielo, sin media hora siquiera de purgatorio, y que después interceda con la Virgen María para llevarse también por allá al bribonazo del doctor Fausto, del cual ha hecho el poeta alemán un extraño Job al revés, ya que, en lugar de padecer con re-

signación las duras pruebas a que somete el diablo al Job árabe, hace, con ayuda del diablo cuanta maldad y bellaquería se le antojan, sin escrúpulo de conciencia; y para distraer sus melancolías en la ocasión más terrible, cuando ha deshonrado y perdido a Margarita y causado la muerte de tres personas, se va a bailar el jaleo con brujas jóvenes y bonitas en un estupendo y desenfrenado aquelarre.

Al lado de *Fausto,* al lado de gran parte de los más celebrados libros modernos, es inocentísimo el que traducimos.

Algo podrá también influir para que guste y para que las antedichas faltas se perdonen o se disimulen, el haber indudablemente servido de modelo a la famosísima y con razón encomiada novela de Bernardino de Saint-Pierre, que se titula *Pablo y Virginia.* No negaré yo que en ésta el pudor y el espiritualismo de los amores se levantan inmensamente por cima de lo que se pinta y refiere en *Dafnis y Cloe,* como que allí todo está informado, a pesar del autor, que era poco cristiano, por el

casto espíritu del cristianismo, mientras que *Dafnis y Cloe* es obra gentílica; pero en otras cosas, a mi ver, *Dafnis y Cloe* aventaja a *Pablo y Virginia.* En esta última novela hay, sin duda, en medio de sus sencillas y naturales bellezas, sobrada afectación y *sensiblería* malsana, propias de Rousseau, maestro de Saint-Pierre, y teosófico prurito de buscar en la Naturaleza una revelación religiosa, mientras que en *Dafnis y Cloe* hay religión positiva, aunque sea mala, y todo es más candoroso y menos alambicado.

Tales son las principales razones que me asisten para creer que *Dafnis y Cloe* puede gustar, aun al vulgo, en España.

Ya otra novela griega, que ha sido dos o tres veces traducida o parafraseada en español, la única quizá que ha obtenido esta honra, *Teágenes y Cariclea,* de Heliodoro, gustó mucho durante más de un siglo, como lo prueban: Cervantes, imitándola en el *Persiles;* Calderón, tomando asunto de ella para su comedia *Los Hijos de la Fortuna;* la antigua traducción hecha por Fernando

de Mena y publicada en 1516, y la nueva hecha del latín, como la antigua, por don Fernando Manuel del Castillejo, en el año de 1722. Ambas traducciones gustaron, aunque son desmayadísimas, y más que traducciones, desleídas paráfrasis. La novela de Heliodoro, además, hasta en el original peca de fastidiosa, si bien la moral apenas tiene punto vulnerable, como obra de un santo varón cristiano que llegó a ser obispo.

Debe, por último, excitar la curiosidad pública y avivar el deseo de leer la novela de *Dafnis y Cloe* la consideración de ser la primera por su merecimiento, ya que no en el orden cronológico, de cuantas nos ha dejado la literatura griega, germen fecundo y guía constante de todas las literaturas de la moderna Europa.

Aunque de la historia de este género de ficciones, que hace tiempo se llaman *novelas*, y que tan en moda están en el día, pudiéramos excusarnos de hablar, remitiendo al lector a los autores de más valer que sobre ello han escrito, bueno será po-

ner algo aquí, en breve resumen, acerca de la novela griega en general, y singularmente acerca de *Dafnis y Cloe*, tomando por guía a Chassang, a Chauvin, a Sinne, a Dunlop y a otros.

Cierto que la novela, escrita en prosa con alguna extensión, en una forma aproximada a aquella en que hoy la concebimos y escribimos, y contando lances de la vida privada de personas, no históricas, sino particulares y fingidas las más veces, es una aparición muy tardía en la literatura griega, y se puede y debe colocar en época de decadencia, al menos relativa; pero, si por novela hemos de entender toda narración, oral o escrita, en prosa o en verso, de casos inventados, ya se inventen con plena conciencia, ya se imaginen o se sueñen por unos hombres de un modo espontáneo e inconsciente, y por otros se crean verdaderos y reales, la novela es tan antigua como el mundo, desde que vive en el mundo gente que habla.

Los griegos la llamaron *mytho*, y los latinos *fábula*. *Contar* o *hablar* equivalía a

referir *fábulas* o *mythos. Hablar* viene de *fabulor,* que a su vez viene de *fábula, y mitho* en griego significa a la vez palabra, discurso, fábula, tradición popular o cuento. Toda *habla* tenía, pues, en lo antiguo, sobre todo cuando narraba, mucho de cuento, novela o fábula. Por medio de ellas se explicaban los fenómenos de la Naturaleza: el terror de los bosques, el curso del Sol y de las estrellas, la vida misteriosa de las plantas, la voz del escondido eco, la recóndita inmensidad y el prolífico abismo de los mares, el subterráneo origen de las fuentes, el brío devorador a par que plasmante de la llama, la lucha de los elementos, sus afinidades y consorcios fecundos, la fuerza que amontona los metales o que cuaja el cristal en las entrañas de la tierra, el arco iris que se extiende en la bóveda azul, las tinieblas de la noche, el fulgor de la aurora, las nubes, el trueno, el rayo, la lluvia que fertiliza y el viento que destroza; cuanto hiere, en suma, la imaginación de los hombres, cuando la Naturaleza hablaba con más poderosa voz que en el día a sus po-

tencias y sentidos, sin apartar el velo que la cubre ni hacer patentes sus entonces inefables y temerosos arcanos. Los afectos, pasiones y apetitos, que conmovían nuestro ser, no analizados tampoco entonces, ni fisiológica ni psicológicamente, se personificaban del mismo modo que los fenómenos naturales externos, y de aquí nacían también dioses y diosas, demonios y genios. Cada uno de estos seres fantásticos tenía su vida propia. Su historia, ya se refería, ya se cantaba en himnos. Los acontecimientos humanos, las conquistas bienhechoras o destructoras, la emigración de los pueblos, la fundación de ciudades, reinos o repúblicas, los viajes por mar y por tierra en un mundo apenas conocido, donde la imaginación ponía lo que el entendimiento ignoraba; todo esto, engrandecido a poco de suceder, y a veces a par que sucedía, sin que nadie lo escribiese, transmitiéndose y creciendo al pasar de boca en boca, y conservando a menudo en la memoria, merced a la palabra rítmica, dejaba de ser historia, se convertía en cuento, fábula o *mytho*, y

era, en suma, la materia épica diseminada o difusa. En ella se guardaba, oculto en símbolos y figuras, todo el saber de las primeras edades; de donde, con el andar del tiempo, salieron las maravillosas epopeyas, cuando un vate singular y dichoso acertó a reunir los dispersos cantares en armónico conjunto, y de donde la historia brotó más tarde, cuando un observador, curioso y discreto, agrupó esos mismos cantares épicos, hablas y tradiciones, poniéndolos en desatada prosa y procurando dar alguna razón de ellos en virtud de la crítica naciente.

De aquí que, en fuerza de ser todo novela (religión, geografía, historia, ciencias naturales, moral y política), no viniese hasta muy tarde la novela propiamente dicha.

Han disputado muchos eruditos sobre la procedencia de la novela griega. Unos, como Huet, suponen que vino del Oriente; otros, que nació en Grecia, original y castiza. Yo creo que, sin duda, los primitivos griegos traían ya sus creencias y sus *mythos* desde que emigraron de la cuna de la

raza aria, en las faldas del Paropamiso; que fueron después inventando mucho, y que tomaron también no poco de Egipto, de Fenicia, del Asia Menor, de Tracia y de otras regiones y pueblos; pero los griegos, admirablemente dotados por la Naturaleza, pusieron en todo el sello de su propio ser: la gracia, la medida, la armonía y el buen gusto instintivo e innato.

Como quiera que ello sea, la ficción fué. en un principio, candorosa y no reflexiva: tuvo carácter épico, tanto por el sujeto que fingía, cuanto por el objeto fingido. No era la ficción individual, o se habían perdido las huellas de que lo fuese: era obra de la imaginación colectiva; no era historia fingida adrede, sino creída y soñada; ni era tampoco de casos meramente domésticos, sino importantes al pueblo todo o a todos los hombres: historia de reyes, de patriarcas, de héroes epónimos, de dioses y semidioses, los cuales, ya, como Hércules, Teseo, Perseo y Belerofonte, altos modelos de los ulteriores caballeros andantes, socorrían doncellas, amparaban menesterosos

y libertaban la tierra de monstruos y tiranos; ya, como Baco, Osiris y los Argonautas, se extendían por el mundo, civilizándole en expedición conquistadora; ya, como Hermes, inventaban artes que hacen grata la vida; ya, como Prometeo, arrostraban la cólera del cielo y del inflexible destino, a fin de salvar, mejorar o ennoblecer al género humano.

Cuando toda esta materia épica pasó de ser oral a ser escrita, y perdiendo el ritmo o forma de la poesía, vino a ponerse en prosa, la ficción, o dígase la novela en su más lato sentido, entró en un período importante de su historia, si bien aun apenas aparecía aislada, sino combinándose con todo. Los moralistas se valían de ella para inculcar sus preceptos, y los filósofos y políticos para hacer más perceptibles y populares sus teorías y sistemas. De aquí las fábulas de Platón sobre la Atlántida y sobre Her el armenio, la del grave Aristóteles sobre Sileno y Midas, y la de Jenofonte sobre la educación de Ciro.

Lo inexplorado hasta entonces de este

planeta en que vivimos daba lugar a innumerables *utopias;* esto es, a tierras incógnitas o muy remotas, donde vivían pueblos extraños, ya por lo monstruoso de su ser y condición, ya por estar gobernados de una manera singular y perfecta, según el gusto de quien transmitía o inventaba la ficción. Así nacieron, y se pusieron en diversos sitios, reinos o repúblicas de amazonas, de pigmeos y de arimaspes, y así surgieron también islas afortunadas: el país de los hiperbóreos, amados de Apolo; la tierra de los meropes, la nación india de los atacoros, y hasta la Pancaya de Evhemero.

De la misma suerte que, por ignorancia de la geografía, se creaban países y pueblos fantásticos, por el desconocimiento de los casos pasados, emigraciones de razas, conquistas, victorias, civilizaciones, florecimientos y decadencias, nacieron multitud de historias de pueblos primitivos, donde a veces, sobre la leve trama de algunos hechos reales, la fantasía tejía y bordaba mil prodigios.

Para dar autoridad a alguna doctrina religiosa o filosófica, casi se forjaba un personaje y toda su portentosa historia, como la de Abaris o la de Zamolxis, y, por el contrario, para glorificación de un personaje real, se forjaba su leyenda. Así se escribieron no pocas vidas, no ya sólo de reyes, héroes y conquistadores, sino también de sabios y de filósofos, como la de Pitágoras por Jámblico y Porfirio; la de Apolonio de Tyana, por Filostrato; la de Plotino, por Porfirio, y la de Proclo, por Marino. Hasta para dar una explicación racionalista a la historia divina, para traer a la tierra a los númenes que el vulgo adoraba y reducirlos a la condición y proporciones humanas se inventaban fábulas no menos increíbles y absurdas que la misma religión que tiraban a destruir, como ocurría en la ya citada Pancaya de Evhemero, quien cuenta hoy, sin las disculpas que él tenía, tan numerosos y brillantes discípulos, verbigracia: Rodier, Renan, Moreau de Jonnes y, sobre todo, el autor de un libro titulado *Dios y su tocayo,* donde se pretende probar

que Jehovah era el emperador de la China y Adán un súbdito rebelde, expulsado del Celeste Imperio.

Es evidente que al señalar aquí las diversas direcciones que tomó entre los griegos el espíritu de invención novelesca, lo hacemos con rapidez y a grandes rasgos, y no podemos ceñirnos a la cronología, ni marcar con precisa distinción épocas y períodos. Baste que nos atrevamos a afirmar que hasta los tiempos de Alejandro Magno apenas queda rastro de lo que ahora podemos llamar *novela de costumbres.* Toda ficción es sobre algo que toca o interesa a la vida pública, ya religiosa, ya política, ya filosófica. La novela de casos domésticos estaba en germen y reducida al cuento oral, que hasta muy tarde no empezó a coleccionarse.

Estos cuentos venían principalmente de Mileto, de Síbares y de Chipre, y eran a menudo amorosos y obscenos. Los más antiguos recopiladores de estos cuentos, de quienes se tiene noticia, son de la edad de Alejandro, o posteriores, como Clearco de

Soli, Partenio de Nicea, maestro de Virgilio, y Conón, que vivió en el mismo tiempo.

Con la novela hubo de suceder lo mismo, en cierto modo, que con el teatro cómico. Aristófanes, en la comedia antigua, habla y trata de la vida pública, política y religiosa. Viene después la comedia media, que trata aún de la vida pública; pero, ya perdidas la actividad y la libertad de la democracia ateniense, olvida lo político, y se emplea en representar filósofos y cortesanas. Sólo con Menandro, en la comedia nueva, aparece la verdadera vida interior doméstica, y se pintan caracteres y pasiones de personajes privados.

En la novela, lo que responde a la comedia nueva en el teatro, esto es, lo que hasta cierto punto pudiéramos llamar *novela de costumbres,* vino mucho más tarde. Todo novelista de este género puede afirmarse que es posterior a la Era cristiana.

No por esto juzgo yo, como los clasicistas severos, que es época de decadencia ésta en que apareció la novela de dicha clase. Verdad que el siglo de oro de las letras

griegas fué el de Pericles; pero autores eminentes hubo en épocas distintas, y nuevos períodos de florecimiento y nuevos campos para luchar y vencer se abrieron después en repetidas ocasiones al ingenio helénico; ora bajo los Ptolomeos y otros sucesores de Alejandro, en filosofía, en ciencias exactas y naturales, y en poesía lírica y bucólica; ora bajo la dominación de Roma, en quien infundió Grecia su cultura; ora con la aparición y difusión del cristianismo y el gran movimiento de ideas que trajo en pos de sí, aun hasta después de caer el imperio de Occidente. Yo creo que no pueden llamarse épocas de decadencia en una literatura aquellas en que florecen poetas como Teócrito, Bion y Calímaco; prosistas como Polibio, Plutarco y Luciano; filósofos como Plotino, y escritores tan elocuentes y pensadores tan profundos como tantos y tantos Padres de la Iglesia.

En esta última época, a saber, desde el primero al quinto o sexto siglo de la Era cristiana, es cuando escriben los principa-

les novelistas griegos de la novela propiamente dicha, o dígase de la *novela de costumbres,* o más bien de la novela de amor y aventuras, ya que las costumbres no se pintaban entonces con la exactitud de ahora; no se empleaba lo que hoy llamamos o podemos llamar *color local y temporal,* sino cuando esto salía sin caer en ello los autores; ni mucho menos había, ni era posible que hubiese, este análisis psicológico de las pasiones y afectos, que hoy se usa y agrada tanto. En cambio, el empleo de lo sobrenatural y prodigioso no era tan difícil como en el día, porque los hombres creían sin gran dificultad, por donde era llano ingerir en las novelas lo fantástico de las antiguas fábulas filosóficas, religiosas, geográficas e históricas.

Las novelas más famosas y conocidas del expresado género son: la *Eubea,* de Dion Crisóstomo; el *Asno,* de Lucio de Patras; *Las Efesiacas,* de Jenofonte de Efeso; *Teágenes y Cariclea,* de Heliodoro; *Leucipe y Clitofonte,* de Aquiles Tacio, y *Las Pastorales,* de Longo, o *Dafnis y Cloe,* que da-

mos aquí traducida, y que es, sin duda, la mejor de todas, ya que el *Asno*, de Lucio, es ferozmente obsceno, y *Eubea*, de Dion, tiene poco interés, por más que esté lindamente escrita. Las otras novelas de dicha época son en el día harto pesadas de leer. Y las novelas posteriores, del Bajo Imperio, no son más amenas ahora, si bien son en extremo interesantes por lo mucho que influyen en el desenvolvimiento de todas las literaturas del centro y occidente de Europa durante la Edad Media; ya en leyendas y cuentos, ya en poemas y libros de caballerías, ya en el mismo teatro, cuando el renacimiento y después, como sucede, por ejemplo, con la historia de Apolonio de Tiro, el poema de Alejandro y las historias troyanas.

Según ya hemos dicho, aunque nuestro elogio se atribuya a pasión de traductor, *Dafnis y Cloe* es la mejor de todas estas novelas; la única quizá que, por la sencillez y gracia del argumento, por el primor del estilo y, en suma, por su permanente belleza, vive y debe gustar en todo tiempo.

Contra los ataques que se han dirigido a su poca moralidad y decencia, ya la hemos defendido hasta donde nos ha sido posible. De otras faltas es harto más fácil defenderla. Una, sobre todo, apenas se comprende que haya críticos juiciosos que se la atribuyan: la de la intervención milagrosa de Pan para salvar a Cloe, a quien llevaban robada. Lo extraño es que los críticos se hayan fijado en este momento, como si en él apareciese sólo lo sobrenatural, y no hayan querido comprender que, desde el comienzo de la novela, lo sobrenatural interviene en todo. Sin su intervención la novela no sería verosímil, y, por lo tanto, no sería divertida. La verosimilitud estética se funda, pues, en la creencia en ciertos seres por cima del ser humano y que le amparan y guían; en la creencia en las Ninfas; en Amor, no como figura alegórica, sino como persona real, viva y divina, y en Pan, como dios protector de los pastores, belicoso a veces y tremendo.

Sin la providencia especial de estas divinidades, sin el cuidado que toman por Daf-

nis y Cloe y sin la elección que hacen de ellos para un caso singular de enamoramiento dulcísimo, ni se hubieran salvado los niños recién nacidos, abandonados en medio del campo, ni los hubieran criado con tanto amor una cabra y una oveja, ni hubieran conservado su rara hermosura, a pesar de las inclemencias del cielo, ni hubieran sido tan sencillos e inocentes, ni hubiera pasado, en resolución, casi nada de lo que en la novela pasa. Por eso es de maravillar que los críticos censuren el milagro de Pan para libertar a Cloe, y no censuren los demás milagros ni se paren en ellos.

Ni yo creo en Pan ni en las Ninfas, ni hay lector en el día que pueda creer en tales disparates; mas, para la verosimilitud estética, es fuerza ponerse en lugar del vulgo gentílico que en un tiempo dado (todavía cuando la novela se escribió) creía en las mencionadas patrañas, sobre todo en lugares agrestes, lejos de las grandes ciudades. Una vez concedido esto, todo es verosímil y llano.

Dafnis y Cloe, en completo estado de na-

turaleza, aunque sublimado e idealizado por el favor divino, pero por el favor divino de dioses poco severos, se aman antes de saber que se aman, son bellos e ignorantes, contemplan y comprenden su hermosura, y de esta contemplación y admiración nace un afecto bastante delicado para dos que viven casi vida selvática: él, sin colegio ni estudio de moral, y ella, sin madre vigilante y cristiana, sin aya inglesa que la advierta lo que es *shocking*, y sin nada por el estilo. Si el autor, dado ya el asunto, hubiera puesto en los amores de sus dos personajes algo de más sutil, etéreo y espiritual, hubiera sido completamente falso, tonto e insufrible.

La novela de *Dafnis y Cloe* es, pues, lo que debe y puede ser, y tal como es, es muy linda.

Su autor imita, sin duda, a los antiguos poetas bucólicos, a Teócrito sobre todo; pero le imita con tino y gracia. De aquí que su obra sea la mejor, la más natural, la menos afectada y artificiosa, la única acaso no afectada de cuantas novelas pas-

torales se han escrito posteriormente, y que, pasada ya la moda, no hay quien lea con paciencia.

Dafnis y Cloe, más bien que de novela bucólica, puede calificarse de novela campesina, de novela idílica o de idilio en prosa; y en este sentido, lejos de pasar de moda, da la moda y sirve de modelo aún, *mutatis mutandis,* no sólo a *Pablo y Virginia,* sino a muchas preciosas novelas de Jorge Sand, y hasta a una que compuso en español, pocos años ha, cierto amigo mío, con el título de *Pepita Jiménez.*

De estas novelas en prosa se ha pasado también a componerlas en verso, tomando asunto de la vida común; pintando escenas villanescas, rústicas o burguesas, que no carecen de poesía, sino que la tienen muy grande, cuando se aciertan a pintar con la debida sencillez homérica. En vez de cantar a los héroes tradicionales de la epopeya, se ha cantado en estos idilios modernos a sujetos de condición humilde. Los dos más bellos modelos de tal género de composición, en nuestros días, son *Her-*

mann y Dorotea, de Goethe, y *Evangelina,* de Longfellow. Algunos de nuestros mejores poetas han seguido un poquito esta corriente desde hace cinco o seis años. Así, Campoamor, en los que llama *Pequeños poemas,* y Núñez de Arce, en otro que titula *Idilio.*

Grecia también nos dió el ejemplo de esto, al ir a expirar su gran literatura. En el siglo V, o después (porque, así como nada se sabe de quién fué Longo, nada se sabe tampoco de este otro autor, ni del tiempo en que vivió), hubo un cierto Museo, a quien llaman *el gramático* o *el escolástico,* para distinguirle del antiquísimo Museo mitológico, hijo de Eumolpo y discípulo de Orfeo, el cual Museo más reciente compuso la novela en verso de *Hero y Leandro,* que es un idilio por el estilo de los que ahora se usan, un dechado de sencillez y de gracia, un *pequeño* poema precioso. Ganas se le han pasado al traductor de *Dafnis y Cloe* de traducirle también y de incluirle en este mismo volumen; pero, como no está seguro de que el público guste de lo pri-

mero, deja para más adelante, si el público no le desdeña y le anima, el ofrecerle lo segundo. Entre tanto, y por hoy, se despide de él, pidiéndole perdón de sus muchas faltas.

PROEMIO

Cazando en Lesbos, en un bosque consagrado a las Ninfas, vi lo más lindo que vi jamás: imágenes pintadas, historia de amores. El soto, por cierto, era hermoso, florido, bien regado y con mucha arboleda. Una sola fuente alimentaba árboles y flores; pero la pintura era más deleitable que lo demás: de hábil mano y de asunto amoroso. Así es que no pocos forasteros acudían allí, atraídos por la fama, a dar culto a las Ninfas y a ver la pintura.

Parecíanse en ella mujeres de parto, otras que envolvían en pañales a los abandonados pequeñuelos, cabras y ovejas que les daban de mamar, pastores que de ellos cuidaban, mancebos y rapazas que andaban

enamorándose, correría de ladrones y algaradas de enemigos. Otras mil cosas, y todas de amor, contemplé allí con tanto pasmo, que me entró deseo de ponerlas por escrito, y habiendo buscado a alguien que me explicase bien la pintura, compuse estos cuatro libros, que consagro al Amor, a las Ninfas y a Pan, esperando que mi trabajo ha de ser grato a todos los hombres, porque sanará al enfermo, mitigará las penas del triste, recordará de amor al que ya amó, y enseñará el amor al que no ha amado nunca; pues nadie se libertó hasta ahora de amar, ni ha de libertarse en lo futuro, mientras hubiere beldad y ojos que la miren. Concédanos el Numen que nosotros mismos atinemos a contar, sanos y salvos, los amores de otros.

LIBRO PRIMERO

Ciudad de Lesbos es Mitilene, grande y hermosa. La parten canales, por donde entra y corre la mar, y la adornan puentes de lustrosa y blanca piedra. No semeja, a la vista, ciudad, sino grupo de islas.

A unos doscientos estadios de Mitilene, cierto rico hombre poseía magnífica hacienda, montes abundantes de caza, fértiles sembrados, dehesas y colinas cubiertas de viñedo: todo junto a la mar, cuyas ondas besaban la arena menuda de la playa.

En esta hacienda, un cabrero llamado Lamón, que apacentaba su ganado, halló a un niño, a quien criaba una cabra. En el centro de un matorral, entre zarzas y hiedra trepadora, y sobre blanco césped, re-

posaba el infantico. Allí solía entrar la cabra, de suerte que desaparecía a menudo, y abandonando su cabritillo, asistía a la criatura. Lamón notó estas desapariciones, y se compadeció del cabritillo abandonado; pero un día, en el ardor de la siesta, siguiendo la pista de la cabra, la vió deslizarse con cautela entre las matas, a fin de no lastimar con las pezuñas al niño, el cual, como si fuera del pecho materno, iba tomando la leche. Maravillado Lamón, que harto motivo había para ello, se acercó más, y vió que la criatura era varón, bonito y robusto, y con prendas más ricas de lo que prometía su corta ventura, porque estaba envuelto en mantilla de púrpura con hebilla de oro, y al lado había un puñalito, cuyo puño era de marfil. Lo primero que discurrió Lamón fué cargar con aquellas alhajas y abandonar al niño; pero avergonzado luego de no remedar siquiera la compasión de la cabra, no bien llegó la noche, lo llevó todo, niño, cabra y alhajas, a su mujer Mirtale, a la cual, para que se le quitase la aprensión de que las cabras pa-

rieran niños, le contó lo ocurrido: cómo halló a la criatura, cómo la cabra la amamantaba y cómo él había tenido vergüenza de dejarla morir. Y siendo Mirtale del mismo parecer, ocultaron las alhajas, prohijaron al niño y encomendaron a la cabra su crianza. A fin de que el nombre del niño pareciese pastoral, decidieron llamarle Dafnis.

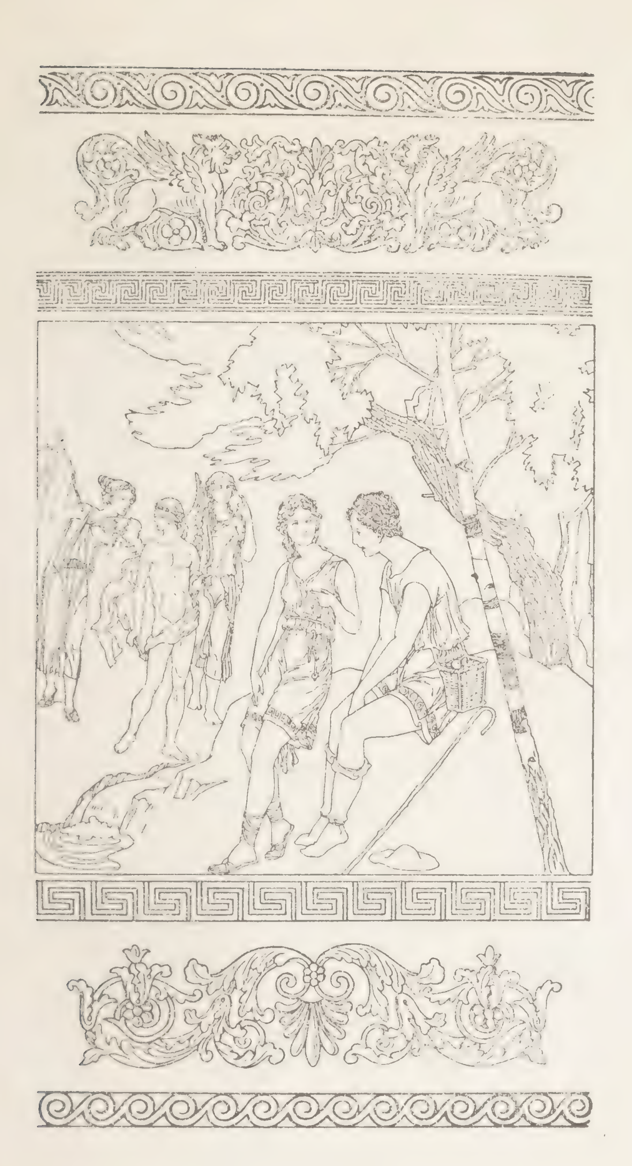
Dos años después, otro pastor de los vecinos campos, cuyo nombre era Dryas, halló y vió algo semejante cuando apacentaba su rebaño. Había una gruta consagrada a las Ninfas, gran roca, hueca por dentro, y en lo exterior redonda. En esta gruta se veían figuras de Ninfas, hechas de piedra, los pies descalzos, los brazos desnudos hasta los hombros, los cabellos esparcidos sobre la espalda y la garganta, el traje ceñido a la cintura, y una dulce sonrisa en entrecejo y boca; todo el aspecto de ellas, como si hubiesen bailado en coro. En el fondo de la gruta se levantaba un poco el terreno, y de allí manaba una fuente, cuyas aguas se deslizaban formando manso arro-

yo, y alimentando en torno un prado amenísimo, de copiosa y blanda grama cubierto. Allí se veían suspendidos tarros, colodras, flautas, pífanos y churumbelas, ofrendas de antiguos pastores. A este templo de las Ninfas acudía una oveja que había ya criado corderos, y el pastor Dryas sospechaba a veces que se le había perdido. Queriendo, pues, corregirla y traerla de nuevo a su antiguo y tranquilo modo de pacer, tejió con sutiles varitas de mimbre verde uno a modo de lazo, y entró en la gruta a fin de coger la oveja; pero no bien llegó cerca, vió lo que no esperaba: vió a la oveja que, con ternura verdaderamente humana, daba su ubre, para que de ella sacase abundante leche, a una criaturita, la cual, con avidez, pero sin llanto, aplicaba la boca pura y limpia, ya a una teta, ya a otra, y cuando se había hartado de mamar, la oveja le lamía la cara. Esta criatura era una niña, y tenía pañales y otras prendas para poder ser reconocida: toquillas y chinelas bordadas de hilo de oro, y ajorcas de oro también.



Considerando divino tal hallazgo, y enseñado por la oveja a compadecer y amar a la niña, Dryas la tomó en sus brazos, guardó aquellas prendas en el zurrón, y rogó a las Ninfas que le dejasen criar con buena suerte a la que se había puesto bajo su amparo. Y como ya era tiempo de llevar la manada al aprisco, volvió a su cabaña, contó a su mujer lo ocurrido, le mostró a la niña y la exhortó a tomarla por hija, ocultando cómo había sido hallada. Napé, que así se llamaba la pastora, amó desde luego a la niña como madre, recelosa de que la oveja no la venciese en ternura; y en prueba de que la niña era su hija, le puso el nombre pastoral de Cloe.

Pronto crecieron los niños. Su hermosura distaba mucho de parecer rústica. Cuando él cumplió quince años y ella dos menos, Dryas y Lamón tuvieron idéntico sueño en una misma noche. Pensaron ver que las Ninfas, las de la gran gruta donde estaba la fuente y donde Dryas había encontrado a la niña, ponían a Dafnis y a Cloe en poder de un mozuelo gentil a par que



arrogante, con alas en los hombros y armado de arco y flechas pequeñitas, el cual, hiriendo a ambos con la misma flecha, les mandó que fuesen pastores: a ella, de ovejas; a él, de cabras. No poco afligió a los viejos este sueño, que destinaba a sus hijos al oficio de guardar ganado, porque hasta entonces habían augurado mejor suerte para ellos, fiándose en las prendas halladas, por lo cual los habían criado con el mayor regalo y les habían hecho aprender las letras y cuanto en el campo hay de bueno. Resolvieron, no obstante, obedecer a los dioses, cuya providencia había salvado a los niños. Y después de comunicarse mutuamente el sueño y de haber hecho un sacrificio, en la gruta de las Ninfas, al mozuelo de las alas (cuyo nombre no acertaban a adivinar), enviaron a los mozos a cuidar del hato, enseñándoles el oficio pastoril: de qué modo ha de apacentarse antes del mediodía, de qué modo después de pasada la siesta; cuándo conviene llevar al abrevadero, cuándo al aprisco; en qué ocasión debe emplearse el cayado y en qué ocasión basta

la voz. Ellos se alegraron de esto en gran manera, como si los hubieran hecho príncipes, y amaron a sus cabras y corderos más que suele el vulgo de los pastores, porque ella recordaba que debía la vida a una oveja, y él no había olvidado que una cabra le cuidó y alimentó en su abandono.

Empezaba entonces la primavera y se abrían las flores en montes, selvas y prados; oíase ya por todas partes susurro de abejas y gorjeo de pajarillos. Los recentales balaban, los corderos retozaban en la montaña, las abejas susurraban en el prado, y en umbrías y sotos cantaban las aves. Como en aquella bendita estación todo se regocijaba, Dafnis y Cloe, tan jóvenes y sencillos, se pusieron a remedar lo que veían y oían. Oían cantar a los pájaros, y cantaban; veían brincar a los corderos, y brincaban gallardamente; y remedando a las abejas, cogían flores, y ya se las ponían en el pecho, ya, tejiendo guirnaldas, se las ofrecían a las Ninfas. Todo lo hacían juntos y apacentaban cerca el uno del otro. A menudo Dafnis hacía

volver la oveja que se extraviaba, y a menudo Cloe espantaba a las cabras más atrevidas para que no trepasen a los riscos. A veces uno solo cuidaba de ambos hatos, mientras que el otro se recreaba y jugaba. Sus juegos eran infantiles y propios de zagales. Ora ella, con juncos que cogía, formaba jaulas para cigarras, y, distraída en esta faena, descuidaba el ganado. Ora él cortaba delgadas cañas, les agujereaba los nudos, las pegaba con cera blanda, y se esmeraba hasta la noche en tocar la zampoña. A menudo compartían ambos la leche y el vino y se comían juntos la merienda que traían de casa. En suma, más bien se hubieran visto las cabras y las ovejas dispersas que a Dafnis y Cloe separados.

En medio de tales juegos, Amor empezó a darles penas. Una loba, que recientemente había tenido cría, robaba muchas veces corderos de los campos próximos para alimentar sus cachorros. Algunos aldeanos se reunieron con este motivo, e hicieron de noche zanjas de más de una

vara de ancho y de cuatro o cinco de hondo. Mucha porción de la tierra removida la esparcieron a lo lejos, y sobre el hoyo extendieron palos secos y quebradizos, cubriéndolos con el resto de la tierra para que el suelo apareciese como antes, de modo que hasta una liebre que corriese por cima rompiese los palos, más débiles que paja, y probase que no era suelo, sino apariencia de suelo. Así abrieron varias zanjas en los cerros y en el llano; pero nunca pudieron coger la loba, que presintió la trampa. En cambio, perdieron no pocos corderos y cabras, y Dafnis estuvo a punto de perderse.

Dos machos cabríos, irritados por la brama, lucharon con tal furor y violencia, que a uno de ellos se le rompió un cuerno, y, lleno de dolor, comenzó a huir dando bramidos, mientras que el vencedor le perseguía sin tregua ni sosiego. Dolióse Dafnis del cuerno quebrado, y lleno de ira contra la terquedad del macho victorioso, empuñó el cayado y dió en perseguirle a su vez. Así, huyendo el uno y siguiéndole enfurecido el otro, sin ver dónde ponían los pies, caye-



ron ambos en la trampa, el macho primero y luego Dafnis, lo cual le salvó, pues al caer se quedó caballero en el macho; pero, como se veía en el fondo del hoyo, lloraba, aguardando que alguien viniese a sacarle de allí. Cloe, que vió de lejos lo sucedido, acudió de carrera al hoyo, reconoció que Dafnis estaba con vida y pidió socorro a un boyero de los vecinos campos. Llegó el boyero y buscó una cuerda o soga, para que, asido a ella, Dafnis saliese; pero no se encontraba cuerda. Entonces Cloe desató la cinta de sus crenchas, la dió al boyero, y de esta suerte, puestos ambos en la boca del hoyo, agarrándose Dafnis a la cinta y tirando ellos, logró subir el caído. Sacaron después al macho infeliz, que con el golpe se había roto entrambos cuernos (pronta y completa venganza del vencido), y se le dieron al boyero en pago de su ayuda, con propósito de decir en casa, si alguien preguntaba por él, que un lobo se le había llevado.

Volvieron luego donde estaban cabras y ovejas y hallaron que pacían en paz y buen orden. Sentáronse entonces cabe el tronco



de una encina y miraron ambos con atención si alguna parte del cuerpo de Dafnis se había lastimado al caer; pero ni herida ni sangre tenía, sino sucio barro en el pelo y en lo demás de su persona. Dafnis determinó lavarse para que Lamón y Mirtale no supiesen lo ocurrido. Y yéndose con Cloe a la gruta de las Ninfas, le dió a guardar la tuniquilla y el zurrón y se puso a lavar en la fuente su cabellera y el cuerpo todo. La cabellera era negra y abundante; el cuerpo, tostado del sol. Diríase que le daba color obscuro la sombra de la cabellera. Cloe, que miraba a Dafnis, le halló hermoso, y como hasta allí no había reparado en su hermosura, imaginó que el baño se la prestaba. Cloe lavó luego las espaldas a Dafnis, y halló tan suave la piel, que de oculto se tocó ella muchas veces la suya para decidir cuál de los dos la tenía más delicada.

Como ya el Sol iba a ponerse, ambos volvieron con el hato a sus cabañas, y Cloe nada deseaba tanto como ver a Dafnis bañarse de nuevo.

Al día siguiente, de vuelta en la prade-

ra, Dafnis, sentado, según solía, al pie de una encina, tocaba la flauta, a par que miraba sus cabras, encantadas, al parecer, con el dulce sonido. Cloe, sentada asimismo a la vera de él, miraba sus ovejas y corderos; pero miraba más a Dafnis. Y otra vez le pareció hermoso tocando la flauta, y creyó que la música le hermoseaba, y para hermosearse ella tomó la flauta también. Quiso luego que volviera él a bañarse y le vió en el baño, y sintió como fuego al verle, y volvió a alabarle, y fué principio de amor la alabanza. Niña candorosa, criada en los campos, no se daba cuenta de lo que le pasaba, porque ni siquiera había oído mentar el Amor. Sentía inquietud en el alma; no podía dominar sus ojos y hablaba mucho de Dafnis. No comía de día, velaba de noche y descuidaba sus ovejas; ya reía, ya lloraba; si dormía, se despertaba de súbito; su rostro se cubría de palidez y luego ardía de rubor. Nunca se agitó más becerra picada del tábano. Acontecía a veces que ella a sus solas prorrumpía en estas razones:

"Estoy mala e ignoro mi mal; padezco y no me veo herida; me lamento y no perdí ningún corderillo; me abraso y estoy sentada a la sombra. Mil veces me clavé las espinas de los zarzales y no lloré; me picaron las abejas y pronto quedé sana. Sin duda que esta picadura de ahora llega al corazón y es más cruel que las otras. Si Dafnis es bello, las flores lo son también; si él canta lindamente, no cantan mal las avecicas. ¿Por qué pienso en él y no en las avecicas y en las flores? ¡Quisiera ser su flauta para que infundiese en mí su aliento! ¡Quisiera ser su cabritillo para que me tomara en sus brazos! ¡Oh agua perversa, que a él sólo haces hermoso y me lavas en balde! Yo me muero, queridas Ninfas; ¿cómo no salváis a la doncella que se crió con vosotras? ¿Quién os coronará de flores después de mi muerte? ¿Quién tendrá cuidado de los pobrecitos corderos? ¿A quién encomendaré mi parlera cigarra, que cogí con tanta fatiga y que solía cantar en la gruta para que yo durmiese la siesta? En vano canta ahora, pues

yo velo, gracias a Dafnis." Así padecía, así se lamentaba Cloe, procurando descubrir el nombre de Amor.

Entre tanto, Dorcon, el boyero que sacó del hoyo a Dafnis y al macho, mozuelo ya con barbas y harto sabido en cosas de Amor, se había prendado de Cloe desde el primer día, y como mientras más la trataba más se abrasaba su alma, resolvió valerse o de regalos o de violencia para lograr sus fines. Fueron sus primeros presentes, para Dafnis una zampoña que tenía nueve cañutos ligados con latón, y no con cera, y para Cloe la piel de un cervatillo, esmaltada de lunares blancos, para que la llevase en los hombros, cual suelen las bacantes.

Así creyó haberse ganado la voluntad de ambos, y pronto desatendió a Dafnis; pero a Cloe la obsequiaba de diario, ya con blandos quesos, ya con guirnaldas de flores, ya con frutas sazonadas. Y hasta hubo ocasiones en que le trajo un becerro montaraz, un vaso sobredorado y pajarillos cazados en el nido. Ignorante ella del artifi-

cio y malicia de los amadores, tomaba los regalos y se alegraba, y se alegraba más aún porque con ellos podía regalar a Dafnis.

No tardó éste en conocer también las obras de Amor. Entre él y Dorcon sobrevino contienda acerca de la hermosura. Cloe había de sentenciar. Premio del vencedor, un beso de Cloe. Dorcon habló primero de esta manera:

—Yo, zagala, soy más alto que Dafnis, y valgo más de boyero que él de cabrero, porque los bueyes valen más que las cabras. Soy blanco como la leche y rubio como la mies cuando la siegan. No me crió una bestia, sino mi madre. Este es chiquitín, lampiño como las mujeres y negro como un lobezno. Vive entre chotos, y su olor ha de ser atroz, y es tan pobre, que no tiene para mantener un perro. Se cuenta que una cabra le dió leche, y a la verdad que parece cabrito.

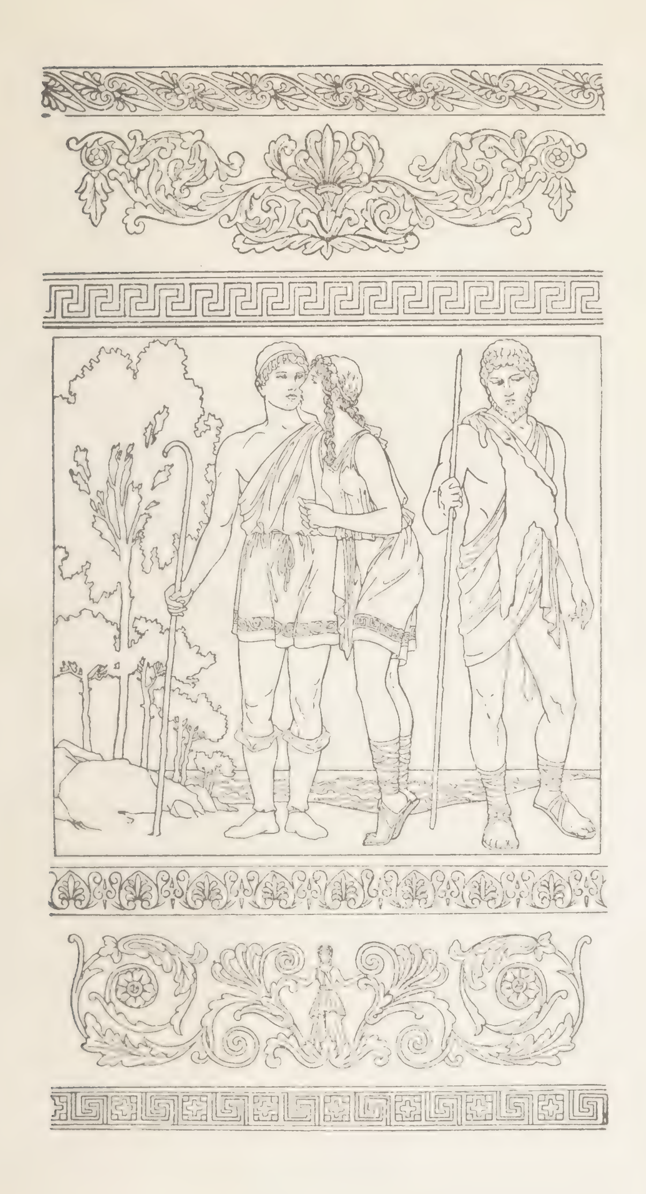
Así dijo Dorcon. Luego contestó Dafnis:

—Me crió una cabra, como a Júpiter, y son mejores que tus vacas las cabras que yo

apaciento. Y no huelo como ellas, como no huele Pan, que casi es macho cabrío. Bastan para mi sustento queso, blanco vino y pan bazo, manjares campesinos, no de gente rica. Soy lampiño como Baco, y como los jacintos, moreno; pero más vale Baco que los sátiros, y más el jacinto que la azucena. Este es bermejo como los zorros, barbudo como los chivos, y como las cortesanas blanco. Y mira bien a quién besas, pues a mí me besarás la boca, y a él las cerdas que se la cubren. Recuerda, por último, ¡oh zagala!, que a ti también te crió una oveja, y eres, no obstante, linda.

Cloe no supo ya contenerse, y movida de la alabanza, y más aún del largo anhelo que por besar a Dafnis sentía, se levantó y le besó; beso inocente y sin arte, pero harto poderoso para encenderle el alma.

Dorcon huyó afligido en busca de nuevos medios de lograr su amor. Dafnis no parecía haber sido besado, sino mordido; de repente se le puso la cara triste: suspiraba con frecuencia, no reprimía la agitación de su pecho, miraba a Cloe, y al



mirarla se ponía rojo como la grana. Entonces se maravilló por primera vez de los cabellos de ella, que eran rubios, y de sus ojos, que los tenía grandes y dulces como las becerras, y de su rostro, más blanco que leche de cabra. Diríase que a deshora se le abrieron los ojos y que antes estaba ciego. Ya no tomaba alimento sino para gustarle, ni bebida sino para humedecerse la boca. Estaba taciturno, cuando antes era más picotero que las cigarras; yacía inmóvil, cuando antes brincaba más que los chivos; no se curaba del ganado; había tirado la flauta lejos de sí, y tenía pálido el rostro como agostada hierba. Unicamente con Cloe o pensando en Cloe volvía a ser parlero. A veces, a solas, se lamentaba de esta suerte:

—¿Qué me hizo el beso de Cloe? Sus labios son más suaves que las rosas, su boca más dulce que un panal y su beso más punzante que el aguijón de las abejas. No pocas veces he besado los chivos; no pocas veces he besado los recentales de ella y el becerro que le regaló Dorcon; pero este

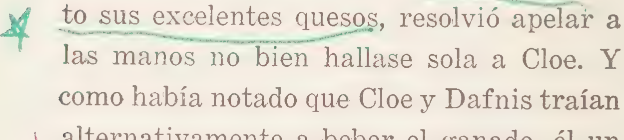
beso de ahora es muy diferente. Me falta el aliento, el corazón me palpita, se me derrite el alma, y a pesar de todo, quiero más besos. ¡Oh extraña victoria! ¡Oh dolencia nueva, cuyo nombre ignoro! ¿Habría Cloe tomado veneno antes de besarme? ¿Cómo no ha muerto entonces? Los ruiseñores cantan, y mi zampoña enmudece; brincan los cabritillos, y yo estoy sentado; abundan las flores, y yo no tejo guirnaldas. Jacintos y violetas florecen, y Dafnis se marchita. ¿Llegará Dorcon a ser más lindo que yo?

Así se quejaba el bueno de Dafnis, probando los tormentos de Amor por vez primera.

Dorcon, entre tanto, el boyero enamorado de Cloe, se fué a buscar a Dryas, que plantaba estacas para sostener una parra, y le llevó de regalo muy ricos quesos. Y como era su antiguo amigo, porque habían ido juntos a apacentar el ganado, trabó conversación con él, y acabó por hablarle del casamiento de Cloe. Díjole que él deseaba tomarla por mujer, y le prometió

grandes dones como rico boyero que era: una yunta de bueyes para arar, cuatro colmenas, cincuenta manzanos, un cuero de buey para suelas, y cada año un becerro que podría ya destetarse. Halagado por las promesas, Dryas estuvo a punto de consentir en la boda; pero recapacitando después que la doncella merecía mejor novio, y temiendo ser acusado algún día de ocasionar irremediables males, desechó la proposición de boda y se disculpó como pudo, sin aceptar lo prometido en alboroque.

Viéndose Dorcon defraudado por segunda vez en su esperanza y perdidos sin fruto sus excelentes quesos, resolvió apelar a las manos no bien hallase sola a Cloe. Y como había notado que Cloe y Dafnis traían alternativamente a beber el ganado, él un día y ella otro, se valió de una treta propia de zagal: tomó la piel de un gran lobo, que un toro había muerto con sus astas, defendiendo la vacada, y se cubrió con dicha piel puesta en los hombros, de modo que las patas de delante le cubrían los brazos, las patas traseras se extendían desde



los muslos a los talones, y el hocico le tapaba la cabeza como casco de guerrero. Disfrazado así en fiera lo menos mal que pudo, se fué a la fuente donde bebían las cabras y ovejas después de pacer. Estaba la fuente en un barranco, y en torno de ella formaban matorral tantos espinos, zarzas, cardos y enebros rastreros, que fácilmente se hubiera ocultado allí un lobo de veras. Allí se escondió Dorcon, espiando el momento de venir a beber el ganado, y con grande esperanza de asustar a Cloe con su disfraz y de apoderarse de ella.

A poco llegó Cloe a la fuente con el ganado, mientras Dafnis cortaba verdes tallos y renuevos para que los cabritillos se regalasen después del pasto. Los perros que guardaban el rebaño seguían a Cloe, y como tenían buena nariz, sintieron a Dorcon, que ya se disponía a caer sobre Cloe; se pusieron a ladrar, se echaron sobre él como si fuera lobo, le rodearon, y antes de que volviese del susto le mordieron. Al principio, con vergüenza de ser descubierto, y recatándose aún con la piel de lobo,

Dorcon yacía silencioso en el matorral. Cloe, entre tanto, llena de terror, había llamado a Dafnis para que la socorriese. Y los perros, destrozada ya la piel del lobo, mordían sin piedad el cuerpo de Dorcon, el cual a grandes voces acabó por suplicar que le amparasen a Cloe y a Dafnis, que ya habían llegado. Estos mitigaron pronto el furor de los perros con las voces que tenían de costumbre. Después llevaron a la fuente a Dorcon, que había sido herido en los muslos y en las espaldas. Le lavaron las mordeduras, donde se veía la impresión de los dientes, y pusieron encima corteza mascada y verde de olmo. La ignorancia de ambos en punto a atrevimientos amorosos les hizo considerar la empresa de Dorcon como broma y niñería pastoril, y en vez de enojarse contra él le consolaron con buenas palabras y le llevaron un poco de la mano hasta que le despidieron.

El, salvo de tan grave peligro, y no, como se dice, de la boca del lobo, sino de la del perro, fué a curarse las heridas.

Dafnis y Cloe no tuvieron poco que afa-

narse hasta bien entrada la noche para recoger las ovejas y las cabras, las cuales, espantadas de la piel del lobo y de los ladridos, unas se encaramaron a los peñascos y otras se fueron huyendo hasta la mar. Todas estaban bien enseñadas a acudir a la voz, a congregarse al son de la zampoña, y a venir oyendo sólo una palmada; pero entonces el miedo les había hecho olvidarse de todo. Casi fué menester perseguirlas y buscarlas por el rastro, como a las liebres. Después las llevaron al aprisco. Aquella sola noche durmieron ambos con profundo sueño. La fatiga fué remedio del mal de Amor; pero, venido el día, padecieron de nuevo el mismo mal. Se alegraban al verse; les dolía separarse; estaban desazonados; deseaban algo, e ignoraban qué. Sólo sabían: él, que origen de su mal era un beso, y ella, que era un baño.

Tocaba ya a su fin la primavera y empezaba el estío. Todo era vigor en la tierra. Los árboles tenían fruta; los sembrados, espigas. Grato el cantar de las cigarras, deleitoso el balar de los corderos, dulce el am-

biente perfumado por la fruta en sazón. Parecía que los ríos cantaban música como de flautas al suspirar entre los pinos; que las manzanas caían enamoradas al suelo, y que el Sol, anhelante de hermosura, rasgaba todo velo que pudiera encubrirla. Dafnis, impulsado de un ardor íntimo que todo esto le causaba, se echaba en los ríos, y ya se lavaba, ya cogía ligeros peces, ya bebía como si quisiese apagar aquel fuego. Cloe, después de ordeñar sus ovejas y no pocas de las cabras, empleaba bastante tiempo en cuajar la leche y en osear las moscas, que al osearlas le picaban; luego se lavaba la cara; se coronaba de ramas de pino, se ponía al hombro la piel del cervatillo, llenaba una gran taza de vino y de leche y gozaba con Dafnis de aquella bebida.

Cuando llegaba la hora de la siesta, llegaba también mayor hechizo y cautividad de los ojos, porque ella miraba a Dafnis desnudo y su beldad floreciente, y desfallecía al considerar que no había falta que ponerle en parte alguna, y él, al verla con

la piel de ciervo, coronada de pino y ofreciéndole bebida en la taza, imaginaba ver a una de las Ninfas de la gruta. Entonces Dafnis, arrebatando de la cabeza de ella las ramas de pino, se coronaba a sí propio, no sin besar antes la corona. Ella, en cambio, solía tomar la ropa de él, mientras él se bañaba, y vestírsela, no sin besarla antes también. Ambos se tiraban manzanas, y otras veces se peinaban el uno al otro, y Cloe comparaba el cabello de él, por lo negro, a la endrina, y Dafnis decía que el rostro de ella era como las manzanas, por lo blanco y sonrosado. A veces le enseñaba a tocar la flauta, y apenas soplaba ella, se la quitaba él y recorría todos los agujeros, como para mostrarle dónde había faltado, y en realidad para besar a Cloe por medio de la flauta.

Tocando él así una siesta, y reposando a la sombra el ganado, Cloe hubo de quedarse dormida. Y no bien lo advirtió Dafnis, dejó la flauta para mirarla toda, sin hartarse de mirarla, y ya sin avergonzarse de nada, dijo en voz baja de este modo:

—¡Cómo duermen sus ojos! ¡Cómo alienta su boca! Ni las frutas ni el tomillo huelen mejor; pero no me atrevo a besarla. Su beso pica en el corazón y vuelve loco como la miel nueva. Además, temo despertarla si la beso. ¡Oh parleras cigarras! ¿No la dejaréis dormir con vuestros chirridos? ¿Y estos pícaros chivos, que alborotan peleando a cornadas? ¡Oh lobos más cobardes que zorras! ¿Por qué no venís a robarlos?

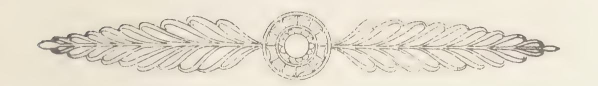
Mientras que él profería estas razones, una cigarra, huyendo de una golondrina que la quería cautivar, vino a refugiarse en el seno de Cloe. La golondrina no pudo coger su presa ni reprimir el vuelo, y rozó con las alas las mejillas de la zagala, la cual, sin comprender lo que había sucedido, despertó asustada y gritando; pero no bien vió la golondrina, que aún volaba cerca, y a Dafnis, que reía del susto, el susto se le pasó y se restregó los ojos, que querían dormir todavía. Entonces la cigarra se puso a cantar entre los pechos de Cloe, como si quisiera darle gracias por haberle salvado. Cloe se asustó y gritó de nuevo, y

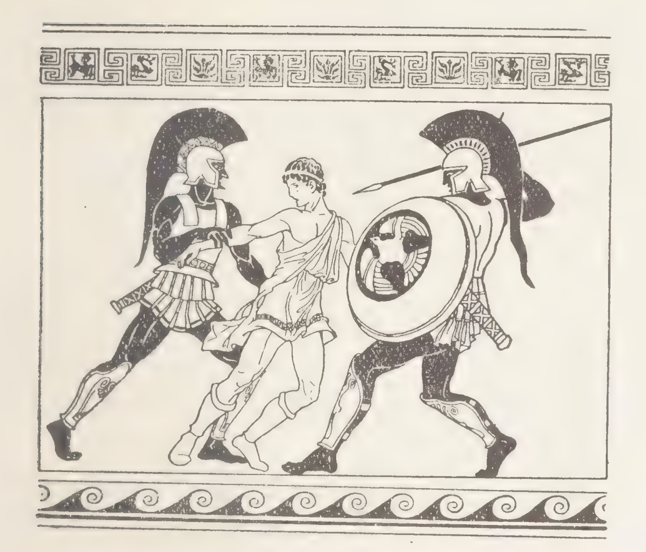
Dafnis rió. Y aprovechándose éste de la ocasión, metió bien la mano en el seno de Cloe, y sacó de allí a la buena de la cigarra, que ni en la mano quería callarse. Ella la vió con gusto, la tomó y la besó, y se la volvió a poner en el pecho, siempre cantando.

Recreábase una vez en oír a una paloma torcaz que arrullaba en la selva. Quiso Cloe aprender lo que decía, y Dafnis la doctrinó, refiriendo esta sabida conseja: —Hubo en tiempos antiguos, zagala, una zagala linda y de pocos años, como tú, la cual apacentaba muchos bueyes. Era gentil cantadora, y su ganado se deleitaba con la música, por manera que la zagala no se valía del cayado, ni picaba con la aijada, sino que reposando a la sombra de un pino y coronada de verdes ramas, se ponía a cantar de Pan y de Pitis, y toda la vacada pacía en torno oyéndola. No lejos de allí había un zagal que también guardaba vacas y era hábil cantador, como la zagala, y competía con ella en los cantares, siendo los de él más briosos, como de varón, y,

como de muchacho, no menos dulces. Así fué que los ocho mejores becerros que ella tenía, hechizados por los cantares del zagal, se pasaron de un rebaño a otro. La zagala se apesadumbró en extremo con la pérdida de los becerros, y más aún con el vencimiento en los cantares, y suplicó a los dioses que, antes de volver a casa, la convirtiesen en ave. Accedieron los dioses y la convirtieron en ave montaraz y cantadora cual la zagala. Aun en el día, cuando canta, recuerda su derrota, y dice que busca los becerros huídos.

En tales recreos se pasó el verano, y vino el otoño con sus racimos. Entonces ciertos piratas de Tiro que tripulaban una nave de Caria, a fin de no parecer bárbaros, desembarcaron en aquella costa con espadas y petos, y garbearon cuanto pudieron hallar a su alcance: vino oloroso, trigo a manta, panales de miel, y hasta algunos bueyes y vacas del rebaño de Dorcon. Quiso la suerte que se apoderasen de Dafnis, el cual se andaba solazando solo junto a la mar, porque Cloe, como niña que era,







sacaba más tarde a pacer las ovejas de Dryas, por temor de los pastores insolentes. Viendo los piratas a aquel mozo gallardo y espigado, juzgáronle mejor presa que las ovejas y las cabras, y cesando en sus correrías y robos, se le llevaron a la nave, mientras que él lloraba, no sabía qué hacer, y llamaba a voces a Cloe. Los piratas, en tanto, desataron la amarra, pusieron mano a los remos, y se iban engolfando en la mar, cuando acudió Cloe ya con sus ovejas y trayendo de presente a Dafnis una nueva flauta. Y viendo ella las cabras medrosas y descarriadas, y oyendo a Dafnis, que la llamaba siempre a gritos, abandonó las ovejas, tiró al suelo la flauta y a todo correr se fué hacia Dorcon pidiéndole socorro. Hallóle por tierra, cubierto de heridas que le habían hecho los ladrones, respirando apenas y derramando mucha sangre. Cuando él vió a Cloe, el recuerdo de su amor le hizo cobrar aliento.

—Cloe, le dijo, pronto voy a morir. Esos inicuos piratas me han destrozado como a un buey porque defendía mis bueyes. Sál-

vate tú, salva a Dafnis, véngame y piérdelos. Yo tengo enseñadas a mis vacas a seguir el son de mi flauta, y por lejos que estén, acuden cuando la oyen. Tómala, ve a la playa y toca allí la sonata que yo enseñé a Dafnis y que Dafnis te enseñó. Lo demás lo harán la flauta sonando y las mismas vacas. A ti hago presente de esta flauta, con la cual vencí en contienda musical a muchos vaqueros y cabreros. Tú, en pago, bésame ahora, que aún vivo, y llórame muerto. Y cuando veas a alguien apacentando bueyes, acuérdate de mí. Dicho esto, Dorcon besó el beso último, pues a la par de beso y voz exhaló el alma.

Tomó la flauta Cloe, aplicó a ella los labios y sopló con cuanta fuerza pudo. Oyéronla las vacas, reconociendo al punto el son, mugieron todas, y de consuno se tiraron con ímpetu a la mar. Con salto tan violento se ladeó la nave de un costado, y al caer las vacas se abrió en la mar como una sima, de suerte que se volcó la nave, y las olas, al volverse a juntar, se la tragaron. No todos los náufragos tenían la misma espe-



ranza de salvación, porque los piratas llevaban espada al cinto, vestían medias corazas escamosas y calzaban grevas, mientras que Dafnis iba descalzo, como quien apacienta en la llanura, y casi desnudo, por ser la estación del calor. Así fué que los piratas, apenas bregaron un poco, se hundieron, con el peso de las armas; pero Dafnis se despojó con facilidad de su ligero vestido, y aun así se cansaba con tanto nadar, como quien antes sólo por poco tiempo había nadado en los ríos. La necesidad le enseñó, no obstante, lo que importaba hacer: se puso entre dos vacas, asió sus cuernos con ambas manos y se dejó llevar tan cómodo y sin fatiga, como en una carreta, pues es de saber que las vacas nadan más y mejor que los hombres, y sólo ceden en esto a las aves de agua y a los peces, por lo cual no se cuenta de vaca ni de buey que jamás se ahogue, como no se le ablande la pezuña con el sobrado remojo. Y en prueba de la verdad de lo que digo, hay muchos estrechos de mar que hasta hoy se llaman pasos de bueyes.

Del modo referido escapó Dafnis, contra toda previsión, de dos peligros, piratería y naufragio. Luego que saltó en tierra y halló a Cloe, que reía y lloraba al mismo tiempo, se echó en sus brazos y le preguntó por qué tocaba la flauta. Ella se lo contó todo: su ida en busca de Dorcon; la costumbre de las vacas de acudir al son de la flauta; el consejo de Dorcon de que la tocase y la muerte de éste. Sólo por pudor se calló lo del beso.

Decidieron ambos honrar la memoria de su bienhechor, y en compañía de amigos y parientes hicieron el entierro de aquél sin ventura. Echaron tierra en la huesa, plantaron en torno árboles, y suspendieron de las ramas las primicias de su trabajo; libaron leche sobre el sepulcro, exprimieron racimos de uvas y quebraron flautas. Se oyó a las vacas dar lastimeros mugidos, y se las vió correr despavoridas y sin concierto; todo lo cual, según declaraban pastores peritos, era lamentación y duelo de las vacas por el vaquero difunto.

Después del entierro de Dorcon, Cloe se



fué con Dafnis a la gruta de las Ninfas, y allí le lavó, y luego ella misma, por la primera vez viéndolo Dafnis, lavó su cuerpo, blanco y reluciente de hermosura, y sin necesitar el baño para ser hermoso. Cogieron, por último, flores de las que daba la estación, coronaron con ellas a las imágenes y colgaron como ofrenda la flauta de Dorcon en la pared de la gruta.

Hecho esto, salieron a ver cabras y ovejas. Todas estaban echadas, sin pacer ni balar, sino, a lo que yo entiendo, harto afligidas por la ausencia de Dafnis y de Cloe. Así fué que en cuanto los vieron y oyeron que las llamaban como de costumbre y que tocaban la churumbela, se alzaron todas alegres, y las ovejas se pusieron a pacer, y las cabras a brincar y a balar, celebrando que su cabrero se había salvado.

Con todo esto, Dafnis no podía recobrar su antiguo contento desde que vió a Cloe desnuda y patente toda su beldad, escondida antes. Le dolía el corazón como si hubiese tomado ponzoña, y su aliento ya era fuerte y agitado, como de alguien a quien

persiguen, ya desfallecido, como por el cansancio de la fuga. Parecíale el baño de Cloe más temible que la mar, y pensaba que su alma estaba aún cautiva de los piratas: pues, como mozuelo campesino, ignoraba las piraterías de Amor.

LIBRO SEGUNDO

Estaba ya en su fuerza el otoño, se acercaban los días de la vendimia, y todo era vida y movimiento en el campo. Unos preparaban los lagares, otros fregaban las tinajas; éstos tejían canastas y cestos o afilaban hoces pequeñas para cortar los racimos, y aquéllos disponían la piedra o la viga para estrujar las uvas o machacaban mimbres y sarmientos secos para hacer antorchas a cuya luz trasegar el mosto de noche. Dafnis y Cloe habían abandonado ovejas y cabras, y prestaban en tales faenas el auxilio de sus manos. El acarreaba la uva en cestos, la pisaba en el lagar y llevaba el mosto a las tinajas, y ella condimentaba la comida de los vendimiadores,

les daba a beber vino añejo, y hasta vendimiaba a veces en las cepas bajas; porque en Lesbos las viñas no están en alto ni enlazadas a los árboles, sino rastreando los sarmientos como la hiedra, de modo que una criatura apenas salida de los pañales puede allí coger racimos.

Según usanza en esta fiesta de Baco y nacimiento del vino, acudieron mujeres de las cercanías para ayudar en las faenas, y las más ponían los ojos en Dafnis y encarecían su belleza como igual a la del dios. Una de las más avispadas y audaces le besó y el beso supo bien a Dafnis y afligió a Cloe. Y los que estaban en el lagar echaban a Cloe no pocos requiebros, saltaban furiosamente como sátiros que ven a una bacante, y deseaban convertirse en carneros para que ella los llevase a pacer; con todo lo cual Cloe se regocijaba y Dafnis se ponía mohino. De aquí que ambos ansiasen el fin de la vendimia, la vuelta a su frecuentada soledad campestre, y oír, en vez de aquel desconcertado bullicio, el son de la zampoña y el balar de la grey.

Pocos días pasaron y las viñas quedaron vendimiadas y las tinajas llenas de mosto. Como ya no había necesidad de tantos brazos, volvieron ellos a llevar el ganado a pacer. Muy satisfechos entonces dieron culto a las Ninfas y les ofrecieron racimos con pámpanos, primicias de la vendimia. Nunca habían descuidado este culto, porque siempre, antes de llevar al pasto la grey, iban a reverenciar a las Ninfas, y al volver al aprisco también las reverenciaban, sin dejar una vez sola de ofrecerles algo, ya flores, ya fruta, ya verdes ramos, ya libaciones de leche; generosa devoción de que recibieron más tarde recompensa divina. Por lo pronto ambos retozaban como lebreles que se sueltan, y tocaban la flauta y cantaban, y como los chivos y los borregos luchaban hasta derribarse.

Mientras así se divertían, se les apareció un viejo, que vestía pellico, calzaba abarcas y llevaba al hombro un zurrón muy estropeado. Sentóse junto a ellos y habló de esta suerte: —Yo, hijos míos, soy el viejo Filetas, el que tantos cantares ento-

nó a estas Ninfas y tantas veces tocó la flauta en honor de aquel Pan. Con mi música sólo he guiado yo numerosa vacada. Ahora vengo a vosotros para contaros lo que vi y participaros lo que oí. Poseo un huerto que, desde que me quité de pastor y busqué en la vejez reposo, cultivo con mis propias manos. Cuanto se cría en todas las estaciones se halla en mi huerto no bien su estación llega: en primavera, rosas, lirios, azucenas, jacintos y violetas sencillas y dobles; en verano, amapolas, peras y todo linaje de manzanas; ahora, uvas, granadas, higos y mirto verde. Los pájaros acuden a mi huerto a bandadas cuando amanece: unos vienen a picar, otros para cantar a gusto, porque hay en él sombra y tres arroyos, y tal espesura de árboles, que si derribásemos la tapia que le cerca, pensaríamos ver un bosque. Hoy, a eso de mediodía, he sorprendido allí a un muchacho que tenía granadas y arrayán, y era blanco como la leche, rubio como la llama y limpio y luciente como recién salido del baño. Estaba desnudo y solo,

y se entretenía en saquearme el huerto como si fuera suyo. En balde me eché sobre él para prenderle, receloso de que me destrozase arrayanes y granados con sus travesuras, porque él me esquivó, ágil y leve, ora deslizándose entre los rosales, ora escabulléndose entre las malvalocas, como un perdigonzuelo. No pocas veces me afané para coger cabritillos de leche o me cansé persiguiendo becerras; pero esta res de hoy es muy otra, y no hay quien sepa cazarla. Fatigado yo pronto, como es natural a mis años, y apoyado en mi báculo, no sin procurar a la vez que no se fugase, le pregunté quién era de mis vecinos y por qué se entraba a robar en el cercado ajeno. El, sin responder palabra, se puso junto a mí, sonrió con singular ternura, me tiró a la cara los granos de mirto, y no sé cómo me ablandó el corazón y me quitó el enojo. Roguéle entonces que no tuviese miedo de mí y se dejase prender, y juré por los mirtos que en seguida le daría suelta, regalándole manzanas y granadas y consintiendo que en adelante cogiese mi fruta y segase

mis flores, si alcanzaba de él un solo beso. Rióse el muchacho al oirme, con risa sonora, y salió de su pecho voz más dulce que el cantar de la golondrina, del ruiseñor y del cisne cuando es viejo como yo. "A mí, ¡oh Filetas!—dijo—, nada me cuesta que me beses. Más gusto yo de besos que tú de remozarte. Mira, con todo, si el don que pides conviene a tus años, los cuales no te valdrán para quedar exento de perseguirme cuando me hubieres besado, y no hay águila, ni gavilán, ni ave alguna de rapiña que me alcance, por ligera que sea. No soy niño, aunque parezco niño, sino más viejo que Saturno. Yo soy anterior al tiempo todo. A ti te conozco de muy atrás, cuando, zagalón todavía, guardabas tu rebaño en el llano de la laguna. Yo estaba a la vera tuya siempre que tocabas la flauta bajo los chopos, enamorado de Amarilis. Tú no me veías, por más que yo solía ponerme cerca de la zagala. Al cabo te la dí, y de ella te nacieron hijos, que son valientes vaqueros y labradores. En el día cuido, como pastor, de Dafnis y de Cloe;

y después que los reuno al rayar el alba, me vengo a tu huerto, me divierto con tus plantas y flores, y me baño en sus fuentes. Por eso flores y plantas están lozanas y hermosas, regadas con el agua de mi baño. Mira cómo no hay rama alguna deshojada, ni fruta arrancada o caída, ni arbolillo sacado de cuajo, ni fuente turbia. Y alégrate, además, porque sólo tú, entre los hombres, lograste verme en la vejez." Apenas dijo esto, empezó a revolotear entre los arrayanes lo propio que un pajarillo, y saltando de rama en rama, se subió a lo más alto del follaje. Entonces noté que tenía alas en las espaldas, y entre las alas un arco, y luego no vi nada de esto, ni a él tampoco le vi. Ahora bien, si no he vivido en balde, y si con la edad no he llegado a perder el juicio, yo os declaro, hijos míos, que estáis consagrados a Amor y que Amor cuida de vosotros.

En grande se holgaron ellos, como si oyeran un cuento, y no un sucedido, y preguntaron quién era el tal Amor, si era niño o pájaro, y qué poder tenía. De nuevo

habló así Filetas: —Dios, hijos míos, es Amor, joven, hermoso y volátil, por lo cual se complace en la mocedad, apetece y busca la hermosura y hace que broten alas en el alma. Tanto puede, que Júpiter no puede más; dispone los gérmenes de donde todo nace, reina sobre los astros y manda más en los dioses, sus compañeros, que en cabras y ovejas vosotros. Todas las flores son obra suya. El ha creado estos árboles. Por su virtud corren los ríos y los vientos suspiran. Yo vi al toro en el celo, y bramaba como picado del tábano; yo vi al macho enamorado de la cabra, y por todas partes la seguía. Yo mismo, cuando mozo, amaba a Amarilis, y ni me acordaba de la comida, ni tomaba de beber, ni me entregaba al sueño. Me dolía el alma, me daba brincos el corazón y mi cuerpo languidecía; ya gritaba como si me azotasen; ya callaba como muerto; a veces me arrojaba al río para apagar el fuego en que me quemaba; a veces pedía socorro a Pan, porque amó a Pitis; elogiaba a Eco, porque después de mí llamaba a Amarilis, o rompía

mi flauta, porque atraía a las vacas, y a mi Amarilis no la atraía. Ello es que no hay remedio para Amor: ni filtro, ni ensalmo, ni manjar con hechizo; no hay más que beso, abrazo y acostarse juntos desnudos.

Filetas, después que los hubo doctrinado, se fué, recibiendo de ellos algunos quesos y un chivo, al que asomaban ya los pitones. No bien ellos se quedaron solos, y oído entonces el nombre de Amor por vez primera, se apesadumbraron más, y de vuelta a sus chozas, comparaban lo que sentían a lo que el viejo había referido. "Padecen los amantes, decían, y padecemos nosotros; no cuidan de sí mismos, como nosotros nos descuidamos; no logran dormir, y nosotros tampoco dormimos; se diría que arden, e idéntico fuego nos abrasa; desean verse, y para vernos ansiamos que llegue el día. Esto, de juro, es amor. Nos amábamos sin saberlo. Pero si esto es amor y somos amados, ¿qué nos falta? ¿Qué nos aflige? ¿Para qué nos buscamos? Filetas nos dijo la verdad; el mozuelo que

vió en su huerto no es otro que el que en sueño se apareció a nuestros padres y les ordenó que nos diesen a guardar el ganado. ¿Cómo le podremos prender? ¡Es pequeñuelo y se fugará! ¿Cómo huir de él? Tiene alas y nos alcanzará. ¿Pediremos a las Ninfas que nos protejan? En vano pidió Filetas protección a Pan cuando su amor con Amarilis. Tomemos los remedios de que él hablaba: besos y abrazos y acostarse juntos desnudos. Es cierto que hace mucho frío, pero le sufriremos, a fin de tomar el último remedio." Así se repasaban ambos de noche la lección que Filetas les había dado.

Al día siguiente llevaron el ganado a pacer, y al verse, se besaron, lo cual nunca habían hecho antes, y se estrecharon las manos y se abrazaron. Con el tercer remedio, con el de acostarse juntos desnudos, era con el que no se atrevían, sin duda por requerir mayor atrevimiento que el que cabe, no ya sólo en doncellicas ternezuelas, sino también en cabreros de corta edad. Aquella noche estuvieron tan desve-

lados como la anterior, y ya con recuerdos de lo hecho, ya con pesar de lo omitido, decían en sus adentros: "Nos hemos besado, y de nada aprovecha; nos hemos abrazado, y tampoco hemos tenido alivio. Por fuerza, el único remedio de amor ha de ser acostarse juntos. Menester será ponerlo por obra. Algo ha de haber en ello más eficaz que el beso."

En tales discursos acabaron por dormirse, y sus ensueños fueron amorosos: besos y abrazos. Aun lo que no habían hecho despiertos lo hacían soñando: se acostaban juntos desnudos.

Despertáronse luego con el alba más prendados que nunca, y se apresuraron a salir a pastorear, impacientes de renovar los besos. No bien se vieron, corrieron con blanda sonrisa hasta juntarse; se besaron y se abrazaron; pero el tercer remedio no se empleó. Ni Dafnis se atrevía a proponerle, ni Cloe quería tomar la iniciativa. El acaso hubo, pues, de disponerlo todo.

Sentados estaban ambos junto al tronco de la encina, y gustaban del deleite que

hay en el beso, y no lograban hartarse de su dulzura. Ceñíanse con los brazos para que la unión fuese más apretada. Una vez, como Dafnis apretase con mayor violencia, Cloe se cayó sobre un costado, y Dafnis, siguiendo la boca de Cloe para no perder el beso, se cayó también. Reconocieron entonces en aquella postura la que en sueños habían tenido, y se quedaron así durante mucho tiempo, como si estuviesen atados. Sin adivinar lo que había después, creyeron haber tocado al último límite de los gustos amorosos, y consumieron en balde la mayor parte del día, hasta que al llegar la noche se separaron maldiciéndola, y recogieron el hato. Quizás hubieran llegado pronto al término verdadero, a no sobrevenir un alboroto en aquel rústico retiro.

Ciertos mancebos ricos de Metimna, deseosos de solazarse durante la vendimia y de hacer alguna jira, echaron un barco a la mar, pusieron por remeros a sus criados, y se vinieron a las costas de Mitilene, donde hay ensenadas seguras, lindos caseríos, cómodas playas para bañarse y bos-

ques y jardines, ya por obra de Naturaleza, ya por industria humana, y todo bueno y grato para la vida. Costeando de esta suerte saltaban de diario en tierra, sin hacer daño a nadie, y se entregaban a varios pasatiempos. Ora desde alguna roca que avanzaba sobre el mar, pescaban con anzuelos colgados de una caña por un hilo delgado; ora con redes y con perros cazaban las liebres que habían huído de los majuelos, espantadas por los vendimiadores; ora cogían con lazo ánades silvestres, ánsares y avutardas, con lo cual, a par que se recreaban, proveían su mesa. Y si algo necesitaban aún, lo tomaban de los campesinos, pagándolo más caro de lo que valía. El pan y el vino era lo único que les faltaba, y también un sitio donde albergarse, pues no hallaban seguridad en dormir a bordo por la otoñada, y temerosos del temporal, traían de noche la nave a tierra.

Un rústico de por allí había menester de una soga, rota ya o gastada la de que antes se servía para sostener en alto la

piedra del husillo de su lagar; y yéndose de oculto hacia la playa, halló la nave sin quien la guardase; desató la amarra, se la llevó a su casa y la usó en dicho empleo.

Por la mañana los mancebos de Metimna buscaron en balde la amarra. Nadie confesó haberla tomado. Disputaron un poco con sus huéspedes por este motivo, se embarcaron y se fueron. Navegaron treinta estadios, y llegaron a los campos donde moraban Dafnis y Cloe. Aquel llano les pareció muy a propósito para correr liebres. Y como carecían de soga o cuerda que les sirviese de amarra, entretejieron y retorcieron largas varillas de verdes mimbreras, con las cuales amarraron la nave a tierra por la alta popa. Soltaron luego los perros para que olfatearan y levantaran la caza, y tendieron las redes en los sitios que juzgaron más adecuados. Los perros con sus ladridos y carreras espantaron las cabras, y éstas abandonaron los cerros y alcores y se vinieron hacia la mar, donde entre la arena no tenían pasto, por lo cual algunas de las más atrevidas se

acercaron a la nave y se comieron la mimbre verde a que estaba amarrada. En la mar a la sazón había resaca, porque soplaba viento de tierra, de suerte que, no bien el barco quedó libre, las olas le empujaron y se le llevaron lejos. Pronto se percataron de ello los cazadores, y unos corrieron a la orilla, otros atraillaron los perros, y todos gritaron de manera que cuanta gente había en los vecinos campos acudió al oirlos, pero de nada valió su venida. El viento sopló más fuerte y se llevó el barco con celeridad irresistible.

Los de Metimna, enojados con la pérdida de tantas prendas de valor, buscaron al cabrero, y habiendo hallado a Dafnis, se pusieron a darle golpes y a desnudarle; y hasta hubo uno que, valiéndose de la cuerda con que atraillaba los perros, iba a atarle las manos a las espaldas. Maltratado así Dafnis, gritó y pidió socorro a los rústicos, y sobre todo llamó a Lamón y a Dryas. Acudieron éstos, que eran dos viejos recios, con las manos endurecidas en las labores del campo, y se hicieron res-

petar, exigiendo que se tratase el negocio en justicia y fuesen oídas las partes. Todos se conformaron, y Filetas el vaquero fué nombrado juez, porque era el más anciano de los que allí estaban presentes, y por su rectitud famoso en aquella comarca.

Los de Metimna, con claridad y concisión, plantearon así su querella ante el juez vaquero:

—Vinimos a estos campos a cazar, dejamos nuestro barco junto a la orilla, amarrado con verde mimbre, y nos pusimos a ojear con los perros de caza. Entre tanto bajaron las cabras de este mozuelo a la marina, se comieron la mimbre y desataron el barco. Ya viste cómo se le llevaron las olas. ¿Cuánto crees que importa el perjuicio ocasionado? ¡Qué de trajes hemos perdido! ¡Qué de collares de perros! ¡Cuánta plata, de sobra acaso para comprar todo este terreno! Por todo lo cual parece justo que nos llevemos a este cabrerillo torpe, que apacienta cabras junto a la mar, cual si fuera marinero.

Así se quejaron los metimneños.

Dafnis, por más que le dolían los golpes recibidos, vió a Cloe presente, lo despreció todo, y dijo: —Yo guardo bien mi ganado. Jamás se quejó labrador de estos contornos de que cabra mía le destrozase su huerto o le comiese los brotes de su viña. Estos son cazadores inhábiles, y traen perros mal enseñados, que no saben sino correr sin concierto, y ladrar con tal furor, que las cabras han huído del llano y del cerro hacia la mar, como acosadas por lobos. Es cierto que se comieron la mimbre. ¿Acaso en la arena tenían verde grama, madroños y tomillo? El barco se le llevó el viento o la mar. Cúlpese a la tormenta, no a las cabras. En el barco había ropa y plata; pero ¿quién, que esté en su juicio, ha de creer que llevaba tales riquezas un barco con amarra de mimbre?

Dicho esto, Dafnis rompió a llorar y movió a compasión a los rústicos, de suerte que Filetas, el juez, juró por Pan y las Ninfas que no había culpa en Dafnis, ni tampoco en las cabras. Culpados eran la mar y el viento, los cuales tenían otros jue-

ces. La sentencia de Filetas no satisfizo a los metimneños, y avanzaron furiosos, cogieron otra vez a Dafnis y le querían atar para llevársele. Pero los rústicos se alborotaron, y, cayendo sobre ellos como grajos o como nube de estorninos, pronto libertaron a Dafnis, que también peleaba, y pusieron en fuga a los metimneños, hartándolos de palos y sin cesar de perseguirlos hasta que los echaron de todo aquel territorio. Así quedó el campo en sosiego, y Cloe llevó a Dafnis a la gruta de las Ninfas. Allí le lavó la cara, llena de sangre, que había echado por las lastimadas narices, y le hizo comer un pedazo de torta y una raja de queso que sacó del zurroncillo, y para que mejor se recobrase, le dió un beso, todo de miel, con sus blandos labios.

Así se salvó Dafnis de aquel peligro; mas no pararon allí las cosas. Los metimneños, de vuelta a su tierra, con harta fatiga, a pie en vez de ir en barco, y apaleados en vez de ir divertidos, convocaron en junta a los ciudadanos, y en traje de su-

plicantes pidieron venganza del insulto recibido, sin decir palabra de verdad, para que no se burlasen de ellos por haberse dejado apalear por unos villanos; antes bien supusieron que los de Mitilene les habían apresado el barco y robado sus bienes, como en tiempo de guerra.

En vista de las heridas, los de la junta lo creyeron todo y consideraron justo vengar a aquellos jóvenes de las principales familias de la ciudad. La guerra contra los de Mitilene fué, pues, decretada sin declaración previa, y se dió orden a un capitán para que saliese a la mar con diez naves y talase y saquease las costas del enemigo. Como se acercaba el invierno, no era seguro aventurar mayor escuadra.

Al día siguiente, hechos los aprestos y llevando como remeros a los mismos soldados, recorrió la escuadrilla las costas de Mitilene, y la gente entró a saco muchos lugares, robando ganado y trigo y vino en abundancia, porque estaba recién hecha la vendimia, y cautivando no pocos hombres de los que trabajaban en el campo. Des-

embarcó también donde Dafnis y Cloe apacentaban y se llevó cuanto halló a mano.

Dafnis a la sazón no guardaba las cabras, sino había ido al bosque a coger ramas verdes para dar en el invierno alimento a los chivos. Cuando vió la invasión desde lo alto se escondió en el hueco tronco de un quejigo seco. Cloe, en tanto, guardaba el rebaño, y perseguida por los invasores, se refugió en la gruta de las Ninfas, por cuyo amor rogaba que a ella y a su grey perdonasen. De nada valió el ruego. Los metimneños, no sólo hicieron muchas burlas y profanaciones de las imágenes, sino que a las ovejas y a la misma Cloe, como si fuera oveja también, se las llevaron por delante a varazos. Ya entonces tenían las naves cargadas de botín de toda laya, y decidieron no navegar más, sino volverse a sus casas, recelosos del invierno y de los enemigos.

Navegaban, pues, aunque poco y a fuerza de remos, porque el viento no los favorecía, cuando Dafnis, visto el sosiego que reinaba, bajó a la llanura en que solía apa-

centar, y no halló cabras ni ovejas, ni halló a Cloe, sino soledad mucha, y por el suelo la flauta con que Cloe se deleitaba. Dafnis empezó entonces a gritar y a exhalar sollozos lastimeros, y ya corría bajo el haya donde antes se sentaba, ya hacia la mar para ver si alcanzaba a su amiga, ya a la gruta donde se refugió cuando la perseguían. Allí se echó por tierra y vituperó a las Ninfas de traidoras. "Al pie de vuestras aras—dijo—fué robada Cloe, y lo visteis y lo sufristeis; Cloe, la que os tejía coronas y la que os ofrecía las primicias de la leche y la flauta que veo allí colgada. Jamás lobo me robó una sola cabra, y los enemigos me han robado todo el rebaño y la zagala mi compañera. Desollarán las cabras; sacrificarán las ovejas. Cloe vivirá lejos en alguna ciudad. ¿Cómo presentarme ahora a mi padre y a mi madre, sin cabras y sin Cloe, y también sin oficio, pues no quedan cabras que guardar? Aquí me voy a quedar aguardando la muerte o algún otro enemigo. Y tú, Cloe, ¿padeces como yo? ¿Te acuerdas de estos prados y

de las Ninfas y de mí, y te consuelan las ovejas y las cabras, prisioneras contigo?"

Conforme se lamentaba así, entre gemidos y lágrimas, se apoderó de él un profundo sueño y se le aparecieron las tres Ninfas, grandes y hermosas, medio desnudas, descalzas y suelto el cabello, como las imágenes. Al principio mostraron compadecerse de Dafnis; luego dijo la mayor, confortándole: —No así nos acuses, ¡oh Dafnis! Más cuidado que a ti nos merece Cloe. De ella nos compadecimos apenas nació, y la criamos cuando fué expuesta en esta gruta. Nada de común tiene ella con los campos ni con las ovejas de Dryas. Ya hemos dispuesto lo que más le conviene. Ni se la llevarán cautiva a Metimna, ni será entregada a los soldados como parte del despojo. El mismo dios Pan, que está sentado bajo aquel pino, si bien jamás le llevasteis vosotros ofrendas de flores, cede a nuestros ruegos y va en auxilio de Cloe, como más avezado que nosotras en los negocios de la guerra, por haber ya militado en muchas, abandonando su agreste retiro.

Tremendo enemigo va a caer sobre los metimneños. No te aflijas, pues: levántate y ve a consolar a Lamón y Mirtale, que se revuelcan por el suelo como tú, creyendo que también te llevan cautivo. Mañana volverá Cloe, y con ella las ovejas y las cabras. Aun las guardaréis juntos; aun juntos tocaréis la flauta. De lo otro cuidará Amor.

Al ver y oír Dafnis todo esto, despertó, lloró de alegría a par que de pena, y adoró las figuras de las Ninfas, prometiendo sacrificarles la mejor de sus cabras, si se salvaba Cloe. Corrió después bajo el pino, donde estaba la imagen de Pan, con patas y cuernos de cabra, en una mano la flauta y con la otra deteniendo un chivo, y le adoró también, e intercedió con él por Cloe y le prometió sacrificarle un macho. Y como casi iba ya a ponerse el Sol, sin cesar él en sus lamentos y plegarias, recogió las ramas que había cortado y se fué a su cabaña. Con su vuelta quitó a sus padres un gran pesar, trocándole en contento. Luego comió un bocadillo y se fué

a dormir, no sin llorar aún y suplicar a las Ninfas que trajesen pronto el nuevo día, y a Cloe con él, cumpliendo la promesa. La noche aquélla le pareció la más larga de todas las noches.

Entre tanto, el capitán de los metimneños, no bien hubo navegado cerca de diez estadios, quiso que reposase su gente, fatigada de la correría. Había allí un cerro que avanzaba sobre la mar, abriéndose en forma de media luna, en cuyo seno convidaban las ondas tranquilas con el más seguro puerto. En él anclaron las naves, lejos aún de la costa, a fin de no recelar asalto o sorpresa de villanos, y los metimneños se entregaron en paz a sus deportes. Como traían abundancia de todo, fruto de su rapiña, comieron y bebieron con gran fiesta y algazara, para celebrar la fácil victoria. Así pasaron el día, y no bien los sorprendió la noche, parecióles de repente que toda la tierra se ardía alrededor con llamas y relámpagos, y que se oía en la mar estrépito impetuoso de remos, como de formidable escuadra que a combatirlos venía.

Muchos gritaban a las armas; otros se llamaban mutuamente: éste creíase ya herido; aquél imaginaba que alguien caía muerto a su lado. En suma, todo asemejaba reñido combate nocturno, sin que hubiese enemigos.

La noche así pasada, amaneció un día más espantoso que la misma noche. Las cabras y los machos de Dafnis llevaban en los cuernos hiedra con sus corimbos, y los carneros y ovejas de Cloe aullaban como lobos. Ella apareció coronada de ramas de pino. En la mar ocurrieron también muchos portentos. No se podían levar anclas, que se agarraban al fondo; los remos se rompían al meterlos en el agua para bogar; los delfines, brincando fuera de la mar, azotaban con las colas las naves y desbarataban su trabazón. Y oíase el sonido de una flauta en la más alta cumbre de la roca; mas no deleitaba como flauta, sino aterraba a los oyentes como trompa guerrera. De aquí el general sobresalto, el correr a las armas y el miedo de enemigos que no se veían. Todos ansiaban que vol-

viese la noche, esperando que les diese tregua.

A nadie que tuviese sano el entendimiento podía ocultársele que tales visiones y ruidos eran obra de Pan, encolerizado contra los marineros; pero no adivinaban el motivo de su cólera, pues no habían saqueado ningún templo de aquel dios. Por último, a eso de mediodía, no sin disposición de lo alto, quedóse el capitán dormido, y Pan se le apareció, diciendo:

—¡Oh, los más impíos y malvados de todos los mortales! ¿Cómo os propasasteis a tal extremo en vuestra audacia loca? Llevasteis la guerra a los campos que me son caros; robasteis las vacas, cabras y corderos de que yo cuido, y arrancasteis de mi propio altar a una virgen, de quien Amor quiere componer muy linda historia. Ni a las Ninfas, que os miraban, ni a mí, que soy Pan, habéis respetado. Nunca navegando con tales despojos, volveréis a ver a Metimna, ni escaparéis al son de mi flauta aterradora. Os he de anegar y os he de dar por pasto a los peces, si al punto no









devolvéis Cloe a las Ninfas, y a Cloe su rebaño, cabras y corderos. Levántate, pues, y pon en tierra a la muchacha con todo lo que te dije. Yo te llevaré luego en salvo por mar, y a ella por tierra.

Todo consternado se despertó con esto Briaxis, así se llamaba el capitán, y llamó a los cabos y principales de las naves, ordenándoles que buscasen sin demora entre los cautivos a la zagala Cloe. En seguida la hallaron, porque estaba sentada con guirnalda de pino, y la trajeron a la presencia del capitán, quien conoció por las señales que a causa de ella había tenido la visión, y él mismo la llevó a tierra en su mejor barca. Apenas desembarcó la pastorcilla, se oyó de nuevo son de flauta sobre la roca, pero no ya belicoso y espantable, sino suave y pastoril, como para llevar corderos a prado. Y, en efecto, los corderos y las ovejas echaron a correr por las escaleras abajo, sin tropiezo a pesar de la dureza de sus pezuñas, y las cabras con mayor atrevimiento aún, como acostumbradas a saltar por los vericuetos. Y

toda la grey rodeó a Cloe, y en coro se puso a retozar, brincar y balar en muestra de alegría. Las cabras, bueyes y demás ganado de otros pastores se quedaron quietos en el fondo de las naves, como si aquel son no los llamara. Las gentes se maravillaron en grande al ver estas cosas, y celebraron a Pan, quien en mar y tierra obró luego mayores prodigios. Antes de levar ancla, las naves iban ya navegando. Un delfín, que salía con sus brincos sobre las ondas, guiaba la nave capitana. Suavísima música de flauta conducía cabras y corderos, y nadie veía a quien tocaba. Y todo el rebaño, hechizado con el son, andaba a par que pacía.

Era ya la hora en que se va de nuevo al pasto después de la siesta, cuando Dafnis, que estaba oteando desde un alta atalaya, vió venir el ganado y vió venir a Cloe. Entonces gritó: "¡Oh, Ninfas! ¡Oh, Pan!"; bajó a lo llano, abrazó a Cloe, y cayó desmayado de placer. Apenas volvió en sí merced a los besos de Cloe y al dulce calor de sus abrazos, se la llevó bajo el

haya donde solían, y sentados contra el tronco, le preguntó de qué suerte se salvó de los enemigos. Ella contó todas las circunstancias: la hiedra de las cabras, los aullidos de las ovejas, la corona de ramas de pino que le ciñó las sienes, y la medrosa noche, y cómo hubo en la tierra fuego, extraño ruido en la mar, y dos distintos sones de flauta, uno guerrero y otro pacífico. Dijo, por último, que ignorante ella del camino, se le indicaba y la guiaba cierta música misteriosa.

Bien notó en todo Dafnis el cumplimiento del sueño de las Ninfas y los milagros de Pan, y también refirió él cuanto había visto y oído, y que ya se moría de dolor cuando las Ninfas le salvaron. Después mandó a Cloe a que dijese a Dryas y a Lamón que vinieran con todo lo necesario para hacer un sacrificio. El, en tanto, tomó la mejor de sus cabras; la coronó de hiedra, conforme se había mostrado a los enemigos; vertió leche entre sus cuernos; la sacrificó a las Ninfas; la suspendió y la desolló, y colgó la piel en la roca.

Presentes ya Cloe y los que la acompañaban, Dafnis encendió fuego, asó parte de la carne y coció la otra parte, ofreció a las Ninfas las primicias y les hizo una libación con un cántaro lleno de mosto. Dispuso luego lechos de hojas verdes para todos los convidados, y se entregó a beber, comer y jugar con ellos, sin dejar de atender al ganado, no viniese el lobo e hiciese en él de las suyas. Hermosos cantares se cantaron allí en loor de las Ninfas, compuestos por pastores antiguos. Venida la noche todos durmieron al raso o en la gruta. Al salir el Sol, se acordaron de Pan; coronaron de pino el manso de la manada y le llevaron bajo el pino, donde entre libaciones de mosto y cantos en alabanza del dios, se le sacrificaron, colgándole y desollándole. Las carnes asadas y cocidas las pusieron en el prado sobre hojas verdes. La piel con los cuernos quedó colgada del pino, junto a la imagen del dios, ofrenda pastoral al dios de los pastores. Ofreciéronle también las primicias de la carne; vertieron vino del cántaro más hondo, y

Cloe cantó, y Dafnis la acompañó con la zampoña.

Recostáronse después y se pusieron a comer, cuando por acaso llegó Filetas el vaquero, el cual traía para Pan algunas guirnaldas y racimos de uvas con sarmientos y pámpanos. Le acompañaba su hijo menor Titiro, rapazuelo de pelo rubio y ojos zarcos, vivo y travieso, y que venía saltando más ágil que un chivo. Levantáronse todos para coronar a Pan y colgaron los racimos en la copa del pino, y luego volvieron a sentarse, convidando a Filetas a que merendase y bebiese con ellos. Ya algo bebidos, se dieron, según es propio en los viejos, a referir casos de sus verdes años, de qué suerte guardaban el hato y de cuántas incursiones de bandidos y piratas habían escapado. Este se jactaba de haber muerto un lobo; aquél de no ceder más que a Pan en tocar la flauta. La última jactancia era de Filetas. Dafnis y Cloe le rogaron con ahinco que les diese a conocer algo de su arte tocando la flauta en la fiesta del dios que tanto se huelga de

oírla. Filetas consintió en tocar, y si bien lamentándose de que con la vejez le faltaba resuello, tomó la flauta de Dafnis; pero halló que era pequeña para lucir en ella toda su maestría, y sólo propia para la boca de un rapaz, y envió a Titiro en busca de su flauta, aunque distaba su casa diez estadíos de allí. El chico soltó la ropa que le estorbaba, y casi desnudo echó a correr como un gamo. Lamón, mientras volvía, se puso a contar la fábula de Siringa, tal cual se la contó un cabrero de Sicilia, a quien dió en pago un cabrón y una zampoña.

—Siringa—dijo—no era flauta pastoril en lo antiguo, sino virgen hermosa, con buena voz y arte en el canto. Cuidaba cabras, jugaba con las Ninfas y cantaba como ahora. Pan, al verla cuidar las cabras, retozar y cantar, se llegó a ella y le pidió que consintiese en lo que él quería, ofreciéndole, en cambio, que sus cabras todas parirían muchos cabritillos gemelos. Ella se burló de este amor y se negó a admitir amante que era medio hombre y me-

dio macho de cabrío. Pan entonces la persiguió para lograrla por fuerza. Huyó Siringa de Pan y de su violento arrojo, y fatigada al cabo, se ocultó en un cañaveral y desapareció en una laguna. Cortó Pan las cañas con furia; sin hallar a la linda moza halló desengaño, e imaginó un instrumento, juntando con cera desiguales cañutos, por ser su amor desigual como ellos. De aquí que la hermosa virgen de entonces hoy sea flauta sonora.

Terminada tenía ya Lamón su historia, y Filetas la alababa por haberla contado con más dulzura que un cantar, cuando apareció Titiro con la flauta de su padre, la cual era grande, hecha de gruesas cañas y con adornos de bronce sobre las pegaduras de cera. Dijérase que era la propia y primera flauta que fabricó Pan. Filetas se levantó, se puso derecho sobre su asiento, y lo primero que hizo fué ensayar si el viento colaba bien por los cañutos, y habiendo notado que el soplo penetraba sin estorbo, sopló con brío juvenil y se oyó al punto como un concierto de mu-

chas flautas; tanto resonaba la suya sola. Poquito a poco fué luego mitigando aquella vehemencia y convirtiéndola en suave melodía, y mostró allí todo el arte del buen pastoreo musical: lo que agrada a las vacas y bueyes, lo que conviene para las cabras y lo que gusta a las ovejas. Para las ovejas era el son dulce, grave para el ganado vacuno y agudo para el cabrío. Todo esto, obra de diversas flautas, lo imitaba él con sólo la suya.

Recostados los circunstantes oían la música con delicia y en silencio, hasta que se alzó Dryas y pidió a Filetas que tocase una tonada en loor de Baco para que él bailase un baile de lagar. Bailó, pues, imitando, ora que vendimiaba, ora que acarreaba la uva en cestos, ora que la pisaba, ora que llenaba las tinajas, ora que probaba el mosto. Y todas estas cosas las bailó Dryas con tal primor y claridad, que parecía que se estaban viendo viñas, lagar y tinajas, y al propio Dryas vendimiando y bebiendo. Así se lució en el baile el tercer viejo, y fué a besar a Dafnis y a Cloe. Es-

tos se alzaron al punto y bailaron el cuento de Lamón. Dafnis hacía de Pan, y de Siringa Cloe. El pedía amor; ella le burlaba desdeñosa; él sobre las puntas de los pies, para imitar las pezuñas del cabrío, la perseguía corriendo, y Cloe se fingía cansada y se ocultaba, por último, entre unas matas como si fuese en la laguna. Dafnis tomó entonces la gran flauta de Filetas, y tocó ya con débil tono como de suplicante, ya con tono amoroso para persuadir, ya con suave llamada, como buscando y atrayendo a la fugitiva. Maravillado Filetas, se alzó de su asiento, besó al rapaz, y después de besarle le regaló la flauta, no sin pedir al cielo que Dafnis en su día pudiese dejarla a sucesor semejante. Dafnis, por último, suspendió su pequeña flauta en el ara de Pan, besó a Cloe como si la volviese a hallar después de una fuga verdadera, y se llevó sus cabras, tocando la flauta grande.

Como la noche venía ya, Cloe condujo también su rebaño, aprovechándose del mismo son, de suerte que cabras y ovejas

iban juntas. Dafnis caminaba cerca de Cloe y ambos platicaron entre sí hasta bien cerrada la noche, concertándose para salir al día siguiente más temprano que de costumbre.

Así lo hicieron, en efecto. Apenas rayó el alba, volvieron al prado, y después de saludar primero a las Ninfas y en seguida a Pan, se sentaron bajo la encina, tocaron juntos la flauta, se besaron, se abrazaron, se acostaron muy juntos, y sin hacer nada más se levantaron. Pensaron luego en la comida, y bebieron vino con leche. Algo acalorados con esto, y creciendo también en audacia, se enredaron en amorosa disputa y acabaron por exigirse juramento de fidelidad. Dafnis, acercándose al pino, juró por Pan no vivir un solo día sin Cloe, y Cloe, penetrando en la gruta, juró por las Ninfas ser de Dafnis en vida y en muerte; pero ella, como niña aún, era tan simplecilla, que al salir de la gruta quiso que Dafnis le hiciese nuevo juramento. "¡Oh, Dafnis!—le dijo—, este dios Pan es travieso y muy poco de fiar. Se enamoró de

Pitis, se enamoró de Siringa, no cesa jamás de perseguir a las Dryadas y se emplea de continuo en servir y complacer a todas las ninfas pastoriles. Si no cumples la fe jurada, se reirá y no te castigará, aunque te enredes con más queridas que cañutos tiene tu zampoña. Júrame, pues, por tu rebaño y por la cabra que te crió, no abandonar a Cloe mientras ella te sea fiel. Y si Cloe te faltare, perjura a ti y a las Ninfas, húyela, aborrécela, mátala como a un lobo.

En el alma se complació Dafnis de estas dudas de Cloe; y de pie en medio del rebaño, la una mano sobre una cabra y sobre un macho la otra, juró amar a Cloe mientras ella le amara, y si ella amase a otro, en vez de matarla, matarse él. Cloe se holgó del juramento y le creyó, porque doncellica y pastora, tenía a las cabras y ovejas por divinidades propias de cabrerizos y zagales.

LIBRO TERCERO

Cuando supieron los de Mitilene la expedición de las diez naves, y, por gente que venía del campo, los robos que habían hecho, no juzgaron decoroso sufrir tal afrenta de los de Metimna y resolvieron mover guerra contra ellos con toda rapidez. Levantaron, pues, tres mil infantes y quinientos caballos; y recelosos de la mar en la estación del invierno, los enviaron por tierra, al mando de su general Hipaso.

Este no estragó los campos ni robó ganado ni frutos y enseres de labranza, considerando más propios de bandido que de general tales actos, sino marchó derecho y pronto contra la ciudad de Metimna, esperando sorprenderla con las puertas sin

custodia. Ya no distaba de la ciudad más de cien estadios, cuando se presentó un heraldo pidiendo treguas. Los metimneños habían averiguado por los cautivos que los de Mitilene nada sabían de lo ocurrido, y que eran gañanes y pastores los que habían maltratado a los jóvenes, por lo cual reconocían que se habían atrevido con más acritud que prudencia contra la vecina ciudad, y sólo deseaban devolver el botín, tratarse de amigos y comerciar como antes por mar y tierra. Hipaso, aunque tenía plenos poderes para negociar, envió al heraldo a Mitilene, y, acampado a diez estadios de Metimna, aguardó la resolución de sus conciudadanos. A los dos días vino el mensajero con orden de recibir la restitución y de volverse sin causar daño, porque, al escoger entre la paz y la guerra, habían hallado la paz más útil. Así terminó la guerra entre Mitilene y Metimna, con fin tan inesperado como el principio.

Llegó el invierno, para Dafnis y Cloe más que la guerra crudo. De repente cayó mucha nieve; cubrió los caminos y encerró

a los rústicos en sus chozas. Con ímpetu se despeñaban los torrentes; se helaba el agua; parecían muertos los árboles, y no se veía el suelo sino al borde de arroyos y manantiales. Nadie, pues, llevaba a pacer el ganado ni se asomaba a la puerta, sino todos encendían gran candela en el hogar, no bien cantaba el gallo, y ya hilaban lino, ya tejían pelo de cabra, ya tramaban lazos para cazar pájaros. Entonces era menester andar solícitos en dar paja a los bueyes en el tinado, fronda en el aprisco a las cabras y ovejas, y fabuco y bellotas a los cerdos en la pocilga.

Con esta forzosa permanencia dentro de casa, se holgaban los demás pastores y labriegos, porque descansaban algo de sus faenas, comían bien y dormían a pierna tendida. Así es que el invierno se les antojaba más dulce que el verano, que el otoño y hasta que la misma primavera. Pero Dafnis y Cloe, retrayendo a la memoria los pasados deleites; cómo se besaban, cómo se abrazaban y cómo merendaban juntos, se pasaban las noches muy afligidos y sin

dormir, ansiosos de que volviese la primavera, que era para ellos volver de la muerte a la vida. Cuando por dicha topaban con el zurrón en que habían llevado la merienda, o veían el cantarillo en que habían bebido, o la zampoña, presente amoroso, abandonada ahora, la pena de ambos se acrecentaba. Con fervor pedían a las Ninfas y a Pan que los librase de tantos males, dejando que ellos y su ganado salieran a tomar el sol; pero a par que pedían, buscaban medio de verse. Cloe andaba con terribles vacilaciones y sin saber qué hacer, porque no se apartaba de la que tenía por madre, aprendiendo a cardar lana y a manejar el huso y escuchándola hablar de casamiento; pero Dafnis, con mayor libertad y más ladino también que la muchacha, inventó esta treta para verla.

Delante de la vivienda de Dryas, contra la propia pared, había dos grandes arrayanes y una mata de hiedra, tan cerca los arrayanes el uno del otro, que la hiedra que crecía en medio los ceñía, enredando en ambos sus hojas y largos tallos a modo

de parra, y formando gruta de tupida verdura. Por dentro colgaban, como racimos en la vid, muchos y gruesos corimbos. Acudía, pues, allí, multitud de pájaros invernizos: mirlos, tordos, palomas zuritas y torcaces, y otros que comen granos de hiedra a falta de mejor alimento. So color de cazar estos pájaros, Dafnis salió de su casa con el zurrón lleno de bollos de miel, y llevando asimismo, para que le dieran más crédito, lazos y liga. Su habitación distaba de la de Cloe cerca de diez estadios, pero la nieve, no bien endurecida, hubiera hecho trabajoso el camino, si no fuese que para Amor todo es llano: fuego, agua y nieve de Escitia. Dafnis, pues, se plantó de una carrera a la puerta de Dryas; sacudió la nieve de los pies, tendió lazos, colocó largas varillas untadas con liga, y se puso en acecho de los pájaros y también de Cloe.

En cuanto a los pájaros, acudieron muchos y quedaron presos. No corta tarea tuvo Dafnis en cogerlos, matarlos y desplumarlos. Pero nadie salía de la casa, ni

hombre ni mujer, ni gallo ni gallina. Todos, sin duda, estaban dentro, sentados al amor de la lumbre. Dafnis vacilaba; temía haber salido a pájaros con malos auspicios, y no se atrevía, no obstante, a imaginar un pretexto para entrar en la casa, cavilando dónde hallar el más plausible. "Pediré candela. —¿Cómo es eso? ¿No tienes a nadie más cerca a quien pedirla?—. Pediré pan. —Tu zurrón está bien provisto.— Diré que me falta vino. —Ha poco que hiciste la vendimia.— Un lobo me persigue. —¿Dónde están las huellas de ese lobo?— Vine a cazar pájaros. —Pues vete, ya que los has cazado.— Quiero ver a Cloe. —No es fácil declarar esto al padre y a la madre de la muchacha. Más vale callarse. No hay cosa que no excite las sospechas. Me iré. Veré a Cloe esta primavera. No consienten los hados, a lo que barrunto, que yo la vea en invierno." Así discurría para sí, y, recogiendo lo que había cazado, se disponía a partir, cuando, por misericordia de Amor, ocurrió lo que sigue.

Estaban a la mesa Dryas y su familia. Se distribuía la carne, se repartía el pan y el jarro se llenaba de vino, en ocasión que uno de los perros del ganado, aprovechándose del descuido de los dueños, cogió un pedazo de carne y huyó con él fuera de casa. Irritado Dryas, tanto más que la carne robada era su ración, agarra un palo y corre tras el rastro del perro, como otro perro. En esta persecución, pasa cerca de la hiedra y los arrayanes; ve a Dafnis, que se echaba ya al hombro su presa, resuelto a irse; olvida al punto carne y perro, y exclamando en alta voz: "¡Salud! ¡Oh, hijo mío!", le abraza, le besa, le toma de la mano y le hace que entre en su morada. Poco faltó para que, al verse Dafnis y Cloe, no cayesen ambos al suelo. Procuraron, no obstante, tenerse firmes; se saludaron y se volvieron a besar, y esto casi fué arrimo para no caer ambos.

Después que logró Dafnis, contra su esperanza, ver y besar a Cloe, se sentó junto al hogar; puso sobre la mesa las palomas y los mirlos que traía al hombro, y contó

que, harto de encierro casero, había salido a coger pájaros, y de qué modo había cogido, ya con lazo, ya con liga, los que venían a picar en la hiedra y en los arrayanes. Los allí presentes alabaron mucho su habilidad y le convidaron a comer de lo que el perro había dejado. Cloe, por orden de sus padres, le escanció la bebida, y con alegre rostro sirvió a los otros primero, y a Dafnis el último, fingiéndose muy enojada de que, habiendo él venido hasta allí, iba a irse sin verla. A pesar del enojo, Cloe, antes de presentar el vaso a Dafnis, bebió un poco, y le dió lo demás. Dafnis, aunque sediento, bebió con lentitud para que durase más y fuese mayor su deleite. Limpia ya la mesa de pan y de carne, y aun sentados a ella, le preguntaron por Mirtale y Lamón, y los declararon felices de tener en su vejez tal apoyo; encomio de que gustó Dafnis en extremo por escucharle Cloe. Rogáronle después que se quedase allí hasta el día siguiente, porque tenían que hacer un sacrificio a Baco, y Dafnis, de puro contento, por poco los adora como

si fuesen el dios. A escape sacó de su zurrón cuanto bollo de miel en él traía, y dió a guisar para la cena los pájaros que había cazado. Se llenó de nuevo el jarro de vino; se atizó y encandiló el fuego, y, apenas llegó la noche, se pusieron otra vez a la mesa, donde se divirtieron contando cuentos y entonando canciones, hasta que los ganó el sueño y se fueron a dormir, Cloe con su madre, y Dafnis con Dryas. Cloe se complació con la idea de volver a ver por la mañana a Dafnis, y Dafnis, lleno de satisfacción de dormir con el padre de Cloe, le abrazó y besó muchas veces, soñando que a Cloe abrazaba y besaba.

Al amanecer era el frío atroz, y el viento del Norte todo lo helaba. De pie ya la gente, sacrificó a Baco un borrego añal; encendió lumbre y preparó el almuerzo. Mientras Napé amasaba el pan y Dryas guisaba el borrego, Dafnis y Cloe, estando de vagar, salieron de la casa bajo los arrayanes y la hiedra, y, tendiendo lazos otra vez y poniendo liga, pillaron multitud de pájaros. Durante la caza fué aquello un no

cesar de besarse, entreverando los besos con pláticas, también sabrosas. —Por ti vine, Cloe. —Lo sé, Dafnis. —Por ti mato estos mirlos sin ventura. ¿En qué aprecio me tienes? ¿Te acordaste siempre de mí? —¡No me había de acordar! Así me quieran bien las Ninfas, por quienes juré en la gruta, adonde concurriremos apenas se derrita la nieve. —Pero cuánta hay, ¡oh, Cloe! Yo temo derretirme antes que ella. —Anímate, Dafnis, el Sol calienta ya mucho. —Ojalá que ardiese con la viva llama en que arde mi corazón. —Me burlas con lisonjas y luego me engañarás. —Nunca; por las cabras, por las que quisiste que te lo jurase.

Así charlaban, respondiendo Cloe a Dafnis como un eco, cuando los llamó Napé, y ellos entraron con más abundante caza que la víspera. Hicieron luego una libación a Baco, y comieron coronados de hiedra. Llegó, por último, la hora, y no sin cantar antes alegres himnos en loor del dios, despidieron a Dafnis, llenando su zurrón de carne y de pan. Devolviéronle, además, los

tordos y las palomas, para que se regalasen comiéndolos Lamón y Mirtale, ya que ellos cazarían más en cuanto durase el invierno y no faltase hiedra para añagaza. Dafnis, al irse, besó primero a los padres, y a Cloe la última, a fin de guardar en toda su pureza el dejo del beso. En adelante volvió Dafnis por allí no pocas veces, valiéndose de otras artimañas, de modo que el invierno no se pasó del todo mal.

Apenas renació la primavera, se derritió la nieve, se descubrió el suelo y la hierba retoñó, salieron todos los zagales a apacentar sus ganados, y antes que todos Dafnis y Cloe, como siervos que eran del pastor más poderoso. Lo primero fué correr a la gruta de las Ninfas, luego a Pan y al pino, y, por último, bajo la encina, donde se sentaron, mirando pacer y besándose. Buscaron flores para coronar a las Ninfas, y, aunque las flores apenas empezaban a entreabrirse, acariciadas por el céfiro y reanimadas por el sol, hallaron narcisos, violetas, corregüelas y otras vernales primicias. Con estas flores coronaron las imá-

genes e hicieron ante ellas libaciones de la nueva leche de sus ovejas y cabras. Tocaron también la flauta como para competir con los ruiseñores, quienes respondían de entre la enramada, expresando poco a poco el nombre de Itys, cual si tratasen de recordar el canto después de tan largo silencio. Por dondequiera balaba el ganado; los corderillos ya retozaban, ya se inclinaban bajo las madres para chupar el pezón de la ubre, y los moruecos perseguían a las ovejas que aun no habían tenido cría, y cada uno cubría la suya. Las cabras eran también perseguidas por los machos con los más lascivos saltos, y los machos reñían por ellas, y cada cual tenía sus cabras, y cuidaba de que no viniera otro y a hurto las gozase. Tales escenas, cuya vista hubiera remozado y enardecido a los helados viejos, enardecían más a estos mozos, llenos de fervor y de brío. Y anhelando hallar, desde hacía tiempo, el fin del Amor, lo que oían los abrasaba, lo que veían los amartelaba, y todo los inducía a buscar algo de más rico y satisfactorio

que el beso y el abrazo. Buscábalo singularmente Dafnis, quien por el reposo casero y holganza del invierno estaba rijoso y lucio, y con el beso se emberrenchinaba, y con el abrazo se alborotaba, y al ejecutar las cosas era ya más curioso y atrevido. Pedía, pues, a Cloe que se prestase a cuanto él quisiera, y que lo de acostarse juntos desnudos fuese por más tiempo que antes, ya que esto era lo que faltaba hacer bien de cuanto les enseñó Filetas, como único remedio para calmar el amor.

Cloe le preguntó qué imaginaba él que habría más allá del beso, del abrazo, y hasta del acostarse juntos, y qué resolvía hacer si volvían a la yacija desnudos ambos.

—Lo que hacen los moruecos con las ovejas, y con las cabras los machos—contestó él—. Mira cómo, después de la obra, ni las ovejas huyen ni los carneros se cansan en perseguirlas, sino que pacen quietos y juntos, como satisfechos de un común deleite. Dulce, a lo que entiendo, es la obra, y vence lo amargo de amor.

—¿No reparaste—repuso Cloe, que las

ovejas y los carneros, las cabras y sus machos hacen esas cosas de pie, saltando ellos encima y sosteniéndolos ellas? ¿Para qué, pues, he de tenderme contigo desnuda? ¿No está el ganado más vestido que yo con su pelo o con su lana?

Dafnis no pudo menos de convenir en que así era. Tendióse, no obstante, al lado de Cloe y meditó largo rato, sin atinar con el modo de calmar la vehemencia de su deseo. Hizo después que ella se alzara, y la abrazó por detrás, imitando a los carneritos; pero con esto nada logró, quedando más confuso y echándose a llorar al ver que para tales negocios era más rudo que las bestias.

Tenía Dafnis por vecino a un labrador propietario, llamado Cromis, sujeto ya de edad madura, quien había traído de la ciudad a una mujercita, linda, de pocos años, con gustos más delicados y más cuidadosa de su persona que las campesinas. Esta tal, que se llamaba Lycenia, con ver de diario a Dafnis cuando llevaba por la mañana las cabras al pasto, y cuando por la noche las recogía a la majada, entró en codicia de

tomarle por amante, engatusándole con regalillos, y tan acechona anduvo, que consiguió hablar con él a solas, y le dió una flauta, un panal de miel y un zurrón de piel de venado, si bien se avergonzó y vaciló en declararse, conjeturando que él amaba a Cloe, al verle siempre tan empleado en servirla. Al principio, sólo presumió esta inclinación por risas y señas que sorprendió entre ambos; pero luego pretextó con Cromis que iba a visitar a una vecina que estaba de parto; los siguió una mañana, se recató entre zarzas, para que ellos no la viesen, y vió cuanto hicieron, y escuchó cuanto dijeron, sin ocultársele siquiera el llanto de Dafnis. Compadecida entonces, creyó propicia la ocasión de hacer dos veces el bien, mostrando el camino de salvación a aquellos cuitadillos y logrando ella su gusto.

Con tal propósito, salió al día siguiente, como para ir a ver de nuevo a la parida, y se fué derecha a la encina donde Dafnis y Cloe se sentaban. Fingiéndose con primor toda consternada:

—¡Sálvame—dijo—, oh, Dafnis! ¡Ay, infeliz de mí! ¡Un águila me ha robado el más hermoso de mis veinte gansos! Fatigada con tanto peso, no ha podido volar hasta lo más alto de aquel peñón, donde anida, y se bajó con su presa a lo hondo del soto. Te lo ruego por Pan y las Ninfas: entra conmigo en la espesura; liberta mi ganso. Mira que no me atrevo a entrar sola, de puro medrosa. No dejes que se descabale mi manada. ¿Quién sabe si de paso no matarás el águila, y con eso ya no robará corderos y cabritos? Mientras, guardará Cloe ambos rebaños. Harto la conocen las cabras, de verla siempre en tu compañía.

Dafnis, sin prever nada de lo que iba a pasar, se levantó muy listo, empuñó su cayado y siguió a Lycenia. Llevósele ésta lejos de Cloe, a lo más intrincado y esquivo del soto, y allí mandó que se sentase a su lado, cerca de una fuentecilla.

—¡Oh, Dafnis—le dijo—, tú amas a Cloe! Anoche me lo revelaron las Ninfas. Se me aparecieron en sueño; me informa-

ron de tus lágrimas de ayer, y me ordenaron que te salvase, enseñándote las obras de Amor, las cuales no estriban sólo en beso y en abrazo y en remedar a los carneros, sino en brincos y retozos más dulces, y cuyo deleite dura más. Así, pues, si quieres desechar el mal que te aflige, y conocer por experiencia los gustos que anhelas, entrégate a mi cuidado cual aprendiz sumiso, y yo, por gracia y merced de las Ninfas, seré tu maestra.

Dafnis, sin refrenar su alegría, como cabrerillo cándido y rapaz enamorado, se arrodilló a los pies de Lycenia y le suplicó que cuanto antes le enseñase aquel oficio para ejercerle luego con Cloe. Y como si fuera algo de raro y revelado por el cielo lo que Lycenia le había de enseñar, prometió darle en pago un chivo, quesos frescos de nata y hasta la cabra misma. Halló Lycenia aquella liberalidad pastoril más sencilla y grata de lo que presumía, y empezó en seguida a instruir a Dafnis. Mandóle que volviese a sentarse a la verita de ella; que le diese besos, tales y tantos como

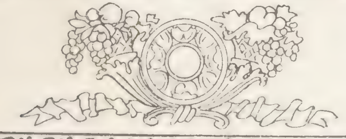
él solía dar; que mientras la besaba la abrazase, y, por último, que se tendiese a la larga.

Luego que se sentó, y que besó, y que se tendió, habiéndose cerciorado ella de que todo estaba alerta y en su punto, hizo que él se levantase de un lado, y se deslizó con suma destreza debajo de él, poniéndole en el camino por tanto tiempo buscado en balde. Después nada hubo fuera de lo que se usa. Naturaleza misma enseñó a Dafnis lo demás.

Terminada la lección amatoria, Dafnis, que guardaba su candor pastoril, quiso correr en busca de Cloe para hacer con ella lo que acababa de aprender, harto temeroso de que con la tardanza se le olvidase; pero Lycenia le contuvo diciendo:

—Otra cosa te importa saber, ¡oh, Dafnis! A mí, como soy mujer, no me hiciste daño alguno, porque ya otro hombre me enseñó el oficio, y tomó mi doncellez en pago; pero Cloe, cuando luchare contigo esta lucha, gemirá, llorará y derramará sangre cual si estuviese herida. No por ello





te asustes, sino cuando la persuadas a que se preste a todo, tráetela a este sitio, para que, si grita, nadie la oiga; si llora, nadie la vea, y si derrama sangre, se lave en la fuente. No te olvides, por último, de que yo te he hecho hombre antes de Cloe.

No bien Lycenia dió estos preceptos, se fué por otro lado del soto, como si buscase el ganso todavía. Dafnis, en tanto, con la preocupación de lo que había oído, cejó de su primer ímpetu, y no se atrevió a perturbar a Cloe sino con el beso y el abrazo, a fin de que no gritase como perseguida de enemigos, ni llorase como lastimada, ni como herida vertiese sangre, pues, escarmentado él por los recientes lances de la guerra, tenía miedo de la sangre, y sólo de heridas imaginaba que saliese. Así fué que tomó la determinación de no deleitarse con ella sino en lo que tenía por costumbre, y, dejando el soto, volvió al lugar donde ella estaba sentada, tejiendo guirnaldas de violetas; le refirió que había arrancado de las garras mismas del águila el ganso de Lycenia, y la besó apretadamente como Lycenia

le había besado en el deleite, ya que esto no pensaba que trajese peligro. Ella ajustó a la cabeza de él la guirnalda de violetas, y le besó el cabello, a su ver más que las violetas precioso. Luego sacó del zurrón pan de higos y bollos, y se los dió a comer, y, conforme él comía, se lo quitaba ella de la boca y comía a su vez, como los pajarillos pequeñuelos comen del pico de la madre.

Mientras que comían, y más que comían se acariciaban, se descubrió una barca de pescadores, que bogaba no lejos de la costa. No hacía viento; la calma era completa, y era menester remar. Los pescadores remaban con grande empuje para llevar fresco el pescado a gentes ricas de la ciudad. Lo que suelen hacer los marineros para engañar o aliviar sus fatigas, lo hacían éstos también a par que remaban: uno de ellos llevaba la voz y entonaba un cantar marino, y los restantes, por marcados intervalos, unían en coro sus voces en consonancia con la del principal cantor. Cuando iban por alta mar, el canto se perdía en la

extensión y se desvanecía en el aire; pero cuando doblaron la punta de un escollo y entraron en una ensenada profunda, en forma de media luna, se oyó mejor la música y sonó más claro en tierra el estribillo de los navegantes. En el fondo de aquella ensenada había una garganta o estrechura de cerros, donde se colaba el son como en un cañuto; luego, una voz imitadora lo repetía todo: ya repetía el ruido de los remos, ya repetía el cantar, y era cosa de gusto oirlo, pues primero llegaba el son que venía directo de la mar, y el son que venía de la tierra llegaba más tarde. Dafnis, que sabía lo que era aquello, sólo atendía a la mar; se embelesaba al ver la barca, que más volaba que corría, y procuraba retener algo de aquellos cantares para tocarlos luego en su flauta. Pero Cloe, que hasta entonces no había oído eso que llaman eco, ya miraba hacia la mar para ver a los que cantaban, ya se volvía hacia el bosque buscando a los que respondían, y cuando pasó la barca y sobrevino silencio en la mar y en el valle, preguntó a Dafnis

si más allá del escollo había otra mar, y otra nave que bogaba, y otros marineros que cantaban, y por qué ya callaban todos. Dafnis sonrió con dulzura; la besó con más dulce beso; ciñó a sus sienes la guirnalda de violetas, y empezó a contarle la fábula de Eco, no sin concertar antes que ella le diese diez besos más en pago de la enseñanza.

—Hay—dijo—, niña mía, muchas castas de Ninfas. Las hay de las praderas, de los bosques y de los lagos, todas bellas, músicas todas. Hija de Ninfa fué Eco; mortal, por serlo su padre; hermosa, cual de hermosa madre nacida. Las Ninfas la criaron. En tocar la flauta, en pulsar la lira y la cítara, y en toda clase de cantar, tuvo a las Musas por maestras. Así es que, cuando llegó a la flor de su mocedad, con las Ninfas danzaba y con las Musas cantaba; pero huía de todo varón, ya dios, ya hombre, por amor de la doncellez. Pan se enfureció contra ella, envidioso de su música y desdeñado de su hermosura, e infundió su furor en el alma de los pastores. Estos,

como perros o lobos, la despedazaron mientras cantaba, y esparcieron por toda la tierra sus miembros, llenos de armonía. Y la tierra los escondió en su seno por complacer a las Ninfas, y dispuso que conservasen la virtud de cantar. Las Musas, por último, decretaron que lo imitasen todo en la voz, como la doncella hizo cuando vivía: hombres, dioses, instrumentos y fieras; que imitasen, en suma, a Pan mismo cuando toca la flauta. Pan, apenas lo oye, brinca y corre por las montañas, no ya porque ame a la Ninfa, sino anhelando averiguar quién es su discípulo oculto.

En premio de la historia, Cloe dió a Dafnis, no sólo diez, sino muchos más besos, y Eco casi la repitió, como para dar testimonio de que no era mentira.

El sol calentaba más cada día, porque había pasado la primavera y empezaba el verano. Los pasatiempos de ambos eran propios de la nueva estación. El nadaba en los ríos, ella se bañaba en las fuentes; él tocaba la flauta a porfía con el viento que resonaba en los pinos; ella cantaba en com-

petencia con los ruiseñores; ambos cogían saltamontes y parleras cigarras, formaban ramilletes de flores, sacudían los árboles o trepaban a ellos y se comían la fruta. Al cabo se acostaban desnudos en una piel de cabra. Pronto Cloe hubiera sido mujer si la sangre no aterrase a Dafnis, quien, receloso con frecuencia de no ser dueño de sí, impedía a Cloe que se desnudara. Pasmábase ella, si bien por vergüenza no preguntaba la causa.

En aquella estación se presentó para Cloe un enjambre de novios. De muchas partes acudían a Dryas, pidiéndosela por mujer; unos traían buenos presentes, otros los prometían mejores. Así fué que Napé, estimulada por las promesas, era de opinión de casar a Cloe cuanto antes, y no guardar por más tiempo a mozuela ya tan granada, la cual el día menos pensado perdería su doncellez en medio del campo y se casaría por manzanas y flores con un pastor cualquiera; que lo más conveniente sería hacerla pronto señora de su casa, aceptar los presentes y guardarlos para el hijo legíti-

mo de ellos, que no hacía mucho les había nacido. Dryas se dejaba vencer a menudo de tales razones, ya que le ofrecían prendas de más valer que las que suelen ofrecerse por una pobre zagala; pero, pensando luego que la muchacha valía demasiado para casarse con un rústico, y que si hallaba un día a sus verdaderos padres éstos los harían dichosos a todos, se resistía siempre a responder, y así iba dando largas al asunto, no sin aprovecharse mientras de no pocos presentes.

Al saber estas cosas tuvo Cloe gran pesar, si bien se le ocultó a Dafnis por temor de afligirle. Viendo, no obstante, que él la importunaba con preguntas, y que ya estaba más triste de no saber nada que lo que pudiera estar de saberlo todo, se atrevió al fin a contárselo. Le habló de los novios, muchos y ricos; de las razones que daba Napé para apresurar la boda, y de que Dryas no mostraba oponerse, sino lo demoraba para las próximas vendimias. Dafnis, con tales nuevas, estuvo a punto de perder el juicio; se echó por tierra, lloró y afirmó que él se

moriría si Cloe le faltaba, y no sólo él, sino también se morirían los carneros sin la tal pastora. Después, reflexionándolo mejor, cobraba ánimo y resolvía hablar al padre de ella y ponerse en la lista de los pretendientes, esperando vencerlos. Sólo una cosa le sobresaltaba: que Lamón no era rico. Esto debilitaba mucho su esperanza. Decidióse, con todo a pedir a Cloe, y ella convino en que lo hiciese. Nada al principio se atrevió a decir a Lamón; pero confiando más en Mirtale, le descubrió su amor y le dijo que quería casarse con Cloe. Mirtale lo participó todo a Lamón por la noche. Este recibió con dureza la noticia, y regañó a su mujer porque quería casar con una hija de pastores a un muchacho que había de tener grandes riquezas, si no mentían las prendas halladas, y que a ellos, si venían a descubrirse los padres, los harían horros y dueños de mayores campos. Mirtale, temerosa de que Dafnis, por despecho amoroso, y perdida toda esperanza de boda, osara darse muerte, alegó otros motivos menos importantes que los que había dado Lamón.

—Somos pobres—le dijo—, hijo mío, y necesitamos novia que más bien traiga algo que no que se lo lleve. Ellos son ricos, pero quieren novios ricos. Ve, no obstante; convence a Cloe, y haz que Cloe convenza a su padre, a fin de que no pidan mucho y te la den. Ella te ama, y sin duda gustará más de acostarse con un buen mozo pobre que no con un jimio rico.

No esperaba Mirtale que Dryas diese nunca su consentimiento, disponiendo, como disponía, de más ricos novios, que le ofrecían buenos presentes. Dafnis no tenía que argüir contra lo dicho por su madre; pero se afligió mucho, e hizo lo que suelen hacer los enamorados pobres: lloró, y pidió auxilio a las Ninfas. Ellas volvieron a aparecérsele por la noche, mientras dormía, en la propia forma que la primera vez, y la mayor le dijo: —A otro dios incumbe tratar de tu boda con Cloe. Nosotras te daremos con qué ablandar a Dryas. La nave de los mancebos de Metimna, cuya amarra de mimbre se comieron tus cabras, se fué aquel día muy lejos de tierra, empujada

por el viento; mas por la noche sopló viento contrario; alborotó la mar y arrojó la nave contra unos altos peñascos. La nave pereció, y con ella cuanto encerraba, salvo una bolsa con tres mil dracmas, que con los restos de la nave trajo a la costa la onda, y está allí oculta entre algas, cerca de un delfín muerto, por lo cual nadie de los que pasan se ha aproximado, huyendo del hedor de aquella podredumbre. Ve allí, toma la bolsa y dala. Así conviene para acreditar por lo pronto que no eres pobre. Ya vendrá tiempo en que seas rico.

Dicho esto, desaparecieron las Ninfas en la noche. Cuando vino el día se levantó Dafnis rebosando de gozo; llevó sus cabras al pasto con la mayor premura, y después de besar a Cloe y de adorar a las Ninfas, se fué hacia la mar, como si quisiera ser rociado por las olas. Allí, por la orilla y sobre la arena, vagaba en busca de los tres mil dracmas. No empleó largo tiempo ni fatiga en hallarlos. El delfín no olía bien, y su podredumbre le dió en las narices y le guió por el camino hasta llegar al sitio

indicado. Ya en él, apartó las algas y descubrió la bolsa llena de dinero. La recogió, la guardó en el zurrón, y antes de irse, dió gracias por todo a las Ninfas y a la misma mar, pues, aunque cabrero, parecíale la mar más dulce que la tierra desde que le ayudaba para conseguir casarse con Cloe.

Dueño de los tres mil dracmas, nada creía que le faltaba ya. Se consideraba, no sólo más pudiente que los labriegos de por allí, sino más rico que todos los hombres. Se fué al punto donde estaba Cloe; le contó el sueño; le mostró la bolsa; le rogó que estuviese a la mira del ganado durante su ausencia, y corrió con gran denuedo en busca de Dryas, a quien halló en la era, trillando trigo con su mujer Napé, y a quien dijo estas valerosas palabras:

—Dame a Cloe por mujer. Yo sé tañer la zampoña con maestría, podar viñas y plantar árboles. Sé también arar la tierra y aventar la mies con el bieldo. En lo tocante a pastoreo pregúntale a Cloe. Cincuenta cabras me entregaron, y ya tengo doble número. He criado también grandes y hermo-

sos machos, cuando antes era menester llevar las cabras a que otros las padreasen. Soy muy mozo aún, vecino vuestro y de irreprensible conducta. Me crió una cabra, como a Cloe una oveja. Si en todo esto me aventajo a los demás novios, en generosa largueza no he de quedarme tampoco atrás. Ellos te dan tal o cual cabra u oveja, o alguna yunta de bueyes con roña, o aechaduras de trigo para mantener unas cuantas gallinas. Yo, en cambio, te doy estas tres mil monedas. Pero no se lo digas a nadie, ni a mi padre Lamón.

Y al dar el dinero abrazó y besó a Dryas.

Este y Napé, al recibir, sin esperarlo, tamaña suma, prometieron en seguida a Dafnis que le darían a Cloe y que tratarían de persuadir a Lamón. Dafnis se quedó con Napé, haciendo andar a los bueyes sobre la parva y desmenuzando espigas con el trillo, mientras que Dryas, después de guardar la bolsa y el dinero, se fué más que de priesa a ver a Lamón y a Mirtale, contra todo uso y costumbre, para pedirles al novio.

Hallábanse éstos midiendo cebada, que acababan de cribar, y lamentándose de que apenas habían cogido lo que sembraron. Dryas pensó consolarlos con asegurar que era general la mala cosecha, y luego pidió a Dafnis para marido de Cloe, diciendo que otros le daban mucho, pero que él prefería no tomar nada de Lamón y Mirtale, sino que se sentía inclinado a socorrerlos con su propia hacienda.

—Además—añadió—, los chicos han crecido viéndose siempre, cuidando del hato se han encariñado de manera que no es fácil separarlos, y ya están ambos en edad de dormir juntos.

Estas y otras razones no menos persuasivas alegó Dryas, como quien había tomado tres mil dracmas para persuadirlos.

Lamón no podía excusarse con la pobreza, porque los padres de la novia no le desdeñaban por pobre, ni con la poca edad de Dafnis, que era ya un garzón muy apuesto. La verdad no quería confesarla. No osaba decir que consideraba a Dafnis mejor

partido. Se calló, pues, por un rato, y al cabo respondió así:

—Noble es vuestro proceder al dar a los vecinos preferencia sobre los extraños, y al poner por cima de la riqueza a la pobreza honrada. Que Pan y las Ninfas os concedan en premio su amor. En cuanto a mí, no deseo menos que vosotros la boda. Loco estaría yo si no desease amistad y unión con vuestra familia, cuando me hallo tan cerca de la vejez y necesito brazos y auxilio para mis faenas. De Cloe no hay más que pedir: linda zagala en la flor de su edad, y buena como pocas. Lo malo es que yo soy siervo, y de nada dispongo. Debo, pues, informar a mi amo para que dé su permiso. Difiramos la boda para el otoño. Para entonces dicen los que llegan de la ciudad que vendrá el amo por aquí. Para entonces serán marido y mujer; ámense entre tanto como hermanos. Entiende con todo ¡oh, Dryas! que vas a tener un yerno que vale más que nosotros.

Dicho esto, le besó y le ofreció de beber, porque estaban ya en todo el fervor del me-

diodía, y le acompañó un buen trecho de camino, con mil atenciones y muestras de afecto.

No oyó en balde Dryas las últimas palabras de Lamón, y mientras caminaba, iba cavilando así sobre quién sería Dafnis: "Le crió una cabra, cual si por él velasen los dioses. Es hermoso, y en nada se parece a ese vejete chato y a esa mujerzuela pelona. Se proporcionó tres mil dracmas, y no hay zagal que logre reunir otros tantos piruétanos. ¿Le expondría alguien como a Cloe? ¿Le encontraría Lamón como yo la encontré, con prendas parecidas y a propósito para un futuro reconocimiento? ¡Oh venerado Pan y Ninfas muy amadas, permitid que así sea! Tal vez, si él descubre a sus padres, logrará que Cloe sea también reconocida por los suyos."

Así iba Dryas discurriendo y soñando hasta que llegó a la era, donde esperaba Dafnis, ansioso de oír las nuevas que traía. Dióle ánimo, llamándole yerno; le prometió que las bodas se celebrarían en el otoño, y le estrechó la mano en señal de que Cloe no

sería de otro, sino suya. Más veloz que el pensamiento, sin comer ni beber, corrió Dafnis en busca de Cloe. Estaba ella ordeñando y haciendo quesos, y él le anunció la buena nueva. De allí en adelante la besaba, sin recatarse, como a su futura; compartía sus afanes; recogía la leche en colodras; apretaba los quesos en zarzos, y ponía a mamar bajo las madres a cabritillos y corderos.

Después de cumplir bien con su oficio, los dos se bañaban, comían, bebían e iban a coger fruta en sazón. Había entonces grande abundancia de ella, por ser el momento más feraz del verano: manzanas a manta, peras, acerolas y membrillos. Fruta había caída por el suelo; otra, pendiente aún en el árbol; la caída, más olorosa; más lozana y fresca a la vista la que de las ramas colgaba. Esta relucía como el oro; aquélla embriagaba con su olor, como el vino.

Entre los frutales se veía uno, tan esquilmado ya, que no tenía ni fruta ni hoja. Desnudas estaban todas sus ramas. Una man-

zana sola pendía aún en la cima, grande, hermosa y venciendo a las demás en fragancia. Quizá quien hizo el esquilmo no se atrevió a subir tan alto para cogerla; quizá la dejó por descuido; quizá la bella manzana se guardaba allí para un pastor enamorado. Apenas la vió Dafnis, quiso subir a alcanzarla. Cloe se opuso, pero él no hizo caso, y desatendida ella, se fué con enojo donde estaba el rebaño. Dafnis, en tanto, subió hasta alcanzar la manzana; se la trajo a Cloe, y le dijo para quitarle el enojo:

—Esta manzana, ¡oh virgen!, es creación de las Horas divinas; árbol fecundo le dió sustento; el Sol la maduró y sazonó; nos la conserva la Fortuna. Ciego y necio hubiera sido yo si no la hubiera visto y si la hubiera dejado para que, o bien viniese a caer por tierra, la pisoteasen las reses y la envenenasen los reptiles, o bien permaneciese en la cumbre hasta que el tiempo la acabara, sin más fin que admiración estéril. Venus recibió una manzana en premio de su hermosura. Toma tú ésta por galardón

de igual victoria. Ambas sois bellas y de condición semejante son vuestros jueces, pastor él y yo cabrero.

Esto dijo, y le echó la manzana en el regazo. No bien se acercó, le besó ella. El no se arrepintió de la audacia de haber subido tan alto por un beso más rico que la manzana de oro.

LIBRO CUARTO

Por aquel tiempo llegó de Mitilene un siervo, compañero de Lamón, a quien anunció que poco antes de la vendimia vendría el amo para ver qué daños había causado en sus tierras la incursión de los metimneños. Y como ya iba yéndose el verano, y el otoño se venía encima, Lamón se afanó por disponer un recibimiento en el que todo fuera grato a los ojos. Limpió las fuentes para que el agua corriese pura y cristalina; sacó el estiércol del establo y corrales para que no molestara su mal olor, y aderezó el huerto para que pareciese más ameno.

El huerto era de suyo lindísimo y digno de un rey. Medía en longitud más de un

estadio; estaba en una altura, y contenía sobre cuatro yugadas de tierra. Semejaba extenso llano, y había en él toda clase de árboles: manzanos, arrayanes, perales, granados, higueras y olivos. En algunos puntos la vid trepaba a los árboles, y, enlazada a ellos, lucía sus frutos en competencia con manzanas y peras. Esto en cuanto a los frutales; pero también había allí árboles selváticos y de sombra, como cipreses, lauros, adelfas, plátanos y pinos; en todos los cuales, en vez de la vid, se entrelazaba la hiedra, cuyos corimbos, que eran grandes y negreaban ya, remedaban racimos de uvas. Las plantas que daban fruta estaban en el centro, como para mayor defensa; las estériles, en torno, como muralla. Lo rodeaba y amparaba todo una débil cerca o vallado. No había cosa que no estuviese con cierto orden y primor. Los troncos, separados de los troncos, y en lo alto, mezclándose las ramas y confundiéndose el follaje. Diríase que el Arte se había esmerado a porfía con la Naturaleza. Había, en cuadros y eras, multitud de flores,

que la tierra daba de sí sin cultivo, o que la industria cultivaba: rosas, azucenas y jacintos, criados por la mano del hombre; violetas, corregüelas y narcisos, espontáneamente nacidos. Allí había, en suma, sombra en estío, flores en primavera, frutos en toda estación, y los más deliciosos y exquisitos en otoño. Desde allí se oteaba la ancha vega, y se contemplaban pastores y ganados, y se descubría la mar, y se veían los que por ella iban navegando, lo cual no era pequeña parte de los gustos con que brindaba aquel huerto. En el centro mismo, así de lo largo como de lo ancho, se levantaban un templo y un ara de Baco; el ara, revestida de hiedra, y de pámpanos el templo, por fuera. La historia del dios estaba dentro pintada: Semele, pariendo; Ariadna, dormida; encadenado, Licurgo; despedazado, Penteo; vencidos, los indios; los tirrenos, transformados. Por dondequiera, los Sátiros; por dondequiera, las Bacantes, que danzaban. Ni faltaba allí Pan, quien, sentado sobre una piedra, tañía la zampoña, y daba el mismo son y compás al piso-

teo de los Sátiros en el lagar y al baile de las Ménades.

Tal era el huerto que Lamón se afanaba por cuidar, podando las ramas secas y enredando en festones la vid a los árboles. A Baco le coronaba de flores. Derivaba sin dificultad el agua por las limpias acequias. Había una fuente, que Dafnis había descubierto, la cual regaba las flores. Llamábanla fuente de Dafnis. Lamón, por último, encomendó a éste que engordase las cabras lo más que pudiera, porque el amo, que no había venido en tanto tiempo, iba ahora a verlo todo.

Muy confiado estaba Dafnis en que alcanzaría grandes elogios por las cabras. Las tenía en doble número de las que le habían entregado; el lobo no se había llevado ninguna, y todas estaban más lucias y medradas que las ovejas. Deseoso, no obstante, de hacerse propicio al amo para que consintiese en la boda, ponía el mayor cuidado y solicitud en llevar a pacer las cabras apenas amanecía, y en volver al aprisco tarde. Dos veces al día las llevaba

a beber, y siempre buscaba para ellas los mejores pastos. Se procuró barreños y tarros nuevos, muchas colodras y zarzos más capaces. Y llegó a tal punto su esmero, que barnizó con aceite los cuernos a las cabras, y al pelo le sacó lustre. Al ver cabras tan compuestas, las hubiera tomado cualquiera por el propio sagrado rebaño del dios Pan. Compartía Cloe estos afanes con Dafnis, y, descuidadas sus ovejas, sólo a las cabras atendía, de suerte que imaginaba Dafnis que, por emplearse en ellas Cloe, se ponían tan hermosas.

Atareados andaban en esto, cuando llegó de la ciudad segundo mensajero con orden de vendimiar cuanto antes. El debía quedarse allí hasta que las uvas se hicieran mosto, y entonces volver a la ciudad para acompañar al amo, que no vendría hasta el fin del otoño. A este mensajero, que se llamaba Eudromo, porque su oficio era correr, le trataban todos con la mayor consideración. Entre tanto, cogieron las uvas, las acarrearon al lagar y echaron el mosto en las tinajas, no sin dejar en las cepas

los racimos más gruesos, a fin de que los que iban a venir disfrutasen algo y tuviesen cierta idea de la vendimia.

Cuando Eudromo preparaba su regreso a la ciudad, Dafnis le hizo cuantos regalillos podían esperarse de un cabrero: le dió quesos bien cuajados, un cabrito recién nacido y una blanca piel de cabra, de pelo largo, para que se abrigase durante el invierno en sus caminatas. Eudromo quedó harto pagado del obsequio, y prometió a Dafnis decir de él al amo mil cosas buenas. Se fué, pues, a la ciudad muy amigo de Dafnis.

Se quedó éste receloso y asustado. Y no era menor el miedo de Cloe, porque él era un muchachuelo, sólo acostumbrado a ver cabras y riscos y a tratar con gente rústica y con Cloe, y ahora tenía que ver al señor, de quien ignoraba antes hasta el nombre. Todo se le volvía cavilar cómo se acercaría al señor y le hablaría; y su corazón se azoraba al pensar en que la boda pudiera desvanecerse como un sueño. De aquí que los besos fuesen más frecuentes,

y los abrazos más largos y apretados; pero se besaban con timidez y se abrazaban con tristeza y a hurtadillas, como si el amo estuviera allí y pudiera verlos.

En medio de estas desazones tuvieron un disgusto más grave. Un vaquero de aviesa condición, llamado Lampis, había pedido a Dryas la mano de Cloe, y le había hecho muchos regalos a fin de que conviniese en el casamiento. Sabedor Lampis de que Dafnis la tendría por mujer, si no se oponía el amo, buscó trazas de enemistarle con él, y como lo que más le agradaba era el huerto, resolvió afearle y destrozarle. Si se ponía a talar el arbolado, podrían oír el ruido y sorprenderle, y así prefirió arrancar las flores. Guarecido, pues, por la obscuridad de la noche, saltó por cima de la cerca, arrancó unas plantas y quebró otras, y holló y pisoteó las demás, como los cerdos. Después se fugó con cautela y sin que le viesen.

No bien vino el día, entró Lamón en el huerto para regar las flores con el agua de la fuente, y al ver aquella desolación,

que no la hubiera hecho más cruel un ladrón forajido, se desgarró el sayo y puso el grito en el cielo, con tal furor, que Mirtale, soltando la hacienda que traía entre manos, y Dafnis, abandonando las cabras que llevaba a pacer, acudieron a saber lo que pasaba. Al saberlo, gritaron también y se echaron a llorar. Y no era maravilla que, temerosos del enojo del señor, hiciesen aquel duelo por las flores. Un extraño, si hubiera pasado por allí, hubiera llorado como ellos. Aquel sitio había perdido su gracia y su adorno. No quedaba sino fango y broza. Si alguna flor se había salvado de la injuria, resplandecía aún y estaba hermosa, aunque mustia y tronchada. Las abejas revolaban en torno, y sonaba a lamentación su incesante susurro.

Lamón decía, lleno de angustia: —¡Ay de mis rosales, que me los han roto! ¡Ay de mis violetas pisoteadas! ¡Ay de mis jacintos y narcisos, arrancados de raíz por algún mal hombre! Vendrá la primavera y no renacerán mis flores; vendrá el verano y no desplegarán su pompa y lozanía; ven-

drá el otoño y nadie hará con ellas guirnaldas y ramilletes. Y tú, señor Baco, ¿por qué no tuviste piedad de las infelices, entre las que habitabas, a las que veías, y con las que te coroné tantas veces? ¿Con qué cara enseñaré ahora el huerto al amo? ¿Qué dirá al verle? Sin duda mandará ahorcar de un pino a este viejo sin ventura, como ahorcaron a Marsyas. ¿Y quién sabe si no ahorcarán conmigo a Dafnis, creyendo que por descuido suyo hicieron el destrozo las cabras?

Con tales lamentaciones se acongojaban más y más, y no lloraban por las flores, sino por ellos mismos. Cloe sollozaba y gemía como si Dafnis hubiese de ser ahorcado; pedía al cielo que el señor ya no viniese, y pasaba días amargos imaginando que por lo menos azotarían a su amigo.

Aquella noche llegó Eudromo con la noticia de que el señor mayor sólo tardaría ya tres días en venir, y de que su hijo estaría allí al día siguiente. Se pusieron entonces a discurrir cómo salir de aquel apuro, y pidieron consejo a Eudromo, el cual tenía

buena voluntad a Dafnis, y fué de parecer que declarasen primero al señor mozo lo que había pasado, pues él prometía interceder en favor de ellos, ya que dicho señor le quería y estimaba por ser su hermano de leche. Ellos convinieron en hacerlo así.

Al siguiente día el señor mozo, que se llamaba Astilo, llegó a caballo, en compañía de su parásito Gnatón. Este afeitaba sus barbas hacía no pocos años. Astilo era un mancebo barbiponiente. Lamón, seguido de Mirtale y de Dafnis, se prosternó a los pies del amo mozo, y le rogó se compadeciese de un viejo infortunado y le salvase de la ira de su padre, pues él de nada tenía culpa. Luego le contó el caso sin rodeos. Astilo tuvo piedad del suplicante; fué al huerto, vió el estrago causado en las flores y prometió que para disculpar a Lamón y a Dafnis supondría que sus caballos se habían desatado del pesebre, pisoteándolo todo, desgajándolo y arrancándolo. Lamón y Mirtale, consolados con esto, colmaron al joven de bendiciones, y Dafnis, además,

le hizo varios presentes: chivos, quesos, racimos con pámpanos aún, nidos de pájaros, y manzanas con rama y hojas. Sobresalía entre estos presentes el vino de Lesbos, que huele a flores y es el más grato al paladar de cuantos se beben. Astilo encareció la bondad de todo, y se fué a cazar liebres, como mancebo rico, que sólo pensaba en divertirse, y que había venido al campo a disfrutar de nuevos placeres.

Gnatón, por el contrario, no hallaba placer sino en la comida y en beber hasta emborracharse: era como un sumidero, todo gula, y todo lascivia y pereza. Así fué que no quiso ir a cazar con Astilo, y para entretener el tiempo, bajó hacia la playa, donde se encontró a Dafnis guardando su ganado. Junto a Dafnis estaba Cloe, hermosa como nunca. La vió Gnatón, y quedó al punto prendado de ella. Pensó que en la ciudad no había visto jamás más linda moza. Dafnis, a quien apenas apuntaba el bozo, y que parecía más niño y más dulce aún de lo que era, no infundió el menor respeto al parásito. Y como la za-

gala era sencilla y humilde, juzgó fácil empresa deslumbrarla y lograrla. A este fin empezó por elogiar sus ovejas; luego la elogió a ella; luego trató de alejar a Dafnis, y no pudo conseguirlo, y, por último, movido de una pasión que a los más cuerdos roba la prudencia, tomó a Cloe entre sus brazos y la besó repetidas veces, aunque ella se resistía. Dafnis acudió a interponerse, y se interpuso entre ambos cuando Gnatón quería renovar los besos, haciendo poca cuenta de quién se le oponía, y creyéndole débil, o tan respetuoso que el respeto le ataría las manos. Por dicha, no fué así: Dafnis rechazó a Gnatón con tremendo brío, y como Gnatón, según su costumbre, estaba borracho y poco firme sobre sus piernas, dió consigo en el suelo cuan largo era, donde Dafnis, ciego de cólera, le pateó a su sabor y con alguna saña. Viendo después que el vencido y pateado no bullía, Dafnis tuvo miedo de su proeza y echó a huir, seguido de Cloe, dejando el hato en abandono.

Con la afrenta y el dolor se le disiparon

a Gnatón los vapores del vino; calculó que era muy ridículo quejarse y contar lo que había ocurrido, y determinó callárselo; pero más empeñado que antes en conseguir su propósito, resolvió pedir a Astilo, que nada le negaba, que se llevase a Dafnis a la ciudad y quedase él luego algún tiempo en aquel campo, donde ya sin estorbo podría lograr a Cloe. Por lo pronto, sin embargo, no pudo Gnatón hallar momento oportuno de hacer su petición. Dionisofanes y su mujer Clearista acababan de llegar, y todo era ruido y alboroto de caballerías y criados, de hombres y mujeres. Gnatón tuvo tiempo de preparar un elegante y prolijo discurso, en que pintaba a Astilo su amor, a fin de conmoverle.

Dionisofanes tenía ya entrecanos barba y cabellos; pero era un señor alto y hermoso, y tan robusto, que daría envidia a los mancebos. Era, además, rico como pocos, y muy digno y respetable. Lo primero que hizo el día en que llegó fué sacrificar a los dioses que gobiernan las cosas campestres: a Ceres, a Baco, a Pan y a las

Ninfas. Luego dió un banquete a todas las personas que estaban allí. En los días siguientes inspeccionó los trabajos de Lamón. Y habiendo visto en los campos los hondos surcos del arado, la lozanía de pámpanos en las viñas y el huerto tan ameno (pues en lo tocante al estrago de las flores Astilo tomó para sí la culpa), se alegró mucho, alabó a Lamón y le prometió la libertad.

Después de esto fué a ver las cabras y a ver al cabrero que las cuidaba. Cloe se escondió entre la arboleda, temerosa y avergonzada de aquel gentío. Dafnis quedó solo, y se mostró revestido de una peluda piel de cabra y llevando un zurrón flamante al hombro, en la mano izquierda quesos recién cuajados y en la derecha dos cabritillos de leche. Ni Apolo, cuando estuvo de pastor al servicio de Laomedonte, apareció tal como entonces apareció Dafnis, quien, lleno de rubor, sin hablar palabra y los ojos inclinados al suelo, presentó sus dones. Lamón dijo: —Este, ¡oh señor!, es tu cabrero. Me entregaste cincuenta cabras y

dos machos, y él las ha aumentado hasta ciento. ¡Mira qué gordas y lucias están, qué pelo tan largo y espeso, y qué cuernos tan enteros y sanos! Estas cabras, además, han aprendido la música, y al son de la zampoña lo hacen todo.

Clearista, que estaba allí presente, deseó ver aquella habilidad de las cabras, y mandó a Dafnis que tañese la zampoña como solía, ofreciendo en premio, si lo hacía bien, regalarle camisas, un sayo y un par de zapatos. Dafnis, al punto, puestos todos en cerco en torno de él, y de pie él bajo la copa del haya, sacó la zampoña del zurrón, y apenas la hizo sonar un poco, las cabras se pararon atentas y levantaron las cabezas. Después tocó el toque del pasto, y las cabras bajaron las cabezas y pacieron. Dió en seguida la zampoña un son blando y suave, y las cabras se echaron. Luego fué agudo el son, y las cabras huyeron al soto como perseguidas de un lobo. Tocó, por último, llamada, y saliendo del soto, las cabras todas corrieron a echarse a sus pies. Nadie vió jamás siervo alguno que obede-

ciese más listo a una señal de su amo. De aquí que todos los circunstantes se quedaron pasmados, y sobre todo Clearista, la cual juró que daría más de lo ofrecido a aquel cabrero tan músico y tan guapo. Después todos se fueron a la quinta y comieron, y enviaron a Dafnis de la comida de los señores. El la compartió con su zagala, muy complacido de probar los manjares de la ciudad, y con grandes esperanzas de lograr el permiso de los amos para su casamiento.

Gnatón, entre tanto, más obstinado aún en su amor, a pesar de la pateadura, y creyendo que su vida sin Cloe sería amarga y sin objeto, se aprovechó de un instante en que Astilo se paseaba en el huerto a solas; le llevó al templo de Baco, y le besó las manos y los pies. Astilo le preguntó por qué hacía tales extremos; le mandó que se explicase, y juró darle auxilio en su cuita. —Ya se perdió y pereció Gnatón, mi amo, dijo Gnatón entonces. Yo, que hasta aquí no amaba más que una buena mesa, y nada hallaba más lindo y apetitoso que el

vino añejo, y estimaba a tu cocinero más digno de adoración y de afecto que a todas las muchachas de Mitilene, sólo juzgo ahora digna y amable a la zagala Cloe. Yo me abstendría de comer todos los delicados manjares que de ordinario se sirven en tu casa, carnes, pescados, bollos y confites de miel, y, convertido en corderito, me alimentaría de la hierba, dejándome guiar por la voz de Cloe y por su cayado. Salva a tu Gnatón; vence su amor invencible. De lo contrario, lo juro por el dios de mi mayor devoción, agarro un cuchillo, me lleno bien la panza de comida, me mato a la puerta de Cloe y no tendrás a quién llamar Gnatoncillo, jugando y burlando, como es tu costumbre.

No pudo aquel magnánimo mancebo, que además conocía lo que son penas de amor, ver sin piedad las lágrimas de Gnatón, que de nuevo le besaba los pies. Prometióle, pues, que pediría a Dafnis a su padre y que se le llevaría a la ciudad como criado, dejando a Cloe sin aquel estorbo, a fin de que Gnatón la tuviese a todo su talante. De-

seoso luego Astilo de embromar a Gnatón, le preguntó, riendo, si no le daba vergüenza de amar a una rústica y de acostarse con una zagala que por fuerza había de oler pícaramente. Pero Gnatón, que había aprendido en los banquetes de mozos alegres y enamorados cuanto hay que saber y decir en la materia, contestó, defendiéndose: —El que ama, señor mío, no repara en nada de eso. No hay en el mundo objeto que no pueda inspirar una pasión, con tal de que en él resplandezca la hermosura. Ha habido amadores de una planta, de un río y de una fiera. ¿Y quién más digno de lástima que el amador a quien infunde miedo el amado? En cuanto a mí, si la que amo es por la suerte de servil condición, por la belleza es y puede ser señora. Sus cabellos son rubios como las espigas granadas; sus ojos brillan bajo las cejas como piedras preciosas en engaste de oro; su cara está teñida de suave rubor, y en su fresca boca se ven dientes como el marfil de blancos. ¿Quién tan insensible al amor, que no anhele besar tal boca? En esto de

amar a las pastoras y gente del campo, ¿qué hago yo más que imitar a las deidades? Vaquero fué Anquises, y Venus le tomó para querido. Pitis, amada de Pan y de Bóreas, y Maya misma, tan amada de Júpiter, ¿eran al cabo más que pastoras? No menospreciemos a Cloe porque lo es, sino demos gracias a los dioses de que, enamorados de ella, no nos la roban y se la llevan al cielo.

Astilo rió y celebró este discurso, diciendo que Amor hacía a los grandes oradores. Luego trató de hallar ocasión en que pedir a su padre que le diese a Dafnis para criado.

Eudromo había estado escondido oyendo toda la conversación, y como quería a Dafnis y le tenía por excelente mozo, se afligió mucho de que la gentil zagala viniese a ser ludibrio de aquel borracho, y fué al punto a contárselo todo a Lamón y al mismo Dafnis. Consternado éste, pensó en huir robando a Cloe o en matarla y matarse; pero Lamón, llamando a Mirtale al patio, le dijo:

—Estamos perdidos, mujer. Llegó ya la

ocasión de revelar lo que teníamos oculto. Queden sin guía las cabras y quedémonos sin apoyo; pero, por Pan y por las Ninfas, aunque yo me trueque en buey atado al pesebre, no me callaré sobre la condición de Dafnis, sino que referiré cómo fué hallado y alimentado, y mostraré las prendas que estaban expuestas junto a él. Es menester que sepa Gnatón quién es el mozo de cuya novia quiere burlarse. Tú, ten prontas las señales de reconocimiento.

Dichas estas palabras, ambos entraron de nuevo en la habitación.

Habiendo hallado Astilo propicio a su padre, le pidió que le dejase llevar a Dafnis a Mitilene, asegurando que era un gallardo mancebo, más propio para la ciudad que para el campo, y que pronto aprendería a servir bien y a tener modales urbanos. Accediendo gustoso el padre, llamó a Lamón y a Mirtale, y les dió como buena nueva la de que Dafnis, en vez de estar al servicio de las cabras, iba a entrar en el de su hijo. En cambio del cabrero que les quitaba, les ofreció, por último, dos cabreros. Entonces

Lamón, cuando ya todos los criados habían acudido y se alegraban de tener tan gentil compañero, pidió licencia para hablar, y habló de esta suerte: —Escucha, ¡oh, señor!, la verdad misma de los labios de este viejo. Juro por Pan y por las Ninfas que no te engañaré en nada. Yo no soy el padre de Dafnis, ni tuvo Mirtale la dicha de ser madre suya. Otros padres le expusieron cuando pequeñuelo, por tener ya, sin duda, hijos de sobra. Yo le encontré abandonado y tomando la leche de una cabra, a la cual, cuando murió, de muerte natural, di sepultura cerca del huerto, con el amor que se debe a quien hizo tan bien el oficio de madre. Yo encontré, además, con el niño ciertas alhajas, que pueden servir en su día para reconocerle. Confieso, señor, que conservo aún dichas alhajas. Por ellas se verá que Dafnis es de clase superior a la nuestra. No creas, sin embargo, que me duele que Dafnis sea criado de tu hijo: sería un galán servidor para dueño no menos galán. Lo que me duele, y lo que no puedo tolerar, es que todo se haga por un liviano

antojo de Gnatón y por sus dañados propósitos.

Dicho esto, Lamón se calló y derramó abundantes lágrimas. Gnatón, envalentonado, le amenazó con una paliza; pero Dionisofanes, pasmado de lo que acababa de oír, impuso silencio a Gnatón, arqueando las cejas y mirándole fosco; luego interrogó a Lamón, y le mandó que dijese la verdad, y que no procurase oponerse con embustes a la voluntad de su hijo. Lamón se sostuvo en lo dicho, lo juró por todos los dioses, y pidió que le diesen tormento si mentía. Llegó en esto Clearista, y no bien averiguó lo que pasaba: —¿Por qué, dijo, había de mentir Lamón? ¿No le dan dos cabreros en vez de uno? ¿Cómo ha de inventar un rústico tan sutil patraña? Por otra parte, ¿no es increíble que de tan pobre viejo y de tan ruin madre haya nacido tan hermoso muchacho?

Decidieron, pues, no engolfarse en más conjeturas, sino ver y examinar las prendas, por si denunciaban, en efecto, la superior condición que Lamón presumía.

Mirtale fué al punto a sacarlas de un viejo zurrón en que las tenía guardadas. Cuando las trajo, el primero que las vió fué Dionisofanes. Al mirar la mantilla de púrpura, la hebilla de oro y el puñalito con puño de marfil, dió un grito, exclamando: "¡Oh, señor Júpiter!", y llamó a su mujer para que examinase aquellas prendas. Esta, no bien las hubo mirado, exclamó de la misma manera: "¡Oh, queridas Parcas! ¿No son éstas las prendas que expusimos con nuestro propio hijo cuando le enviamos con la sierva Sofrosina para que le abandonase en el campo? No son otras; son éstas, marido. El muchacho es nuestra sangre. Hijo tuyo es el que guarda tus cabras."

Mientras ella hablaba así, y Dionisofanes besaba las prendas del reconocimiento, llorando de puro gozo, Astilo se enteró de que Dafnis era su hermano; se desembarazó de la capa y dió a correr por el huerto para ser el primero en abrazarle. Al ver Dafnis que venía en pos de él tanta gente corriendo y llamándole por su nombre, pensó que querían prenderle; tiró al suelo el

zurrón y la zampoña, y huyó hacia la mar, resuelto a arrojarse en ella desde lo alto de una roca. Y de seguro lo hubiera hecho, siendo así, por extraño caso, tan pronto hallado como perdido, si Astilo, recelando su intento, no le gritase otra vez: —Tente, Dafnis, y no temas. Yo soy tu hermano. Son tus padres los que hace poco eran tus amos. Lamón nos contó lo de la cabra y nos enseñó las prendas. Vuélvete y mira qué alegres y risueños estamos. Bésame a mí primero. ¡Juro por las Ninfas que no te engaño!

Paróse Dafnis al oír este juramento, y Astilo le alcanzó y le estrechó en sus brazos. Después acudió multitud de criados y criadas, y, por último llegaron el padre y la madre. Todos le abrazaron y le besaron con lágrimas de contento. El, por su parte, estuvo cariñoso con todos, y en particular con su madre y su padre, a quienes, como si de antiguo los conociese, estrechaba contra su seno, sin hartarse de abrazarlos: tan rápida y poderosa impone Naturaleza su ley. Casi se olvidó Dafnis por un instante de Cloe.

Con esto se le llevaron a la quinta y le dieron, para que se vistiese, un costoso vestido nuevo. Sentándose después con Astilo al lado de su padre le oyó decir estas razones: —Yo, hijos míos, me casé muy temprano, y a poco fuí padre, según yo pensaba, muy dichoso. Primero tuve un hijo, luego una hija, y Astilo fué el tercero. Estos tres eran los que convenían para mi casa y mi hacienda. Vino este otro después de todos, y tuve que exponerle. No se expusieron, a la verdad, estas prendas como señales para reconocerle más tarde, sino como ornamento de su sepulcro. La fortuna lo dispuso de otra manera. Mi hijo mayor, y también mi hija, murieron ambos de la misma enfermedad y en el mismo día. Tú, Dafnis, por la providencia de los dioses, te has salvado para que yo tenga en la vejez doble apoyo. No me aborrezcas por haberte expuesto. Muy a despecho mío lo hice. Y tú, Astilo, no te aflijas de contar ahora sólo con parte cuando contabas con toda la herencia. El mayor bien para un hombre discreto es un buen hermano. Amaos, pues,

mis hijos; y en cuanto a los bienes, nada tendréis que envidiar a los príncipes. Ambos poseeréis pingües fincas y siervos ágiles, y oro y plata, y todas aquellas cosas que poseen los ricos y poderosos. Mas desde luego doy a Dafnis este campo, en que se ha criado, con Lamón y Mirtale, y con las cabras de que él mismo ha sido pastor.

Apenas acabó dichas palabras, Dafnis se levantó y dijo: —En buena ocasión me lo traes a la memoria, padre mío. Voy a llevar a beber a las cabras, que aguardan sedientas el son de mi zampoña, mientras que estoy aquí sentado.—Todos rieron de que, habiendo llegado a ser señor, quisiese ser cabrero todavía, y enviaron a un nuevo cabrero a que cuidase de las cabras. Sacrificaron después a Júpiter Salvador y dispusieron un banquete. A este banquete, el único que faltó fué Gnatón, el cual, lleno de miedo, se pasó el día y la noche en el templo de Baco, orando y haciendo penitencia.

Pronto cundió la fama por todas partes de que Dionisofanes había hallado a su hijo,

y de que el cabrerillo Dafnis se había cambiado en señor terrateniente, y de acá y de acullá acudieron los rústicos a felicitar al mozo y a traer presentes a su padre. Entre ellos vino Dryas, el padre adoptivo de Cloe. Dionisofanes los detuvo a todos para que participasen del regocijo y de la fiesta. De antemano se había preparado vino en abundancia, mucho pan, chochas y patos, lechoncillos y gran variedad de tortas y confites de miel. Se mataban, además, no pocas víctimas a los dioses titulares de aquellos sitios. Dafnis, en tanto, reunió todos sus trastos pastoriles para repartirlos como ofrenda entre los dioses. Consagró a Baco el zurrón y el pellico; a Pan, el pífano y la zampoña, y a las Ninfas, el cayado y los dornajos y las colodras, que él mismo había hecho; pero la vida de la primera juventud es aún más grata que la riqueza, y Dafnis se apartaba con lágrimas de cada uno de estos objetos. No ofreció las colodras, sin ordeñar antes las cabras; ni el pellico, sin ponérsele por última vez; ni la zampoña, sin tañerla. Todo lo besó;

habló con las cabras, y llamó por sus nombres a los machos. Bebió, por último, en la fuente donde tantas veces había bebido con Cloe; pero no se atrevió a hablar aún de su amor, aguardando ocasión propicia.

Mientras Dafnis andaba en tales sacrificios, Cloe, solitaria y llorosa, estaba sentada viendo pacer su ganado, y se lamentaba de esta suerte: —Dafnis me olvida. Sin duda piensa ya en una novia rica. ¿Por qué exigí que jurase, no por las Ninfas, sino por las cabras? Las abandona como a mí. Ni al hacer ofrendas a Pan y a las Ninfas deseó ver a Cloe. Tal vez halló más bonitas que yo a las criadas de su madre. Adiós, Dafnis, y sé dichoso. Yo no viviré.

Exhalando estaba Cloe estas sentidas quejas, cuando el vaquero Lampis, acompañado de algunos labriegos, vino a robarla, creyendo que Dafnis ya no se casaría con ella, y que Dryas consentiría luego en dársela a él. La cuitada, resistiéndose al rapto, daba lastimeros gritos, y alguien que la oyó fué a decírselo a Napé. Napé se lo dijo a Dryas, y Dryas a Dafnis. Este, fue-

ra de sí, sin atreverse a decir nada a su padre, y no pudiendo, con todo, tolerar aquella injuria, salió del huerto, diciendo:

—¡Malhaya el reconocimiento de mi padre! ¡Cuánto más valiera seguir de pastor! ¡Cuánto más feliz era yo cuando siervo! Entonces veía a Cloe. Ahora Lampis la roba, se la lleva, y esta noche dormirá a su lado. Y yo como y bebo y me deleito. En vano juré por Pan, por las Ninfas y por las cabras.

Gnatón, que estaba oculto en el templo de Baco, oyó estas lamentaciones de Dafnis, y juzgando oportuna la ocasión de ganarse su voluntad y de conseguir que le perdonara, salió de su escondite y dijo a Dafnis que él era allí el amo y que podía disponer de los criados para cualquier empresa. Llamando entonces Dafnis a algunos de los que servían a Astilo, se fué con ellos y con Gnatón a casa de Lampis con tal diligencia y prontitud, que le sorprendió cuando acababa de llegar con Cloe, y la sacó por fuerza de entre sus manos, dando de palos a los rústicos que habían con-

currido al robo y queriendo llevar cautivo a Lampis, que logró fugarse.

Dafnis perdonó a Gnatón, y le concedió su amistad después de tan buen consejo y auxilio, y libertada ya Cloe, convino con ella en callar aún lo de la boda, en verse de oculto y en que Dafnis descubriese sólo su amor a su madre. Pero Dryas no lo consintió, y halló más conveniente decírselo todo al padre, confiado en que le persuadiría. Al día siguiente, pues, se echó en el zurrón las prendas de reconocimiento, y se fué en busca de Dionisofanes y de Clearista, a quienes halló sentados en el huerto. Astilo y el propio Dafnis estaban también allí. En silencio todos, habló Dryas de esta manera:

—Igual necesidad que a Lamón, me manda descubriros un secreto que he guardado hasta ahora. Ni yo he engendrado a la zagala Cloe, ni he sido el primero en sustentarla. Otro fué su padre, y yo la encontré en la gruta de las Ninfas, alimentada por una oveja. Maravillado del hallazgo, tomé conmigo a la niña y la crié en mi casa. Testimonio de la verdad de lo que digo da su

propia hermosura, en nada semejante a nosotros. Testimonio dan también estas prendas, más ricas que las que suelen tener los pastores. Vedlas, y buscad a los padres de la doncella, quien tal vez os parezca un día digna consorte de Dafnis.

No sin intención dejó escapar Dryas estas últimas palabras. Dionisofanes no las oyó en balde tampoco, sino que, dirigiendo la mirada hacia Dafnis, y advirtiendo que se ponía pálido y que no acertaba a ocultar el llanto, comprendió que tenía amores con Cloe. Y con la solicitud que hubiera tenido por su propia hija, y no por una extraña, examinó atentamente las razones del viejo.

Vió también las prendas, a saber, las chinelas, la toquilla y las ajorcas, y luego hizo venir a Cloe a su presencia, y la exhortó a que se alegrase, pues ya tenía marido, y pronto hallaría también a su padre y a su madre. Por último, Clearista se llevó consigo a la doncella y la aderezó y compuso como si fuese mujer de su hijo.

Dionisofanes, apartándose a un lado con Dafnis, le preguntó en confianza y con si-

gilo si Cloe conservaba aún la doncellez. Dafnis juró que no había pasado del beso, del abrazo y de las mutuas promesas, con lo cual se holgó el padre, y le dijo que se pusieran a comer con él.

Allí se hubiera podido aprender cuánto el adorno realza la hermosura, porque Cloe, bien vestida, graciosamente peinado y trenzado el cabello, y recién lavada la cara, parecía más bella que nunca, tanto que el propio Dafnis apenas la reconocía. Jurara cualquiera, sin ver otras prendas y señales, que no era Dryas el padre de tan gallarda moza.

Dryas, no obstante, estaba en el festín con Napé, y tenían por compañeros en el mismo lecho a Lamón y Mirtale.

Pocos días después se hicieron sacrificios a los dioses y ofrendas por amor de Cloe, y ella les consagró sus baratijas pastoriles: flauta, zurrón, pellico y colodras. Vertió, además, vino en la fuente de la gruta, porque allí encontró amparo; adornó con flores el sepulcro de la oveja, que le mostró Dryas; volvió aún a tocar la flauta

para alegrar el ganado, y a las propias Ninfas les dió música, pidiéndoles que parecieran pronto sus padres, y que fueran dignos de la alianza con Dafnis.

Después que se hartaron de diversiones campesinas, decidieron volver a la ciudad, a fin de buscar a los padres de Cloe y no retardar más su boda con Dafnis. Muy de mañana cargaron el equipaje, y dieron a Dryas tres mil dracmas, y a Lamón la mitad de las mieses y de la vendimia de aquellos campos, las cabras y los cabreros, cuatro yuntas de bueyes, buenos pellicos para el invierno y la libertad de su mujer. Se fueron, por último, a Mitilene con mucho aparato y pompa de carros y de caballos.

Como llegaron muy de noche a la ciudad, nadie se enteró de lo ocurrido; pero al día siguiente se reunió a las puertas de Dionisofanes gran multitud de hombres y de mujeres: ellos, para felicitarle por haber hallado a su hijo, sobre todo viéndole tan guapo mozo, y las mujeres, para holgarse con Clearista de que había logrado a la vez hijo y nuera. Cloe las sorprendió a todas

por su rara hermosura, que les pareció sin par. En suma: nadie hablaba en la ciudad sino del muchacho y de la zagala, augurando mil venturas de su enlace. Rogaban también a los dioses que Cloe hallase padres dignos de su beldad, y hubo no pocas mujeres ricas que de buena gana hubieran pasado por madres de hija tan hermosa.

Entre tanto, Dionisofanes, después de mucho cavilar, se quedó profundamente dormido, y tuvo un sueño. Creyó ver a las Ninfas pidiendo a Amor que se llevase pronto a cabo la boda prometida. Y Amor, aflojando la cuerda del arco y poniéndoselo al hombro junto a la aljaba, ordenó a Dionisofanes que convidase a un gran banquete a todos los sujetos de más fuste de la ciudad, y que, al ir a llenar los últimos vasos, mostrase a los convidados las prendas halladas con Cloe y mandase cantar el canto de Himeneo.

Visto y oído este sueño, Dionisofanes madrugó, y dispuso una opípara comida, donde hubiese cuanto se cría de más delicado y sabroso en tierra y en mar, en ríos y en

lagos. Luego convidó a su mesa a todos los señores principales.

Ya era de noche, y estaba lleno el vaso con que suele hacerse libación a Mercurio, cuando entró un criado trayendo las prendas en un azafate de plata, y dando vuelta a la mesa se las enseñó a todos. Ninguno las reconoció; pero un cierto Megacles, que por su ancianidad estaba reclinado en un extremo, las reconoció apenas las vió, y dijo con voz alta y firme: —¡Cielos! ¿Qué veo? ¿Qué ha sido de ti, hija mía? ¿Vives aún? ¿Qué pastor guardó, por dicha, estas prendas? Ruégote, ¡oh Dionisofanes!, que me digas dónde las hallaste. No envidies, pues tienes a Dafnis, que yo también la tenga.

Quiso Dionisofanes que, antes de todo, contase Megacles cómo había expuesto a la niña, y éste, con el mismo tono de voz, dijo: —Tiempo ha que me veía yo muy pobre, por haber gastado casi todos mis bienes en juegos públicos y en naves de guerra. Estando en estos apuros, me nació una hija. Se me hizo muy duro criarla en tanta pobreza, y la expuse con estas alhajas, calcu-

lando que muchas personas, que no tienen hijos naturales, desean ser padres, adoptando por hijos a los expósitos. La niña lo fué en la gruta de las Ninfas y confiándola yo a su cuidado. Desde entonces mis riquezas han aumentado de día en día, sin tener yo heredero a quien dejarlas, porque no volví a tener otra hija; y como si los dioses quisieran burlarse de mí, se me aparecían en sueño por la noche, ofreciéndome que me haría padre una oveja.

Dionisofanes hizo, al oír tales palabras, mayores exclamaciones aún que las que Megacles había hecho, y dejando el festín fué a buscar a Cloe y la trajo muy adornada y bizarra. Al entregársela a su padre, le dijo: —Esta es la niña que expusiste. Por disposición de los dioses, te la ha criado una oveja, como una cabra a Dafnis. Tómala con las prendas, y al tomarla, dásela a Dafnis por mujer. Los dos expusimos a nuestros hijos, y los dos los hallamos ahora. Amor, Pan y las Ninfas nos los han salvado.

Megacles convino en todo, y mandó lla-

mar a su mujer, cuyo nombre era Rodé, teniendo siempre a Cloe entre sus brazos. Megacles y Rodé se quedaron a dormir allí, porque Dafnis había jurado que nadie, ni su propio padre, sacaría a Cloe de la casa. A la mañana siguiente, Cloe y Dafnis decidieron volverse al campo, porque no podían sufrir la vida de la ciudad, y deseaban hacer bodas pastoriles. Regresaron, pues, a la quinta donde estaba Lamón, e hicieron que Megacles conociese a Dryas, y Rodé a Napé.

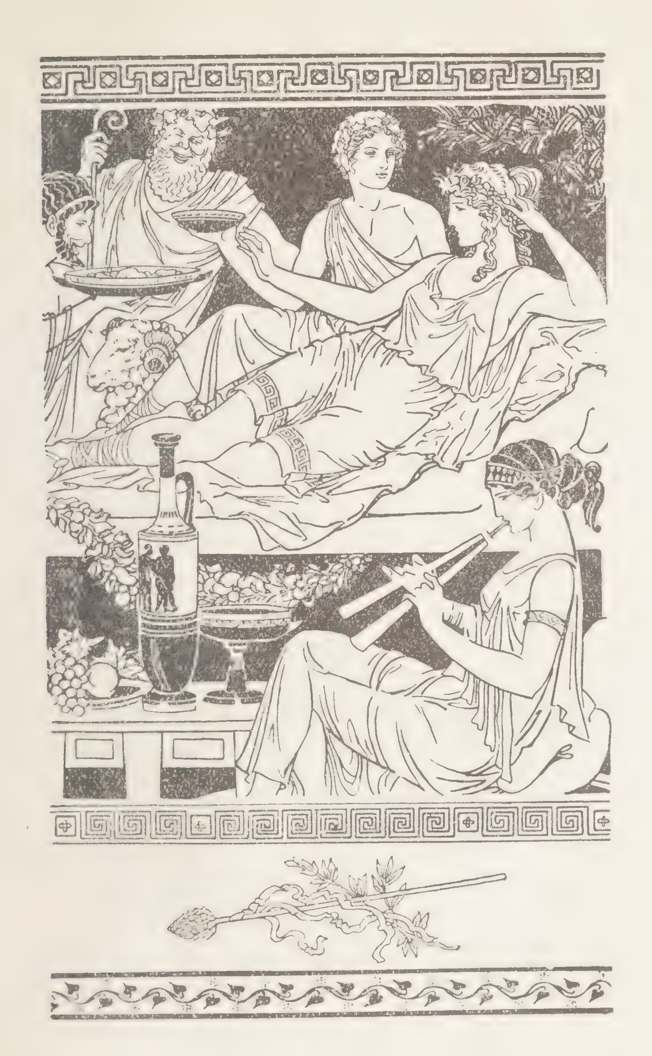
Todo se preparó allí con esplendidez para la fiesta de la boda.

Megacles consagró a su hija Cloe a las Ninfas, y suspendió como ofrenda en la gruta, a más de otros objetos ricos, las prendas de reconocimiento. A Dryas, sobre los tres mil dracmas recibidos, le dió para completar diez mil.

Viendo Dionisofanes que el tiempo era excelente, mandó aderezar lechos de verdes hojas en la gruta, donde se reclinaron los rústicos para gozar de espléndido banquete. Asistieron Lamón y Mirtale, Dryas y

Napé, los parientes de Dorcon, Filetas y sus hijos, Cromis y Lycenia. Ni Lampis faltó, después de conseguir que le perdonasen. Y como la fiesta era de rústicos, todo allí fué al uso campesino y labriego. Cantaron unos el cantar de los segadores; otros hicieron las farsas y burlas que suelen hacerse cuando la vendimia; Filetas tocó la zampoña; Lampis tocó el clarinete; Dryas y Lamón bailaron. Dafnis y Cloe no dejaron de besarse. Las cabras mismas pacían allí cerca, como si tomasen parte en la función, lo cual no era muy grato a los de la ciudad. Dafnis las llamaba por sus nombres, les daba verde fronda, las agarraba por los cuernos y las besaba.

Y esto no fué sólo en aquella ocasión, sino también en lo sucesivo, porque Dafnis y Cloe hicieron casi de continuo vida pastoril, adorando a los dioses y profesando especial devoción a Pan, a Amor y a las Ninfas. Aunque llegaron a ser poseedores de mucho ganado lanar y cabrío, nunca hubo manjar que les supiese mejor que leche y fruta. Al primer hijo varón que tu-



vieron le dieron por nodriza una cabra, y a la criatura segunda, que fué una niña, la hicieron mamar de una oveja. Al varón le pusieron por nombre Filopoemén, y a la niña Ageles. Así vivieron largos y felices años. Y no descuidaron tampoco el adorno de la gruta, sino que erigieron nuevas imágenes de Ninfas; levantaron un altar a Amor pastoril, y a Pan, en vez de la copa del pino a cuya sombra estaba, le edificaron un templo, bajo la advocación de Pan Batallador.

Todo esto, sin embargo, ocurrió mucho más tarde. Por lo pronto, llegada la noche, cuantos estaban allí llevaron a los novios al tálamo. Unos tocaban flautas, otros tocaban clarines, y otros iban con antorchas. Cerca ya de la puerta de la cámara nupcial, la comitiva cantó de Himeneo, con voz tan áspera y desacorde, que no parecía que cantaban, sino que arañaban pedruscos con almocafres.

Dafnis y Cloe, a pesar de la música, se acostaron juntos desnudos; allí se abrazaron y se besaron, sin pegar los ojos en

toda la noche, como lechuzas. Y Dafnis hizo a Cloe lo que le había enseñado Lycenia, y Cloe conoció por primera vez que todo lo hecho antes entre las matas y en la gruta no era más que simplicidad o niñería.

Madrid, 1880.

FIN

NOTAS

I. El título de la obra, en griego, es Λόγγου ποιμενιῶν τῶν κατὰ Δάφνιν καὶ Κλόην βίβλοι (λόγοι) τέσσαρες que puede traducirse: *Los cuatro libros de las pastorales de Longo, o Dafnis y Cloe.* A fin de seguir el gusto y el estilo modernos, hemos invertido y modificado los términos del título. Ponemos por título principal de esta novela *Dafnis y Cloe,* y añadimos luego *Las pastorales de Longo,* para indicar el género a que pertenece la obra y el nombre, verdadero o supuesto, de quien la compuso.

De esta novela no conocemos traducción ninguna en castellano.

En otros idiomas, o conocemos o hemos visto citadas muchas traducciones. Las más famosas son: en latín, la de Gothofredo Jungermann, de 1605, y la de Pedro Moll, de 1660. En francés, la de Santiago Amyot, obispo de Auxerre, y la de Pablo Luis Courier, que corrige y completa la traducción del citado obispo. En italiano, la del comendador Aníbal Caro, la de Manzini y la de Gozzi. En inglés, la de Jorge Thornley, 1657, y la de Jacobo Craggs, 1764. Y en alemán, las de Grillo, Krabinger y Passow en 1765, 1803 y 1811.

Tenemos también una traducción sobrado libre de *Dafnis y Cloe*, hecha en hermosos hexámetros latinos, por Lorenzo Gambara, y dedicada al célebre Antonio Perenott, cardenal Granvela, a la sazón virrey de Nápoles.

Para hacer esta traducción española hemos seguido el texto griego completo, publicado por Courier y enmendado por Sinner: París, Fermín Didot, 1829. Hemos tenido a la vista y consultado la traducción francesa en latín de la edición bipontina y la traducción francesa de Amyot, *revue, corrigée, completée, de nouveau refaite en grande partie par P. L. Courier.*

En nuestra traducción de los tres primeros libros hemos procurado ser tan fieles al original cuanto es posible en una lengua moderna de Europa. Nos lisonjeamos de que en punto a fidelidad hemos vencido a Courier, como podrán ver los inteligentes, si comparan con el original ambas traducciones.

En el cuarto libro nos hemos atrevido a hacer bastantes alteraciones: algo parecido a lo que llaman un arreglo. Esto no quita que muchos párrafos (más de la mitad de dicho libro cuarto) estén también traducidos por nosotros con la mayor exactitud. Sólo hemos variado unos lances originados por cierta pasión repugnante para nuestras costumbres, sustituyéndolos con otros fundados en más naturales sentimientos.

Fué nuestro primer propósito hacer nuestra traducción en lo que han dado en llamar *fabla antigua*, esto es, en el castellano del siglo XIV o del siglo XV. Para imitar bien el candor y la sencillez del texto, tal vez hubiera sido esto convenientísimo; pero, en nuestro sentir, requería un trabajo

ímprobo si había de hacerse con conciencia y evitando el peligro de inventar una *fabla antigua*, que jamás se hubiese hablado. Para Courier, que ha hecho su traducción en francés arcaico, la empresa no era tan ardua; tenía por modelo a Amyot, que le guiaba mientras él le corregía. Por otra parte, yo entiendo que, sin procurar expresamente lo arcaico, siguiendo bien el texto, buscando las palabras propias y los giros más adecuados, y huyendo de las frases hechas y con frecuencia amaneradas del estilo novísimo, resulta un castellano bastante candoroso y que parece antiguo. El público juzgará si hemos conseguido esto en nuestra traducción.

II. Dice el proemio: *y habiendo buscado a alguien que me explicase bien la pintura, compuse estos cuatro libros.* P. L. Courier traduce: *si cherchai quelq'un qui me les donna á entendre par le menu, et ayant le tout entendu, en composai ces quatre libres.* Yo empleo quince palabras, y P. L. Courier veintidós, para decir lo que dice en ocho el autor griego: καὶ ἀυαζητησάμενος ἐξηγητήν τῆς εἰκόνος, τέτταρας βίβλους ἐξεπονησάμην. Depende esto, no sólo de la riqueza de formas de la lengua griega, sobre todo en participios, que hace que se pueda decir más en menos palabras, sino también de nuestro empeño de no sobreentender nada, diciéndolo todo. Claro está que, cuando el autor buscó a alguien *qui me les donna á entendre par le menu*, no se contentó con buscarle, sino que también le oyó la explicación; pero esto se cae de su peso y no era menester decirlo. El original no lo dice. P. L. Courier pone, pues, de su cosecha, *et ayant le tout entendu*. En otras ocasiones añade tam-

bién, o ya porque lo cree necesario para mayor claridad, o bien porque halla alguna frase que le parece bonita. Yo he procurado evitar tales amplificaciones y adornos, y si a veces he incurrido en ellos, no ha sido con tanta frecuencia como P. L. Courier.

La observación que acabamos de hacer pudiera repetirse con frecuencia. No lo haremos, por no pecar de prolijos. Nos limitaremos a citar otro solo ejemplo, tomado también del proemio. Dice el original: τὸν ἐρασθέυτα ἀναμνήσει, τόν οὐκ ἐρασθέντα προπαιδεύσει. Son siete palabras. Traduce Courier: *peut remettre en memoire de ses amours celui qui autrefois aura été amoureux et instruire celui qui ne l'aura encore point été.* Son veintitrés palabras. Traduzco yo: *recordará de amor al que ya amó, y enseñará el amor al que no ha amado nunca.* Son diecisiete palabras.

III. *A unos doscientos estadios de Mitilene,* yo traduzco de ὅσον ἀπὸ σταδίων διακοσίων; en latín, *stadia circiter ducenta. Estadio* es palabra perfectamente castellana en este sentido, y significa la distancia o longitud de 125 pasos geométricos. P. L. Courier pone: *environs huit ou neuf lieues loin de cette ville de Mitylène.* En este caso confieso que no choca mucho que modernice la unidad de medida para las largas distancias, pero entiendo que está mejor, ya que la historia sucede en Grecia y en tiempos antiguos, conservar los usos y costumbres de entonces. Más claro se comprende esto, y se ven el anacronismo y el desentono que de semejante exceso de traducción resultan, cuando en el mismo cuento de Dafnis y Cloe se habla de *dracmas,* dinero, y traduce Courier *escudos.* Yo

prefiero poner *dracmas,* y no traducir *escudos, ducados, reales* o *pesetas,* que entonces no había. Hay palabras que no se traducen, sino que pasan íntegras a todos los idiomas cuando se quiere volver a designar el objeto determinado y singular que designaban. Así, pues, por muy llano y natural que yo quisiese hacer mi estilo, jamás, por ejemplo, me atrevería a traducir *peplo, clámide, estola* o *coturno* por prendas de vestir parecidas y en uso en nuestros días.

IV. *Allí se veían suspendidos.* Los objetos suspendidos como ofrendas en la gruta de las Ninfas eran γαυλοὶ, καὶ αὐλοὶ πλάγιοι, καὶ σύριγγες, κνὶ καλαμοι. Courier traduce γαυλοὶ, *seilles à traire le lait;* el latín, *mulctroe.* En castellano, creo que bastaría *colodras,* que son vasijas de que se valen los pastores para ordeñar; pero como el *Diccionario de la Academia* supone que las tales colodras son de madera, y los γαυλοὶ o *mulctroe* tal vez serían de barro, he añadido *tarros* para que haya de todo. Αὐλοὶ πλάγιοι ha sido menester traducirlo también con gran libertad. En latín se llaman *tibioe obliquoe,* trompetas oblicuas. Dicen que este instrumento fué inventado por Midas. A lo que más se parece de los modernos es al bajón, al fagot y al pífano. Por esto pongo *pífanos* en mi traducción.

V. *Y les habían hecho aprender las letras;* en griego, καὶ γράμματα ἐπαίδευον. Courier, por seguir a Amyot, pone *leur faisant apprendre les lettres;* pero censura esta traducción en una larga nota, suponiendo que implica un contrasentido, o, por lo menos, que induce en error. Nosotros creemos que no hay tal error, y que, en vista del sentido todo,

no da tampoco lugar a anfibología. *Aprender las letras* no es más que aprender las letras, y no aprender literatura. Dice Courier que Longo quiso decir que Dafnis y Cloe aprendieron a leer y a escribir. Yo creo que no quiso decir sino lo que dijo, que aprendieron las letras, que aprendieron a deletrear, y que tal vez ni escribían ni leían de corrido.

VI. *Y se esmeraba hasta la noche en tocar la zampoña.* La voz griega ούριγξ significa un instrumento inventado por Pan y compuesto de varios cañutos desiguales, unidos entre sí. El P. Baltasar de Vitoria, gran autoridad en esta materia, dice en su *Teatro de los dioses,* que este instrumento se llama en castellano *zampoña* o *albogue.* Yo pongo zampoña unas veces, y otras veces flauta, porque el uso ha hecho que se hable más, aunque menos exactamente, de la flauta de Pan que de la zampoña de Pan.

VII. *...logró subir el caído.* Desde este punto hasta donde dice: *¿qué me hizo el beso de Cloe?,* todo falta en la traducción de Amyot. En el original de la edición bipontina hay un pedazo más, hasta donde dice: *y yéndose con Cloe a la gruta de las Ninfas, le dió a guardar la tuniquilla y el zurrón.* Había, de todos modos, una gran laguna, que después se ha llenado, en vista del manuscrito de Florencia, donde el texto está completo.

VIII. *Quisiera ser su flauta para que infundiese en mí su aliento.* P. L. Courier traduce: *Ah!, que ne suis-je sa flûte pour toucher ses lèvres.* Dice el original: εἴθε αὐτοῦ σύριγξ ἐγενόμην, ἵν' εμπνέῃ μοι.

Claro está que no se habla de los labios, sino del aliento o soplo. Supone Courier que esto está tomado de la antigua copla siguiente:

Εἴθε λύρα καλὴ γενοίμην ἐλεφαντίνη,
Καὶ με καλοὶ παῖδες φέροιεν Διονύσιον ἐς χορὸν.
Εἴοθ' ἄπυρον καλόν γενσίμην μέγα χρυσίον,
Καὶ με καλὴ λυνῆ φοροίη καθαρόν θεμένη νοόν.

La copla es muy bonita, pero el decir de Cloe puede ser coincidencia, y no imitación. Es fácil coincidir en lo natural. Una oda de Anacreonte encierra el mismo pensamiento, diciendo en la traducción de Castillo y Ayensa, si no me es infiel la memoria:

Quisiera ser la cinta
Que pende de tu cuello;
Quisiera ser la joya
Adorno de tu pecho;
Quisiera ser el agua
Con que lavas tu cuerpo;
Y fuera la sandalia
Que ciñe tu pie bello;
Que por tu planta hollado
Viviera yo contento.

De seguro que los rústicos andaluces no leen a Anacreonte, y uno de ellos compuso, sin duda, aquella graciosa a par que apasionada copla de seguidillas, que dice:

¡Ay, quién fuera la cinta
De tu zapato!...

Y no ponemos los otros dos versos por demasiado expresivos; pero buenas ganas se nos pasan de

ponerlos, porque vencen a los de Anacreonte, a los del otro poeta griego y a la prosa de Longo.

IX. *La piel de un cervatillo, esmaltada de lunares blancos, para que la llevase en los hombros, cual suelen las bacantes.* En el original hay estas dos palabras: νεβρίδα βακχικήν, para cuya traducción ha sido menester emplear todas éstas: *la piel de un cervatillo para que la llevase en los hombros, cual suelen las bacantes.*

X. *Soy blanco como la leche y rubio como la mies cuando la siegan.* Añade Courier, entre estos elogios que Dorcon se tributa a sí mismo: *frais comme la feuillée au printemps,* lo cual no está en el texto.

XI. *...y de sus ojos, que los tenía grandes y dulces como las becerras.* La comparación, en son de elogio, de los ojos de las muchachas con los ojos de los bueyes, vacas o becerras es muy frecuente en los autores griegos; hasta hay los epítetos de βοώπης y βoόγλnνος, para designar a quien tiene ojos grandes y hermosos.

XII. *...y tenía pálido el rostro como agostada hierba.* Son las palabras de Safo: χλωροτέρα πόας ἐμμί.

XIII. *...y el hocico le tapaba la cabeza, como casco de guerrero*: καὶ τοῦ στόματος τό χάσμα σκέπειν τὴν κεφαλήν, ὥσπερ ἀνδρός ὁπλίτου κράνος. Algunos guerreros, y singularmente los abanderados, según se ve en la Columna Trajana, llevaban el casco, *galea,* cubierto con la piel de la cabeza de una

fiera, que conservaba la forma de cabeza, de suerte que el rostro del soldado parecía asomar por entre los dientes de la fiera.

XIV. *...llenaba una gran taza de vino y de leche.* De esta mezcla resultaba una bebida llamada οἰνόγαλα, que se toma aún, según dice Courier, en Levante y en Calabria.

XV. *se ponía a cantar de Pan y de Pitis.* Pan fué un dios tan enamorado como poco dichoso en sus amores. Siringa, Eco, la Luna y otras diosas y ninfas le desdeñaron. Pitis, por el contrario, le amó, y desdeñó por él a Bóreas, quien, enojado y celoso, la arrebató en sus alas, y la mató arrojándola contra las rocas. La Tierra, compadecida, la transformó en árbol: πίτυς, femenino en griego, *el pino.*

XVI. *...y dice que busca los becerros huídos.* Esta fábula o conseja, que el autor califica de θρυλλούμενα, cosa sabidísima o divulgada, no se halla en ningún mitólogo de los que yo conozco. Φάττα, la paloma torcaz, no es nombre de ninguna ninfa, como lo es el nombre de la otra paloma, περιστερά. Esta ninfa, Peristera, ayudó a Venus, que competía con Amor en coger flores. Venus triunfó así de Amor. Este, enojado, convirtió en paloma a la ninfa. Venus la puso en su carro triunfal.

XVII. *...hay muchos estrechos de mar que hasta hoy se llaman pasos de bueyes.* En griego βοοσπόροι, de donde Bósforo.

XVIII. *No soy niño, aunque parezco niño, sino más viejo que Saturno. Yo soy anterior al tiempo todo.* Este discurso de Filetas es quizá lo más bello que hay en la obra de Longo, no tanto por lo que dice de Amor, dicho ya por muchos autores, sino por la graciosa sencillez de estilo con que la aparición de Amor en el huerto y todo lo demás está contado. Como en la religión de los griegos no hubo dogmas fijos, cada poeta contaba los hechos a su manera, resultando de aquí mucha variedad de fábulas sobre una misma persona divina, sobre todo cuando esta persona tenía más de alegórico que otras, como sucede con Amor. Empezando por su mismo origen, hay gran discrepancia. Así es que unos, los más, hicieron a Amor hijo de Venus y de Marte; otros, como Platón, le dieron por padres a Poro y a Penia, esto es, al dios de la abundancia y a la diosa de la pobreza; otros quieren que Amor naciese de Júpiter, y otros, que naciese antes que todo, no comprendiendo que nadie pudiera nacer sin Amor y antes de Amor, a no ser el Caos y la Tierra o el Eter y la Noche. Claro está que, para éstos, Amor es el fuego, la luz, la actividad, el prurito, la voluntad primera que crea el ser, la vida y el Universo todo. Después de muchos siglos, Schopenhauer ha venido a parar en la misma doctrina. Todo cuanto es, según este filósofo, se reduce a apariciones y formas en que *Der Wille*, la Voluntad o el Amor, se revela y hace visible. Las criaturas son *objetivaciones de Amor. Der Wille* es, pues, el principio real del Universo y el principio ideal o metafísico, y la solución del problema cosmológico. Doctrina parecida es la de Longo cuando hace decir a Amor que es anterior al tiempo todo. Esta idea del Amor,

como fuerza demiúrgica, está expresada en la Teogonía de Hesiodo, diciendo:

> Ἤτοι μέν πρώτιστα Χάος γένετ', αὐτὰρ ἔπειτα
> Γαί 'εὐρύστερνος, πάνδων ἕδος ἀσφαλὲς αἰεὶ
> Ά θανάτων ἃ ἔχουσι κάρη νιφόεντος 'Ολύμπου,
> Τάρταρα τ'ἠερόεντα μυχῷ χθονὸς εὐρυοδείης,
> Η'δ' Έρος, ὃς κάλλιστος, κ. τ. λ.

Lo cual coincide con la cosmogonía de los fenicios, que se lee en un fragmento de Sancuniathon, y dice: "Fueron principio de este universo un aire tenebroso y sutil y el caos confuso y envuelto en obscuridad, a los cuales, en tiempo infinito y que no se puede determinar, encendió un soplo de Amor, mezclándolos, y de esta mezcla nació el deseo, fuente de la creación toda." Aristófanes, en su comedia *Las Aves*, donde éstas cantan en coro el origen del mundo, expone doctrina semejante: "Eran primero el Caos, dice, y la Noche, y el negro Erebo, y el extenso Tártaro. No había tierra, ni aire, ni cielo. Pero en el seno infinito del Erebo, la Noche, dotada de alas negras, puso un huevo, del cual, agitado e incubado por las Horas, brotó el Amor, lleno de deseos." De aquí nació todo. Antes de Amor no hubo ni dioses.

Πρότερον δ'οὐκ ἦν γένος ἀθανάτων, πρὶν ''Ερος ξυνέμιξεν ἅπαντα.

Esta idea de poner a Amor antes que todo y como creador de todo, inspira hasta a los poetas cristianos. Milton, en vez de Amor, pone sobre el Caos al Espíritu Santo, a manera de paloma, incubándole y fecundándole.

> *... with mighty wings outspread*
> *Dove-like sat'st brooding on the vast abyss,*
> *and mad' st it pregnant.*

XIX. *Tanto puede (Amor), que Júpiter no puede más.* Todo este segundo discurso de Filetas, dice Courier que está tomado de Platón. Yo entiendo que de Platón y de muchos otros autores, esto es, que poco o nada es nuevo o era nuevo entonces, salvo el sentir propio del autor, y su expresión y estilo, lleno de candor y de gracia. Se citan unos versos de Menandro, en que pone el poder de Amor por cima del de Júpiter. Pero ¿de qué poeta no podrá citarse sentencia parecida? Ya Homero, en su himno a Afrodita, dice que todas las divinidades están sujetas a su imperio, salvo tres, que son Minerva, Diana y Vesta.

Estos encarecimientos del poder de Amor no cesan con los autores cristianos, confundiéndole tal vez para ello con una de las personas divinas. Así dice san Bernardo que *Amor triunfa de Dios*, y nuestro Padre Fonseca pone, entre mil otras alabanzas, que "Amor entróse por esos cielos, y cogiendo a Dios, no flaco, sino fuerte; no en el trono de la Cruz, sino en el de su majestad y gloria, luchó con él hasta bajarle del cielo y hasta quitarle la vida".

Las victorias de Amor son, pues, extraordinarias y no tienen cuento. Por eso, los espartanos, creyéndole más belicoso que a Marte, se encomendaban a él y le hacían sacrificios siempre que tenían que reñir alguna brava batalla.

Fué creído, además, desde muy antiguo, inspirador de todas las acciones generosas y de virtud, y se tuvo por cierto, con prefiguración profética, aunque confusa, de los más altos misterios, que el Dios supremo le envía a la Tierra para que salve a los hombres. Ya Esopo habla bellamente de esto en su fábula de Júpiter y Amor, dando cuenta de

que "cuando Júpiter crió a los hombres, dióles todas las prendas que los adornan ahora; pero aun no moraba Amor en las almas de ellos, porque este dios, que tiene alas tan sublimes, no bajaba nunca del cielo, y sólo hería con sus flechas a los dioses. Temeroso Júpiter, no obstante, de que se perdiera la más hermosa de sus criaturas, envió a Amor a la Tierra para que fuese custodio del género humano. Amor obedeció el mandato de Júpiter, pero no consideró que le estuviese bien morar en todas las almas y elegir por templo suyo lo mismo las profanas que las iniciadas y buenas, por lo cual distribuyó el rebaño de las almas comunes entre los Amores plebeyos, hijos de las Ninfas, y él se fué a vivir dentro de las almas celestes y divinas, y embriagándolas con delirio amoroso, produjo infinitos bienes para todos los hombres".

XX. *El mismo dios Pan... como más avezado que nosotras a los negocios de la guerra, por haber ya militado en muchas...* Aun se conserva en nuestros idiomas modernos el epíteto de *pánico,* dado al terror cuando es muy grande. Pan auxilió mucho a Júpiter en las guerras que tuvo, encadenando a Tifeo o envolviéndole en una red; si bien otros dicen que le asustó, dando un grito espantoso. En otras guerras ocurridas en este bajo mundo, auxilió a sus devotos, como, por ejemplo, a los griegos contra los galos, mandados por Breno.

XXI. *...se puso a contar la fábula de Siringa...* Esta transformación de Siringa en flauta, y los amores de Pan, que la originaron, sucedieron en

Arcadia, a orillas del río Ladón, según refiere Ovidio en sus *Transformaciones*, donde dice que la Ninfa iba huyendo de Pan:

Donec arenosi placidum Ladonis ad amnem
Venerat; hic illam, cursum impedientibus undis
Ut se mutarent, liquidas orasse sorores:
Panaque cum prensam sibi jam Siringa putaret,
Corpore pro Nymphoe calamos tenuisse palustres;
Dumque ibi suspirat, motos in arundine ventos
Effecisse sonum tenuem, similemque quoerenti,
Arte nova: vocisque deum dulcedine captum,
Hoc mihi colloquium tecum dixisse manebit,
Atque ita disparibus calamis compagine ceroe
Inter se junctis nomen mansisse puellae.

XXII. *Llegó el invierno, para Dafnis y Cloe más que la guerra crudo.* Sin duda convenía al autor, para su sencillo argumento, que el invierno fuese muy rigoroso, o tal vez quiso lucir su retórica pintándole, pues es evidente que ni en nuestro siglo ni en la época de la acción de la novela hubo de hacer jamás tanto frío ni de caer tanta nieve en la isla de Lesbos.

XXIII. *¡Salud, oh hijo mío!* Χαῖρε, ὦ καῖ, dice el original. He preferido decir: *¡salud, oh, hijo mío!*, al modo más natural ahora, diciendo *Dios te guarde*, porque este modo parece anacrónico e impropio de gentiles.

XXIV. *...comieron coronados de hiedra.* Parece que un gentil muchacho, llamado Cisso, gran bailarín y valido de Baco, bailando un día delante del dios, para divertir sus ocios, se cayó en un hoyo y se convirtió en hiedra, planta que fué consagrada a dicho dios, el cual gustaba de coro-

narse con ella. También para los poetas se tejían de ella coronas:

Pastores hedera crescentem ornate poetam.

dice Virgilio. La hiedra, sobre todo, era para coronar a los poetas dramáticos, por ser el teatro propio de Baco. Por eso Menandro pide a los dioses ser siempre coronado de hiedra ática:

Τόν 'Αττικὸν αἰεὶ στέφεσθαι κισσόν.

En las bacanales se coronaban asimismo de hiedra los que las celebraban. Así es que el gobernador que puso Antíoco en Jerusalén, queriendo hacer gentiles a los judíos, les mandaba que fuesen por las calles coronados de hiedra cuando se celebraba la fiesta de aquel dios, como se cuenta en el libro II, capítulo VI, de los Macabeos: *et cum Liberi sacra celebrarentur, cogebantur heredà coronati Libero circuire.*

XXV. *...hallaron narcisos, violetas, corregüelas y otras vernales primicias.* El texto griego dice ἀναγαλλίς, que hemos traducido *corregüela.* Las anagalídeas son un género de la familia de las primuláceas, en el que se contienen muchas especies como los *murajes.* Courier traduce *muguet,* que viene a ser en español *lirio de los valles;* pero tal vez puso *muguet* sólo porque el vocablo es bonito y también el objeto que expresa. Quiera significar lo que quiera la tal flor, Anagalis, al tratar de traducirla al castellano, un amigo mío me ha recordado a una Ninfa Anagalis, de quien nada leí jamás en ningún libro, ni en Polidorio Virgi-

lio; pero que, según afirma Juan de la Cueva, en su extraño poema de *Los inventores de las cosas,* fué la que inventó el juego de pelota. El erudito poeta dice:

> Del juego tan común de la pelota
> Anagalis, muchacha, fué inventora:
> Que se llame Astragalis quieren otros.

XXVI. *...expresando poco a poco el nombre de Itis.* Este Itis fué hijo de Tereo, rey de Tracia. Progne, mujer de Tereo, mató a su hijo Itis, y se le dió a comer a su propio padre. Filomena, hermana de Progne y tía de Itis, fué convertida en ruiseñor; Progne, en golondrina; en gavilán, Tereo, y en faisán, Itis.

XXVII. *Por el reposo casero y holganza del invierno estaba rijoso y lucio, y con el beso se emberrenchinaba y con el abrazo se alborotaba.* Para descargo de mi conciencia de haber traducido con sobrada energía y desenvoltura, diré que Dafnis, con el reposo y holganza, ἐνηϐήσας, de ἐνηϐάω, *pubesco, juveniliter lascivio:* con el beso ὤργα, de ὀργάω, *succo turgeo, venerea cupiditate flagro,* y con el abrazo ἐσκιτάλιζε, de σκιταλίζω *salax sum.* Lo mismo digo de otros parajes, donde siempre he atenuado el brío y suavizado la crudeza del texto.

XXVIII. *Cromis, sujeto ya de edad madura, quien había traído de la ciudad a una mujercita,* etc. Debe entenderse que esta mujercita no era la mujer propia, la esposa de Cromis, sino una cortesana mantenida por él. Su mismo nombre Lycenia, de Λύκαινα, *loba,* parece ya indicarlo, y

hasta la circunstancia de venir siempre dicho nombre en diminutivo en el texto griego. En el teatro de aquel pueblo apenas había comedia en que no hiciesen papel las cortesanas o *heteras*, a veces vilipendiadas cruelmente por los poetas, a veces también ensalzadas de discretas, amables, generosas y hasta virtuosas. Y esto no ha de extrañarse, porque las cortesanas de entonces representaban la inteligencia y la cultura de la parte femenina, y alcanzaban gran poder y valimiento. Algunas se casaban con los mismos reyes. Targalia de Mileto se casó con un rey de Tesalia, y Tais con un Ptolomeo. Duró esto hasta muy tarde, hasta época en que estaba ya muy difundido el Cristianismo. La mujer de Justiniano, la célebre emperatriz Teodora, había sido una cortesana de las más disolutas. Fué, además, tan desaforada comedianta, que las cosas que hacía en público teatro no hay quien se atreva a explicarlas en ningún idioma moderno, sino que se toman de Procopio y se ponen como nota, en griego, en las historias que de ello tratan. El mismo Gibbon lo deja sin traducir. Imitémosle.

No ha de extrañarse, pues, que en la edad clásica y gentílica las cortesanas tuviesen grande influjo y fuesen amigas respetadas de los hombres más eminentes: así Aspasia, de Pericles; Arqueanasa, de Platón; Herpilis, de Aristóteles, y Glicera, de Menandro. Alcifrón puso en cartas muchos rasgos brillantes de las cortesanas, y Machón escribió un poema de los dichos discretos y agudos de estas mujeres.

Una de las más ilustres, por su talento, discreción y afecto a sus compatriotas fué Rodopis, alma de la colonia griega de Egipto en tiempo del rey

Amasis. El célebre egiptólogo y novelista Jorge Ebers, en su novela *La hija de Faraón,* hace de esta Rodopis la principal heroína, después de la misma hija del rey de Egipto que casó en Cambises, y de la princesa Atosa, hija de Ciro, mujer de Darío y madre de Jerjes. Claro está que Lycemia no era una hetera de primer orden, sino modesta y de pocas campanillas, como un pobre labrador de Lesbos podía costearla.

XXIX. *...habiéndose cerciorado ella de que todo estaba alerta y en su punto...* Creo haber traducido del modo más púdico posible el texto, μαθοῦσα ἐνεργεῖν δυνάμενον καὶ σφριγῶντα, que interpreta así la versión latina: *ipsa jam edocta eum ad patrandum non solum fortem esse, verum etiam libidine turgere...*

XXX. *...Luego sacó del zurrón pan de higos...* Para que no se entienda que este *pan de higos* está inventado por mí por la afición que yo tengo a las cosas andaluzas, diré que παλάθη no significa más que pan de higos; *massa caricana,* dice la versión latina, esto es, masa hecha con el higo de Caria, que se llamaba *carica.* P. L. Courier traduce, no sé por qué, *raisin sec.* De seguro que no había comido él, como yo, el delicioso pan de higos que se hace en Málaga.

XXXI. Los mitólogos varían mucho al referir esta historia de Eco. Fíngenla los más hija del Aire y de la Tierra. Juno dicen que la castigó obligándola a repetir las últimas sílabas de las palabras que oyese. Otros, que, desdeñada de Nar-

ciso, a quien amaba, se convirtió en peñasco. Ovidio, en las *Transformaciones,* cuenta que su mal pagado amor la secó de suerte y la consumió hasta tal punto, que se quedó en los huesos y en la voz:

Vox manet: ossa fuerunt lapide traxisse figuram
Inde latet sylvis nulloque in monte videtur,
Omnibus auditur: sonus est qui vivit in illa.

La fábula de Longo, es, pues, diversa, y su principal gracia consiste en un equívoco intraducible; porque μέλος, en griego, significa *miembro,* y también *verso, medida,* de donde la palabra *melodía.* Así es que los pastores esparcieron por toda la tierra τὰ μέλη, las canciones, las melodías de la Ninfa, lo cual está traducido en latín *cantabunda membra,* y por Courier, a quien en esto seguimos, *sus miembros, llenos de armonía.*

XXXII. *Esta manzana, ¡oh virgen!, es creación de las Horas divinas.* El texto dice Ὦ παρθένε, τοῦτο τὸ μῆλον ἔφυσαν Ὧραι καλαί: el latín, *Mea virgo, hoc pomum quod vides, anni oetates pulchroe pepererunt. Cette pomme Chloe, ma mie, les beaux jours d'été l'ont fait naître,* traduce Courier. Yo he preferido dejar a las Horas, a las diosas, hijas de Júpiter y de Temis, que dirigen y gobiernan las estaciones y cuidan del carro del Sol, como creadoras de la manzana. No lo disputo, aunque creo que esto es más poético que decir llanamente que con el verano se crió la manzana; pero entiendo que soy más fiel traductor. Tal vez se dirá que no es gran encarecimiento de alabanza el decir que las Horas pusieron en crearla sin-

gular esmero. Semejante censura he oído hacer, por ejemplo, de aquellos versos de Zorrilla en elogio de Granada:

Salve, ¡oh ciudad!, en donde el alba nace,
Y donde el Sol poniente se reclina;
Donde la niebla en perlas se deshace,
Y las perlas en plata cristalina.

En todas las ciudades nace el alba, se pone el Sol, se deshace la niebla y corre el agua: no cabe duda; pero Zorrilla da a entender que en Granada ocurre todo ello de una manera eminente, ejemplar y soberana, como si la aurora no quisiera nacer sino para alumbrar a Granada, y el Sol no quisiera reclinarse más que en el seno o a la espalda de sus montes.

XXXIII. *Semele, pariendo; Ariadna, dormida,* etcétera. Aquí pone el autor en breves palabras los principales casos de la vida de Baco. *Semele pariendo* no es la común opinión, pues refieren los más, de cuantos han tratado este asunto, que Semele, hija de Cadmo, que tenía amores con Júpiter, deseó ver al Dios en toda su gloria, y al verle, ardió en el resplandor que de sí lanzaba. Ya muerta, sacó Júpiter a la criatura que tenía ella en su seno, y acabó de criarla, hasta que se cumplieron los nueve meses, guardándosela en un muslo. Cuentan otros, no obstante, que Semele dió a luz a Baco naturalmente y a su tiempo, y a éstos sigue Longo. Repetimos, con todo, que la general opinión es la del doble nacimiento de Baco. Luciano le ha celebrado en un diálogo burlesco, y el dios ha llevado nombres que recuerdan este na-

•imiento doble. Así se ha llamado *bimatre dithyrambo,* de παρά τὸ δύο θύρας βῆναι, salir por dos puertas, y Eirafiote, cosido en el muslo.

Por lo demás, Baco y su historia tienen grandes variaciones, por ser este dios uno de los más simbólicos y misteriosos que en Grecia se adoraron, y por representar a la vez no pocas cosas. Por una parte, proviene este dios del naturalismo: es la fuerza vegetativa de las plantas. De aquí que tantas le estén consagradas, como la hiedra, la higuera y la vid, y que le llamen γενεσιυργὸς τῶν καρπῶν, engendrador de los frutos, y que sea también padre de Príapo.

Representa, además, a un héroe conquistador y civilizador del mundo, y su leyenda, bajo este aspecto, toma mucho de la de Osiris egipcio y de la de Melkarth o Hércules tirio. Como Hércules, Baco erigió sus columnas en el extremo de las tierras y mares hasta donde llevó su expedición triunfadora.

Representa, por último, Baco la fuerza y virtud del licor fermentado, que inspira a los hombres una especie de delirio, que se tenía a veces por sagrado. En este sentido, Baco trae su origen de Soma, dios de los Vedas, dios-bebida, dios-libación, dios que se consume en la llama del sacrificio; hijo de Indra, como Baco es hijo de Júpiter. En este sentido, Baco recibió muchos títulos o sobrenombres entre los griegos y latinos. Llamóse *Musagetes,* conductor de las Musas; *Pirigenio,* ancido del fuego; *Melpómeno,* celebrado en himnos; *Leneo,* de ληνός, lagar; *Líber,* por la libertad que el vino engendra, y *Taurokeros* o *Tauromorfos,* porque tomaba cuernos y forma de toro,

a causa del furor, osadía y violencia que adquiere quien se embriaga. De aquí que Horacio dijese a Baco:

Tu spem reducis mentibus anxiis
Viresque et addis cornua pauperi.

Dice Longo, *encadenado Licurgo.* Era éste un rey de Tracia que se opuso al culto de Baco, por lo cual sufrió un gran castigo del dios.

Despedazado Penteo. Esta aventura es de las más famosas de la historia de Baco, por haber dado asunto a un drama de Esquilo, ya perdido, que llevaba por título *Penteo,* y a la tragedia de Eurípides, que se conserva y se titula *Las Bacantes.* Parece que el culto de Baco, con sus frenéticas orgías, vino a Grecia desde Tracia y Macedonia, y halló en Grecia al principio grande oposición. Penteo en Tebas se opuso a este culto, y fué despedazado por las bacantes furiosas, entre las cuales se hallaba Agave, su madre.

Ariadna dormida. Prescindimos, por no ser prolijos, del valor y significado alegórico e histórico que puedan tener los amores de Ariadna, hija de Minos, con Baco. La general opinión, esto es, la fábula más conocida, junta en una las dos historias de los amores de Ariadna con Baco y con Teseo. Abandonada por este príncipe en la isla de Naxos, después que le ayudó a vencer al Minotauro y a salir del laberinto, Baco se le aparece enamorado, y se la lleva en triunfo. Los hermosísimos versos de Catulo, en el epitalamio de Tetis y Peleo, describen admirablemente, así el furor de Ariadna abandonada como su triunfo inme-

diato, y la pompa báquica en toda su extraña locura:

At pater ex alia florens volitabat Iachus,
Cum thiaso Satyrorum et Nysigenis Silenis,
Te quoerens, Ariadna, tuoque incensus amore;
Qui tum alacres passim lymphata mente furebant
Evoe, bachantes, evoe, capita inflectentes.
Horum pars tecta quatiebant cuspide thyrsos,
Pars e divolso raptabant membra fuvenco:
Pars sesse tortis serpentibus incingebant;
Pars obscura cavis celebrabant orgia cistis
Orgia quæ frustra cupiunt audire profani;
Plangebant alia proceris tympana palmis.
Aut tereti tenues tinnitus ære ciebant;
Multi raucisonos efflabant cornua bombos,
Barbaraque horribili stridebat tibia cantu.

Como se ve, el asunto del triunfo de Ariadna, de las bacanales y de la historia del hijo de Semele, rodeado siempre de bacantes, sátiros y silenos, se prestaba mucho a la pintura, y desde los tiempos más antiguos se han empleado en este asunto los pintores.

Pedimos perdón a los eruditos de habernos extendido demasiado en esta nota, pero ya se harán cargo de que escribimos también para el vulgo, el cual tal vez ignora lo que ellos tienen olvidado de puro sabido. Para no prolongar más la nota, omitimos mucho que, con ocasión de Baco, se pudiera decir sobre el origen de la tragedia, que nació en sus fiestas, y sobre otras cosas, curiosas para quien no las sabe, y tal vez cansadas para los doctos, que las saben más fundamentalmente que yo.

XXXIV. *A este mensajero, que se llamaba Eudromo, porque su oficio era correr.* Es evidente

que en lo antiguo los nombres y los apellidos debieron de ser apodos que denotasen oficio, condición, virtud, defecto o calidad de la persona a quien se daban. Y esto en todos los países e idiomas. Lo que ocurría primero en la realidad de la vida se conservó después en Grecia y Roma en las ficciones poéticas, sobre todo en comedias y cuentos, donde aparecen personajes imaginarios, y no históricos. El nombre de cada uno de estos personajes designa ya su carácter, empleo o menester. Así, por ejemplo, en las comedias de Terencio se pone al principio lo que llaman *ratio nominum,* o sea una explicación de por qué los personajes se llaman como se llaman. Allí vemos que una nodriza se llama Canthara, del cantarillo o vaso de la leche; un soldado fanfarrón, *Thraso,* de θράσος, audacia; un joven alegre, Fedro, de φαιδρός, alegre; una meretriz desenvuelta, Bacchis; un criado, Parmeno, porque está o permanece cerca de su amo, etc. Eudromo, pues, el buen corredor, se llamaba así porque corría.

XXXV. *...Sin duda mandará ahorcar de un pino a este viejo sin ventura, como ahorcaron a Marsyas.* Marsyas no fué sólo ahorcado, sino también desollado, como dice Ovidio en los Fastos.

Provocat et Phoebum, Phoebo superante, pependit;
Cæssa recesserunt a cute membra sua.

Se cuenta de este Marsyas que fué un sátiro de grandísimo ingenio, que inventó muchas cosas, pero que se puso tan soberbio, que quiso compe-

tir con el propio Apolo en la música, de lo cual salió tan malparado como queda dicho. Las Ninfas, de quien Marsyas era muy estimado, le lloraron y le convirtieron en río, cuyas aguas riegan la Frigia. Esto sucedió cerca de la ciudad de Celenas, por donde corre el río Marsyas. Así es que Xenofonte, cuando pasó por allí con los diez mil, acompañando al joven Ciro, dice que se "contaba que allí desolló Apolo a Marsyas cuando le venció en la contienda que con él tuvo sobre la música, y que colgó el cuero de él en una cueva de donde nacen las fuentes". Xenofonte no dice con todo que Marsyas se convirtió en río, sino que por eso, por dicho lance, se llamó el río Marsyas.

XXXVI. *...en compañía de su parásito, Gnatón.* Gnatón viene de γνάθος, boca, quijada. Tal vez salga de este vocablo griego la palabra española *gaznate.* De todos modos, γνάθων es sinónimo de parásito, y muchos personajes de comedias, que representan dicho carácter, llevan por nombre Gnatón. Hasta hay cortesanas o heteras que, sin duda, por muy golosas y comilonas, se llaman Gnatenas. El parásito del *Eunuco* de Terencio se llama Gnatón. Alcifrón, en sus famosas cartas, describe muchos parásitos, y en el teatro griego apenas había comedia en que no figurase uno, respondiendo a nuestros lacayos graciosos de las comedias de capa y espada, si bien los parásitos eran más despreciables y ruines.

XXXVII. *Ni Apolo, cuando estuvo de pastor al servicio de Laomedonte...* Aquí el autor se distra-

jo tal vez, y supuso que Apolo guardó los bueyes de Laomedonte, por más que la general creencia era la de que guardó el ganado de Admeto, rey de Tesalia, cuando andaba oculto por las riberas del río Anfriso huyendo de las iras de Júpiter por haber muerto a los cíclopes. Hizo Apolo estas muertes porque los cíclopes forjaron a Júpiter el rayo con que el rey de los dioses mató a Esculapio, que era hijo de Apolo. Apolo estuvo también con Neptuno al servicio de Laomedonte; mas fué para levantar los muros de Troya.

XXXVIII. *...y estimaba a tu cocinero más digno de admiración y de afecto que a todas las muchachas de Mitilene.* Esto tiene tal vez en el original cierto sentido que, en virtud del *arreglo* hecho por mí en el libro IV, debe desaparecer en la traducción. El sentido que se da a la frase en la traducción está perfectamente conforme con el carácter del parásito glotón y aficionado a los buenos bocados. Para la gente de esta clase, según los poetas cómicos y satíricos de la edad clásica, los cocineros, siendo buenos, eran como dioses, y la cocina era un templo. Las causas de su amistad y de su amor estaban en la cocina. A este propósito escribió un poeta del Renacimiento el siguiente epigrama:

Vita Coenipetas, vagos Gnathones,
Nec blandos licet æstimes amicos:
Illis, dum calet olla, amor calebit;
Frigebunt cito, si culina friget.
Non te, sed tempidum colunt coeminum:
Illis fumus ubi est, ibi est amicus.

Lo cual imitó de esta suerte Francisco de la Torre:

A los que representan vida buena
En el teatro de una y otra cena,
Lisonjeros, buscones, y testigos
De la mesa, no estimes por amigos;
Porque en éstos (Dios de ellos nos preserve)
Mientras hierve la olla el amor hierve.
Y tienen con hastío,
Si helada la cocina, el pecho frío.
Lo que aman no eres tú, aunque amigo seas,
Sólo aman las calientes chimeneas,
Y para éstos, con ardor sumo,
Allí el amigo está donde está el humo.

En las cartas de Alcifrón están pintadas las costumbres de los parásitos y sus percances y disgustos: uno va a buscar cortesanas para el señor que le convida; otro es apaleado casi de diario; otro está a punto de morir de indigestión; otro se desespera porque no halla quien le convide; otro se introduce en la cocina y roba de los mejores platos para regalarse. Había también parásitos muy divertidos, decidores y discretos, cuyos chistes hacían reír y entretenían a los señores con quienes comían. En tiempo de Menandro había dos parásitos famosísimos por sus chuscadas y por su elocuencia, y se llamaban Euclides y Filoxeno. El respeto, la admiración y el amor que los parásitos profesaban a los buenos cocineros están consignados en muchos fragmentos que de la comedia griega se conservan aún. Sobre todo esto pueden verse pormenores curiosos en el ameno y erudito libro de Guillermo Guizot, titulado *Menandro o la comedia y la sociedad griegas*. Baste decir aquí que el arte de la cocina y la gastronomía eran consi-

derados punto menos que santos. Había tratados de gastronomía que se estimaban mucho, y se cita el de Archestrato como uno de los más famosos.

XXXIX. *Vaquero fué Anquises,* etc. Esta parte del discurso de Gnatón está de otro modo en el original. El parásito, en el original, quiere justificarse de otras cosas con el ejemplo de los dioses.

XL. *...se desembarazó de la capa* ῥίψας θοἰμάτιον, dice el original; *abiecto pallio,* la traducción latina. La mejor traducción de esto en castellano es *capa,* si bien el *pallium* era más bien una manta o una pieza cuadrada de tela de lana que los griegos se ponían sobre la túnica, como los romanos se ponían la toga. El ἱμάτιον, sujeto por lo común al cuello por un broche, *fibula,* πόρπη, tomaba diversos nombres, según el modo de llevarle puesto.

XLI. *No me aborrezcas por haberte expuesto. Muy a despecho mío lo hice.* Las razones meramente económicas que tuvieron los padres de Dafnis y de Cloe para exponerlos a muerte segura y horrible, pues sólo se salvan por milagro de Amor y las Ninfas, y la frescura y poca vergüenza con que confiesan su infanticidio, pues lo era, aunque frustrado, no pueden menos de sublevar los más humanos y nobles sentimientos de nuestra edad; mas, por desgracia, esta dureza antinatural de padres y madres no fué sólo entre paganos, ni está sólo consignada en historias fabulosas o verdaderas de entonces. Las historias de épocas muy cristianas están llenas de casos parecidos y aun peores; verdad es que no era la economía, sino un infame pundonor, lo que a tales horrores excitaba.

Así vemos, por ejemplo, que Amadís fué arrojado al río por orden o consentimiento de su madre Elisena, y en *El Prevenido engañado,* de doña María Zayas, una dama va a parir a un corral y deja allí abandonada a la criatura para que se la coman los cerdos. En el día, estos motivos de falsa honra no han cesado; pero los de economía vuelven a tener o tienen mayor fuerza que nunca, si bien el infanticidio se suele hacer con anticipación tal, que apenas lo parece. Se asegura que hay países muy cultos donde estipulan los que se casan cuántos hijos han de tener. Ignoramos si tan perversa costumbre se va ya introduciendo en España. Contra ella es freno la religión. No me atrevo a decir que lo es también toda moral filosófica, cuando vemos que uno de los filósofos o pensadores que más en moda han estado, y más han movido los espíritus de los hombres de un siglo a esta parte, J. J. Rousseau, echaba a sus hijos a la Inclusa y lo confesaba cínicamente.

XLII. *...Al varón le pusieron por nombre Filopoemen y a la niña Agéles.* Filopoemen vale tanto como *amigo de los pastores o de la vida pastoril,* de φὶλος, *amigo,* y ποιμήν pastor. Agéles significa *rebaño, manada,* ἀγέλη.

XLIII. *Las pastorales de Longo* han sido anotadas y comentadas por muchos y muy sabios críticos, como Sinner, Courier, Villoison, Mitscherlich, Coray, Huet, Moll y Schaefer. De muy poco de estas notas nos hemos valido, por ser más propias de los que publican el texto original. Las nuestras son casi todas para la mejor inteligencia de la traducción, y van sólo dirigidas en su mayor

parte, como ya hemos dicho en otro lugar, al vulgo de los lectores no eruditos.

Y ya que hemos hablado de los anotadores y comentadores de Longo, bueno será decir algo de los críticos que le han juzgado, poniendo aquí, para terminar estas notas, varias muestras de sus juicios.

Huet *(De l'origine des romans)* dice: "Su estilo es sencillo, fácil y conciso, sin obscuridad; sus expresiones están llenas de viveza y de fuego; produce con ingenio, pinta con agrado y dispone sus imágenes con destreza." Mureto le llama "escritor suavísimo y dulcísimo". Scalígero, "autor ameníssimo, y tanto mejor cuanto más sencillo". Villoison dice: "El habla de Longo es pura, cándida, suave, concisa y encerrada en breves períodos, y, sin embargo, numerosa, sin ninguna aspereza, pues fluye más dulce que miel, o como arroyo argentino, a quien frondosa y verde selva da sombra y frescura, y donde se ven mucha copia y variedad de flores; de suerte que no hay allí palabra, ni sentencia, ni frase que no deleite."

Dunlop (en su *History of fiction*) discurre por extenso sobre nuestra novela. Extractaremos algo de su juicio. "Longo, dice, ha evitado muchas de las faltas en que sus modernos imitadores han caído, causando a este género de composición (el pastoril) no corto descrédito. Sus personajes nunca expresan conceptos de afectada galantería, ni se enredan en razonamientos abstractos, ni él ha sobrecargado su novela con aquellos frecuentes y largos episodios que en la *Diana* de Jorge de Montemayor y en la *Astrea* de D'Urfé fatigan la atención y nos causan indiferencia respecto a la acción principal. Ni nos pinta tampoco aquel estado qui-

mérico de la sociedad, llamado siglo de oro, donde los rasgos característicos de la vida rural están borrados, sino que procura agradarnos por una imitación legítima de la Naturaleza y con la descripción de las costumbres, faenas, deleites y fiestas de los campesinos... Esta *pastoral* está en general muy bellamente escrita. El estilo, aunque ha sido censurado por la reiteración de las mismas formas, y por mostrar en algunos pasajes al sofista que emplea juego de palabras y afectadas antítesis, debe considerarse como el dechado más puro de la lengua griega en aquel último período. Las descripciones de las escenas y ocupaciones campestres son por extremo agradables, y, si es lícito usar la expresión, hay en ellas cierta amenidad y calma, que sobre toda la novela se difunden. Esta, a la verdad, es la principal excelencia en una obra de esta clase, pues no nos encanta el pastoreo, sino la paz y el reposo de los campos."

No es todo elogio lo que pone Dunlop. Censura la monotonía de los amores y coloquios, y condena, sobre todo, la inmoralidad y licencia de varios pasajes.

Sobre el influjo que ha tenido o puede haber tenido esta novela en obras de la moderna Europa, Dunlop deja en duda si Tasso se inspiró algo en ella para el *Aminta;* pues si bien no se publicó edición alguna de Longo en griego, hasta 1598, cuando ya Tasso había muerto, Tasso pudo leer la traducción francesa de Amyot de 1559 y la paráfrasis latina en verso de su compatriota Gambara, publicada en 1569. Dice, por último, Dunlop, que ni Montemayor en la *Diana* ni D'Urfé en la *Astrea* imitaron a Longo. Sí le han imitado Ramsay en el *Gemtle Shepherd,* Marmontel en *An-*

nette et Lubin y más felizmente que todos el alemán Gessner en sus idilios.

Villemain dice: "No se puede negar que *Dafnis y Cloe* ha servido de modelo a *Pablo y Virginia.* A pesar de los cambios de costumbres, creencias y clima, la imitación es sensible en el lenguaje de los dos amantes; las mismas candideces apasionadas salen de la boca de Dafnis y de la de Pablo; pero la superioridad del autor francés, o más bien de los sentimientos que le inspiran, se muestra por doquiera, y hace de su obra una de las más encantadoras producciones de los tiempos modernos. Esta superioridad no consiste sólo en una dicción más sencilla, en un gusto más conforme con lo natural y verdadero, sino que estriba, sobre todo, en la pureza moral y en la especie de pudor cristiano que reinan en *Pablo y Virginia.* El cuadro de Longo es voluptuoso; el del autor francés es casto y apasionado."

Chauvin (en *Les romanciers grecs et latins*) dice: "*Dafnis y Cloe* es una pastoral encantadora, y ocupa, con la obra de Heliodoro, el primer lugar entre las novelas griegas. La intriga es seguida, interesante y de una sencillez del todo campesina... Es un cuadro lleno de gracia y de frescura, variado por cuentos mitológicos dichosamente elegidos y bien ligados con el asunto. El carácter, el lenguaje y las costumbres de los pastores son siempre lo que deben ser, y el autor ha sabido evitar los dos escollos ordinarios de las novelas pastorales: la grosería y la cortesanía afectada. El estilo no es menos notable que el fondo; es casi siempre de una elegancia que raya en coquetería y revela el trabajo del autor. Su frase tiene cierta concisión ingeniosa, dispuesta con la más

hábil simetría y construída con tal delicadeza de gusto, que hasta de la eufonía se preocupa. El autor no aventura sin intención ni una palabra, y descuella en el empleo de las más propias para que el pensamiento sea claro y fácil de comprender. Como se afana por parecer natural y emplea tanto arte para ser cándido y sencillo, exagera estas cualidades y descubre el trabajo que le cuesta tenerlas. Es lástima que el mérito de esta linda novela esté afeado por la mancha que es común a todas las novelas griegas: la obscenidad de ciertos pormenores y de las pinturas voluptuosas, que el amor del arte no puede justificar."

Más severo Chassang con *Dafnis y Cloe,* conviene, no obstante, en que esta novela es la mejor de todas las antiguas, aunque después añade: "Su mérito no es la moralidad. Comparémosla con la imitación que ha hecho de ella Bernardino de Saint-Pierre en *Pablo y Virginia,* y veremos lo que una imaginación casta y pura ha hecho de un cuadro en el que lo voluptuoso rayaba en indecente. La fábula de *Dafnis y Cloe* es de gran sencillez, y ésta es calidad que se aprecia, sobre todo al considerar los mil incidentes groseramente dramáticos que se amontonan en otras novelas griegas. Aquí el espíritu se reposa en más tranquilas imágenes. ¿Por qué ha de haber aquí también raptos y piraterías? ¿Por qué la Naturaleza toda se ha de desencadenar a causa del rapto de Cloe, y por qué ha de mezclarse con la narración de las aventuras de los amantes la de una guerra entre dos ciudades? En cuanto al estilo, de todo tiene menos de sencillo. Tiempo ha que el candor de la traducción de Amyot ha dejado de alucinarnos sobre la afectación del original." En este pun-

to el excesivo amor propio nacional creemos que engaña a Chassang, encontrando sencillez y candor en francés, y no encontrándolos en griego. Por último, añade: "El autor (Longo) era un ingenio elegante, distinguido y dotado de un vivo sentimiento de la Naturaleza; pero su obra tiene los caracteres de una época de decadencia."

Humboldt, en el *Cosmos*, al hablar del sentimiento de la Naturaleza, y de su expresión entre las diversas razas humanas, vista la rapidez con que tiene que tratar este asunto, es grande la distinción que hace de la obra de Longo, de la que dice (edición de Stuttgart, 1847, II Band., p. 14): "En el posterior tiempo bizantino, desde el fin del siglo IV, vemos con más frecuencia pinturas de paisajes en las novelas de los prosistas griegos. Por estas pinturas se distingue la novela pastoral de Longo, en la cual, no obstante, las suaves descripciones de la vida humana son muy superiores a la expresión del sentimiento de la Naturaleza."

FIN DE LAS NOTAS

INDICE

OBRAS COMPLETAS DE JUAN VALERA
PUBLICADAS POR CARMEN VALERA

TOMOS PUBLICADOS

DISCURSOS ACADÉMICOS

I.—La poesía popular como ejemplo del punto en que deberían coincidir la idea vulgar y la idea académica sobre la lengua castellana.—Sobre el *Quijote* y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle.—La libertad en el arte.—Sobre la ciencia del lenguaje.—Las Cantigas del Rey Sabio.—Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en la decadencia de la literatura española.—Elogio de Santa Teresa.

II.—Del misticismo en la poesía española.—Sobre el Diccionario de la Real Academia Española.—El periodismo en la literatura.—Renacimiento de la poesía lírica española.—La novela en España.—La labor literaria de D. José Ortega Munilla.—Elogio del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.—Elogio del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.—Consideraciones sobre el *Quijote*.

NOVELAS

III. *Doña Luz.*—IV. *Pepita Jiménez.*—V y VI. *Las ilusiones del doctor Faustino.*—VII. *El Comendador Mendoza.*—VIII. *Pasarse de listo.*—IX. *Juanita la Larga.*—X. *Genio y figura...*—XI. *Morsamor.*—XII. *Dafnis y Cloe.*—XIII. *Mariquita y Antonio.*—*Elisa la Malagueña.*—*Don Lorenzo Tostado.* (Fragmentos.)

CUENTOS

XIV.—Parsondes.—El pájaro verde.—El bermejino prehistórico.—El espejo.—El pescadorcito Urashima.—El hechicero.—La muñequita.—La buena fama.

XV.—El caballero del azor.—El doble sacrificio.—Los cordobeses en Creta.—El duende beso.—El último pecado.—El San Vicente Ferrer de talla.—El cautivo de doña Mencía.—El maestro Raimundico.—Garuda o la cigüeña blanca.—Cuentos y chascarrillos andaluces.

TEATRO

XVI.—La venganza de Atahualpa.—Asclepigenia.—Lo mejor del tesoro.—Gopa.—Los telefonemas de Manolita.—Estragos de amor y celos.—Amor puesto a prueba.

POESÍAS

XVII y XVIII.

CRÍTICA LITERARIA

XIX (1854-1856).—Del romanticismo en España y de Espronceda. Sobre los cantos de Leopardi.—De la poesía del Brasil.—Las escenas andaluzas de El Solitario.—Obras poéti-

cas de Campoamor.—La bola de nieve, de D. Manuel Tamayo y Baus.—Consideraciones sobre el Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana, de D. Felipe Monláu.—Revista de Madrid.

XX (1857-1860).—La señora Ristori.—Obras poéticas del Marqués de Molíns.—Observaciones sobre el drama titulado "Baltasar", de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.—"De Villahermosa a la China", por D. Nicomedes Pastor Díaz.—Poesías de D. Francisco Zea.—Reflexiones críticas sobre los discursos de Cañete y Segovia.—El "Anfitrión", de Plauto, y la "Andriana", de Terencio.—El tío Juan y el tío Pedro.—Revista de Madrid.—La historia de la literatura española en la Edad Media.—De un poema y de una crítica.—Revista de teatros.

XXI (1860-1861).—De la naturaleza y carácter de la novela.—"La poesía popular", de D. M. Milá y Fontanals.—"Cuentos y fábulas", de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—Biblioteca selecta de autores antiguos españoles que escribieron en lengua latina y árabe desde la dominación romana hasta el siglo XIV de nuestra era.—"Francisco Pizarro", drama de D. Antonio Ferrer del Río.—Qué ha sido, qué es y qué debe ser el arte en el siglo XIX.—"Orientales", de D. Pedro Lahite.—"El tanto por ciento", de D. Abelardo López de Ayala.—Obras completas de Fernán Caballero.—Poesías de D. Julián Romea.—Revista dramática.

XXII (1861-1863).—El "Manfredo", de Lord Byrón.—De la protección de los Gobiernos a la literatura dramática.—La Universidad de Salamanca.—Sobre la "Estafeta de Urganda".—Sobre los discursos leídos en la Real Academia Española en la recepción pública de D. Ramón de Campoamor.—"Los miserables", de Víctor Hugo.—Una excursión de cuarenta y cinco días por Alemania.—Cartas a D. Francisco de Paula Canalejas.—Consideraciones acerca del drama religioso español.—Necrología de D. Nicomedes Pastor Díaz.—"La muerte de César", de D. Ventura de la Vega.

XXIII (1864-1871).—Prólogo a "Poesías hasta cierto punto", de D. Carlos Mesía de la Cerda.—Prólogo a "Ensayos críticos", de D. Gumersindo Laverde.—Sobre Shakespeare.—Poesías líricas de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.—Poetas líricos del siglo XVIII.—Obras del Doctor Fastenrath.—"Tragedia llamada Josefina", sacada de la profundidad de la Sagrada Escritura, y trovada por Micael de Carvajal.—"Fuero de Salamanca".—"Poesías serias y humorísticas", de D. Pedro A. de Alarcón.—Glosario de palabras españolas y portuguesas derivadas del árabe.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.

XXIV (1873-1878).—"Vida de Lord Byrón", por D. Emilio Castelar.—Consideraciones críticas sobre "Gritos del combate", de D. Gaspar Núñez de Arce.—La originalidad y el plagio.—"Sentir y soñar", versos de D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas.—"Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal", por D. José Amador de los Ríos.—"Il cancionere portoghese della biblioteca vaticana".—Sobre el "Amadís de Gaula".—"Horacio en España", por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—"Soledades", por D. Eusebio Blasco.—"Rimas", de D. Vicente W. Querol.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—Prólogo de "Una docena de cuentos", de D. Narciso Campillo.

XXV (1878-1882).—Sobre el "Fausto", de Goethe.—Poesías de D. José Amador de los Ríos.—"Historia de los heterodoxos españoles", por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Ventura de la Vega. Estudio biográfico-crítico.—Poesías de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

XXVI (1886-1887).—Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.

XXVII (1887-1889).—Poesías del Duque de Almenara Alta.—Con motivo de las novelas rusas.—Figuras de la Alemania contemporánea.—D. Angel R. de Saavedra, Duque de Rivas.—D. Pedro Calderón de la Barca.—Cancionero.—"El gusano de luz", novela andaluza de D. Salvador Rueda.—La poesía española contemporánea en Francia.—Antología de poetas líricos italianos.

XXVIII (1889-1896).—"Morriña", por doña Emilia Pardo Bazán.—"La filosofía platónica en España", por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Del chiste y de la amenidad del estilo.—Sonetos de D. Matías de Velasco y Rojas.—Poesías de D. Juan Antonio Cavestany.—El renacimiento clásico en la literatura catalana", por D. Antonio Rubió y Lluch.—"Portugal contemporáneo", por D. Rafael María de Labra.—"Viagems na Galiza", por D. I. F. Silveira da Motta.—"Verdades poéticas", por D. Melchor de Paláu.—"El verbo de Dios", por D. Pedro Sala y Villaret.—"La sed de oro", por D. José Manuel Hidalgo.—De los autores portugueses que escribieron en castellano.—Disonancias y armonías entre la moral y la estética.—"Pequeñeces...", Currita Albornoz al Padre Luis Coloma.—Las mujeres y las Academias.—Colección de manuscritos y otras antigüedades de Egipto pertenecientes al Archiduque Raniero.—Las rarezas del "Fausto".—Teatro libre.

XXIX (1896-1898).—"La literatura española en el siglo XIX", por el P. Blanco García.—"Antología de poetas líricos castellanos", por D. M. Menéndez y Pelayo.—La obra póstuma de Juan Montalvo.—El regionalismo filológico en Galicia.—Fines del arte fuera del arte.—La moral en el arte.—"El extraño", última moda de París.—"El procurador Yerbabuena" y "El tesoro de Gastón".—Sobre la novela de nuestros días.—Del progreso en el arte de la palabra.—El superhombre.—Sobre la primera representación de "Cleopatra".—Tres recientes representaciones teatrales.—"La duda", drama de D. José Echegaray.—Primera representación de "El padre Juanico".—Prólogo a la traducción de "La Eneida", de D. Luis Herrera.—Sobre la edición del "Quijote" que se publica en Edimburgo.—Pleito literario.

XXX (1899-1901).—Homenaje a D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—"Jirones", poesías de D. Ramón A. Urbano.—La irresponsabilidad de los poetas y la purificación de la poesía.—D. Ramón de la Cruz.—D. Juan Menéndez Valdés.—"D. Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel Rodrigo", por D. Alfonso Danvila.—El espectáculo más nacional.—Nueva edición de "La Celestina".—Biblioteca de filosofía y sociología.—"El filósofo autodidáctico", por Abubéquer Abentofail.—Sobre la duración del habla castellana con motivo de algunas frases del Sr. Cuervo.—El regionalismo literario en Andalucía.—Las inducciones del Sr. D. Pompeyo Gener.—"El buen paño...", por D. J. F. Muñoz Pavón.—"Las novelas ejemplares de Cervantes", por D. F. A. de Icaza.—"La Gole-

tera", por D. Arturo Reyes.—Poesías de D. J. L. Estelrich.—"Lully Arjona", novela por D. Alfonso Danvila.—"Mariquita León", novela original de D. José Nogales.—"Huella de almas", por D. Francisco Acebal.—Discurso pronunciado por doña Emilia Pardo Bazán en los Juegos florales de Orense en la noche del 7 de junio de 1901.—"Isaac", por D. Javier Lasso de la Vega.—"Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox", novela de D. Pío Baroja.—Poesías de D. Juan Alcover.—"El último patriota", novela de D. José Nogales.

XXXI (1901-1905).—"Laureles", poesías de D. Angel del Arco.——"Cartas de mujeres", por D. Jacinto Benavente.—"La conquista de la elegancia", novela de D. A. Danvila.—Novelas recientes.—La Sociedad Heleno-Latina.—Sobre "Cuestión de ambiente".—Prólogo a "Reminiscencias tudescas", de D. Santiago Pérez Triana.—Prólogo a "Geometría moral", de D. Juan Montalvo.—"La España literaria", por Borris de Tannenberg.—Una poetisa italohispana.—La terapéutica social y la novela profética.—"Al través de la España literaria", por D. José León Pagano.—Sobre la juventud intelectual.—Desde el castillo de Mos.—Homenaje a D. José Echegaray.—La gramática histórica.

XXXII y XXXIII (1901-1905).—La poesía lírica y épica en la España del siglo XIX. Con notas biográficas y críticas.

ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

XXXIV (1855-1863).—"Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales", por D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas.—De la doctrina del progreso.—Obras de D. Francisco de Quevedo y Villegas.—El dios Yo.—Carta de Roque a Petra.—Fragmentos filosóficos.—Recepción de D. Pedro de Madrazo en la Real Academia de la Historia.—La enseñanza de la filosofía en las Universidades.—Cartas trascendentales acerca del fundamento filosófico de los partidos políticos en España.

XXXV (1863-1888).—Cartas al Sr. D. Ramón de Campoamor sobre su libro de "Lo absoluto".—"Estudios sobre la Edad Media", por D. F. Pi y Margall.—El racionalismo armónico.—Obras de D. Antonio Aparisi y Guijarro.—De la filosofía española.—Psicología del amor.

XXXVI (1883-1889).—Metafísica a la ligera.—La metafísica y la poesía.

ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE HISTORIA Y POLÍTICA

XXXVII (1859-1868).—Literatura arábiga.—Esperanza.—Observaciones luminosas sobre los varios modos que hay ahora de entender la historia o de explicarla, aunque no se entienda.—De la revolución en Italia.—España y Portugal.—Sobre el libro titulado "El Papa y los gobiernos populares", por D. Miguel Sánchez, presbítero.—Sobre los discursos leídos en la Real Academia Española por los Sres. D. Luis González Bravo y D. Cándido Nocedal.—Sobre la política de "El

Contemporáneo".—"Diez años de controversia parlamentaria", por D. Nicomedes Pastor Díaz.—Sobre el concepto que hoy se forma de España.

XXXVIII (1869-1887).—Revista política.—La revolución y la libertad religiosa en España.—Historia de la civilización ibérica.

XXXIX (1892-1898).—El Centenario.—La Atlántida.—Dos tremendas acusaciones contra España del angloamericano Draper.—Los Estados Unidos contra España. Las alianzas.—Quejas de los rebeldes de Cuba.—A una señora cubana.—Mérito y fortuna.—Fe en la patria.—Las dos rebeliones.—El país de la castañeta.—La paz deseada.—La mediación de los Estados Unidos.—Letras y armas.

XL (1896-1903).—Los jesuítas de puertas adentro.—Notas diplomáticas.—Opiniones y juicios acerca de Cánovas.—Prólogo a la "Vida de Carlos III", del Conde de Fernán Núñez.—La Conferencia de la Paz.—Discurso leído en los Juegos florales de Segovia el 21 de septiembre de 1902.—Discurso leído en los Juegos florales de Córdoba el 29 de mayo de 1903.

CARTAS AMERICANAS

XLI (1888).—Carta dedicatoria.—Sobre Víctor Hugo.—El perfeccionismo absoluto.—Poesía argentina.—Un literato español en Chile.—El Parnaso Colombiano.—Azul.—El teatro en Chile.

XLII (1889-1890).—Dedicatoria.—Nueva religión.—España desde Chile.—Vocabulario ríoplatense razonado.—Novela parisiense mejicana.—La poesía y la novela en El Ecuador.—Un polígrafo argentino.—Tabaré.—Tradiciones peruanas.—Novela programa.

XLIII (1891-1897).—Cartas a la "Revista Ilustrada", de Nueva York.—Cartas a "El Correo de España", de Buenos Aires.

XLIV (1897-1900).—Cartas a "El Correo de España", de Buenos Aires (continuación).—Cartas a "La Nación", de Buenos Aires.

MISCELÁNEA

XLV.—Revista de Madrid.—Apología de las corridas de toros.—Un poco de crematística.—De la perversión moral de la España de nuestros días.—La cordobesa.

XLVI.—La Primavera.—Junio.—Carta de Maese Jaime.—Algo sobre la Padmini.—Velázquez.—Mis visitas.—Meditaciones utópicas sobre educación.

XLVII.—Correspondencia I.

XLVIII.—Correspondencia II.





